

Amaury, tras salir de una fiesta en la madrugada, conduce su auto por la carretera cuando percibe, con verdadero pánico, que un raro hombrequito, de enorme cabeza y extraños ojos, corre al lado de su carro...

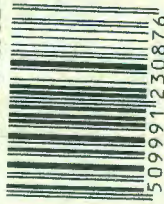
En el pánico del momento, trata de pisar el acelerador; pero oprime el freno y el carro se detiene bruscamente; al mirar por el parabrisas, observa con terror que el ser de enorme cabeza camina hacia él y pierde el conocimiento...

Cuando despierta, se encuentra en un salón enorme, de lejanas e imprecisas paredes, junto a varias personas atemorizadas que escuchan hablar, sin creerlo, a otro extraño hombre de cabello negro y piel cobriza...

"Bienvenidos, mi nombre es Amaron -dice el hombre-. No he venido para hacerles daño. No teman, estén tranquilos. Vengo desde mi lugar de origen, que lleva por nombre Kaa, pronunciado como la letra "k" de su alfabeto..."

En *La noche de mi encuentro con extraterrestres*, Amaury Rivera describe la increíble aventura que vive un muchacho común, cuya simple existencia se transforma en un verdadero caos tras conocer a unos bondadosos seres extraterrestres que sólo quieren salvar el planeta Tierra.

ISBN 968-13-2982-1



7-509991-230876

LA NOCHE DE MI ENCUENTRO CON EXTRATERRESTRES



Amaury Rivera

DEDICADO

A todos los que creen que "hay que ver para creer",
y a todos los dichosos que "creen sin haber visto".

NOTA DEL AUTOR

Deseo dejar saber desde un principio que no soy escritor de profesión. Este es mi primer libro, el cual relata mi experiencia en su totalidad. Mi sincero deseo es poder crear por este medio conciencia sobre la existencia de seres "alienígenas" y sus propósitos hacia nuestra humanidad.

Amaury

RECONOCIMIENTOS

Deseo dar las gracias y hacer patente mi reconocimiento a las siguientes personas:

Isabel Rivera (Mamá), por sujetar mi mano por las noches.

Carlos Rivera Toro, mi hermano... quien sus consejos nunca seguí.

Danny Cardoza, por tener fe en mí.

Señor Jorge Martín, ufólogo de Puerto Rico, por esclarecer mis dudas.

Jim Dilettoso (Foto Análisis NASA - Afiliado).

A mis amigos Miguel Figueroa y a quienes me ayudaron a transcribir este libro.

Wendell C. Stevens, por certificar la autenticidad de este caso.

Jaime Maussan, por ayudarme a obtener los derechos de autor de las fotografías (OVNI y Avión Militar F-14 *Tom-Cat*).

Norma Martínez (North Palm Beach, Florida) y su extensiva red de comunicaciones.

Carole A. Moore, por toda la valiosa información ofrecida.

A mis amigos:

Amaron
Ismael Jr.
Natacha
H. Cancel
Maribel
Nereida
Joe
Lory

Mimi
Gladys
Miguel Jr.
Doña Matilde
Raúl Pela-Gallo
(Alfredo)
Juan José
Alexander

Cindy (y bebé)
Christian
Martín
Óscar
Helena
Don Toño
Marta
Miguel

Introducción

Escribo con el propósito de dejar constancia de que experiencias como las que tuve y por las cuales actualmente atravieso suceden. Además, tengo conocimiento de miles de personas que han atravesado por las mismas vivencias o por lo menos muy similares. Individuos que por temor al ridículo y al trato cruel prefieren mantener en silencio su experiencia. Aquellos que mantienen su silencio no debemos criticar ni atacarlos. No los llamemos tampoco egoístas. Buenas razones tendrán para hacerlo. Soy testigo y víctima de burlas e insultos a causa de mis revelaciones, y conste que tengo evidencias que respaldan los hechos.

El propósito de lo que escribo no es para convencer a nadie de nada. Yo mismo no creía en seres que venían de otras partes del cosmos a visitarnos. Soy de la firme opinión que hay que ver para creer. Soy de esta opinión porque de ninguna otra manera yo hubiera creído en la existencia de seres extraterrestres. De igual modo, el día que yo tenga contacto con hadas, entonces creeré en los cuentos de hadas. Pero pensándolo bien, quién puede decir que los cuentos de hadas no se originaron por encuentros con seres extraterrestres en el ayer. Esto no lo sé. Lo que sí les puedo asegurar, definitivamente, es que sí existen encuentros con seres extraterrestres, HOY.

Nueva York, 1988

Para marzo de 1988 aún vivía en la ciudad de Nueva York, lugar donde nací y me crié. Mi vida era entonces totalmente diferente; era una vida a la ligera. Todo lo hacía a un paso veloz, y como que nunca había tiempo para reflexionar sobre las cosas verdaderamente importantes de la vida. Cosas como mi familia, mi medio ambiente, la naturaleza y muchas otras cosas en las cuales medito hoy en día. Trabajaba en un hotel de la ciudad y ganaba buen dinero, pero me sentía vacío. Para aquel entonces sólo existía en mi vida trabajo y placer, no había nada en medio. Aunque no me percataba, mi existencia era superficial. La vida en Nueva York suele ser cruda y áspera, y sobre todo agresiva. Me encontraba habitando en una jungla de hierro y acero; una selva contaminada, con olor a pozo séptico, pero no me daba cuenta. Era mi hogar, mi lugar de nacimiento. Me perdí en su maleza.

En esa época recibí una llamada alarmante: mi tía Marlene me informó que mi abuela Isabel, la señora que me crió, estaba enferma y deseaba verme. Mi tía me dio a entender que se trataba de una urgencia, que había la posibilidad de que esta, quizás, era mi última oportunidad de ver con vida a quien siempre he considerado mi madre. En mi trabajo tenía tiempo y días de vacaciones acumulados, así que partí hacia Puerto Rico inmediatamente. Al poco tiempo

de haber arribado a la isla, Mamá (abuela) se repuso. Aproveché mi estadía y la convertí en unas verdaderas vacaciones. Visité varias playas de Cabo Rojo, lugar de nacimiento de mis padres, un sitio al suroeste de la isla de Puerto Rico, rodeado de playas y paisajes maravillosos. En Cabo Rojo se encuentran aún personas humildes y sencillas, que son la clase de gente que lo enorgullecen a uno de ser puertorriqueño. Igualmente sucede con otros pueblos de nuestra isla, pero señalo a Cabo Rojo por ser de donde son oriundos mis familiares. Aunque había estado antes en la isla, esta vez fue algo muy diferente. Me enamoré de sus playas y me deslumbré por sus montes y valles verdes y preciosos. De día bailaba con el sol y de noche cortejaba a la luna. En una noche en particular conocí a las estrellas.

Sucede que sentado en el balcón de la casa de Mamá, el servicio de electricidad cesó por un rato. Cuando se fue la luz, incluyendo la de los postes del alumbrado público, el cielo se abrió ante mis ojos. Fue algo espectacular. Para muchos, esto de ver el cielo de esta manera no les resulta impresionante. Igualmente, no les impresiona el "Empire State Building" a aquellos que viven cerca de este rascacielos en Nueva York. Para mí fue algo inolvidable. Al no haber reflejos de luz eléctrica en el área, pude observar al cielo nocturno estrellado sin interferencias.

Sé que a muchos esto les parecerá una tontería, pero este fue un suceso clave en mi vida. La noche de las estrellas marca el comienzo de mi relación con el cosmos, aunque aquella vez yo no estaba consciente de eso. Sí, había tenido oportunidad en varias ocasiones de observar el cielo, pero nunca de manera tan impactante.

Al ir creciendo en Nueva York, nunca pude apreciar en verdad al cielo. Siempre resultaban ser más interesantes las luces y las bombillas encendidas de los teatros y anuncios. El resplandor de los rascacielos y el alumbrado público opacaban el cielo. La calle 42 (Forty Second Street) y la avenida Broadway remplazaban las estrellas. Por primera vez descubrí el esplendor y resplandor de miles de soles. Dejé de conversar con Mamá para observar atónito. Ella me preguntó: "¿Qué miras con tanto afán?" "Las estrellas, se ven

diferentes —respondí—. Se ven más grandes, no sé, más cerca quizás." Ella me informó que las había visto así antes, no estaba impresionada. Yo en cambio seguía impactado. La electricidad volvió y esto me puso triste. Aún se apreciaban las estrellas, pero no de igual manera. Al día siguiente abandoné la isla y lloré.

De vuelta a Nueva York todavía seguía pensando en Puerto Rico, no sólo en mi familia, sino en todo lo demás. Sentía que algo me llamaba a Puerto Rico, una voz interior, una especie de voz subliminal. Quizás en la "Noche de las estrellas" algo cambió en mí. Fue como si desde el instante en que vi aquel cielo, una pequeña semilla se hubiese sembrado en mi mente. Esta semilla psicológica o simbólica fue la que floreció en la obsesiva idea de irme a vivir a Puerto Rico.

Llamé a mi abuela (Mamá) y a mi tía y les informé sobre mis intenciones de irme a residir a Puerto Rico. A mi abuela le pareció buena idea, pero mi tía me dijo que tendría que estar loco como para dejar un buen trabajo y apartamento en Nueva York para venir a pasar incertidumbres. Me recordó que los trabajos estaban escasos en la isla, pero a pesar de esto seguía dispuesto a levantar raíces. Tanta urgencia escucharon en mi voz en aquella llamada telefónica, que me preguntaron si tenía algún problema en Nueva York. Les contesté que ni yo mismo podía explicar el motivo de mi cambio repentino.

Aunque sentía como que si un imán me atrajera hacia la isla, esa noche al acostarme decidí que mi tía tenía razón. Concluí que tenía que dejarme de tonterías y recapacitar. No había futuro para mí en Puerto Rico. Si muchos de mis familiares se encontraban desempleados, qué esperanzas tendría yo. En mi cama, entre los sonidos usuales de la ciudad, las sirenas de la policía, ambulancias y el ruido callejero en "La ciudad que nunca duerme", dormí.

Sin embargo, esa noche algo me despertó. Soñaba que me encontraba en Puerto Rico. Observaba la puesta de sol, igual a las que pude observar en las costas de Cabo Rojo: una bola de fuego gigante de color rojo-anaranjado. Fue maravilloso. Allí, solo, en la oscuridad de mi habitación tomé la decisión. ¡Puerto Rico! Al día siguiente, después de haberme

decidido, comencé a regalar algunas de mis pertenencias y otras las vendí.

Mis amigos estaban sorprendidos. No comprendían mis acciones. Lo que los dejó aún más sorprendidos fue el hecho de que yo mismo no comprendía el porqué de mi decisión. La isla me llamaba, pronunciaba mi nombre y la sentía mi hogar. Ya le había informado a Mamá sobre mi resolución y estaba contenta. En menos de dos semanas entregué mi departamento, llevé mi mascota al veterinario, visité el banco y fui a la agencia de viajes.

Para mediados de abril de 1988 ya me encontraba de vuelta en Puerto Rico, esta vez acompañado de mi mascota, una perrita pequinesa llamada Kristina. ¡Qué felicidad sentía, como si hubiera logrado algo! Me sentía aliviado, como si me hubiera quitado un gran peso de encima. "Al fin llegué", me decía.

En cuanto a empleo se refería, resolví el asunto de la siguiente manera: obtendría un carrito de *hot dogs* y me ganaría la vida honradamente vendiendo salchichas y refrescos. Además, sucedió lo siguiente: una prima mía, al estar escuchando la radio, se enteró de un lugar donde solicitaban un mozo para un club nocturno en el pueblo de Hormigueros, por la carretera 2. Desconociendo la ruta, encontré quien me llevara. Aún no había comprado auto y, según mis primos, aquí en la isla uno necesitaba de un carro para todo. En el club fui entrevistado y el dueño quedó muy impresionado con mi experiencia hotelera. Ese mismo fin de semana comencé a laborar. Trabajaría en el club los fines de semana, luego conseguiría otro empleo de tiempo completo durante los otros días. Uno de mis primos me llevó los primeros días y después me informó sobre un amigo de él que vendía un *Toyota* del año 1971. El auto no estaba en muy buenas condiciones, pero serviría en lo que me compraba uno mejor. Así quedó resuelto lo de mi transportación.

Parte de la ruta por la cual llegaba hasta Hormigueros, pasaba por lo que se conoce en Cabo Rojo por "La Bajura", una carretera vieja y poco transitada que va desde Cabo Rojo a Hormigueros. El mismo primo que me llevaba al trabajo, me había advertido que en este sector de "La Bajura" había

que conducir despacio porque a veces los animales (vacas, caballos, etc.), se escapaban de sus fincas y atravesaban la carretera. Me dijo que muchas personas habían muerto por haber chocado con una vaca o un caballo en la carretera. Uno no tiene que preocuparse de algo así conduciendo en Nueva York, sólo hay que cuidarse de esos animales amarillos llamados taxis. Seguí el consejo de mi primo, lo tuve en mente siempre, hasta hoy.

Compré el *Toyota* blanco. A principios de mayo de 1988, llevaba ya una rutina, sintiéndome cómodo y en paz conmigo mismo. La alegría por mi nueva vida y ambiente no duró mucho. Duró hasta "el día de las madres", que para mí dejó de serlo, para convertirse en "La Noche del Encuentro".

Lo que a continuación describo ocurrió ese día; llenó mi vida de terror y confusión, jamás volvería a ser el mismo Amaury de siempre, todas mis percepciones del mundo cambiarían. Este acontecimiento arrebató mi relativamente simple existencia y la transformó en una existencia compleja, en una vida llena de inseguridades y más rechazos de los acostumbrados. En esencia volví a nacer.

"Día de las madres", 1988

Sucede que mi prima que no se aparta de su dichoso radio, escuchó que en el club nocturno donde yo trabajaba se presentaría la orquesta de salsa "El Gran Combo". Enseguida me telefoneó y me pidió que le hiciera un favor. Como había mencionado "El Gran Combo", pensé que me pediría que le consiguiera entradas gratis al club. Sin embargo, me dijo: "Mira, Amaury, te voy a prestar mi cámara y me le sacas unas fotografías al Gran Combo". No tuve más remedio que decirle que sí, ya que muy disimuladamente me recordó que si no fuera por ella yo no estaría trabajando ahí. En realidad le contesté que sí pensando que se le olvidaría. No fue así, a mi prima no se le escapa ni una. Así que esa noche en que se presentaría la orquesta en el club, llegué al trabajo con la cámara de mi querida prima, una de esas baratas instamática *Kodak 110*. Para colmo me hizo entrega de un larga duración

del grupo, quería que todos los integrantes del Combo le autografiaran su disco.

Recuerdo bien que esa noche había más gente que nunca en el club. Todas las madres muy elegantes con sus arreglos de flores y sus respectivos acompañantes. Las mesitas fueron decoradas con manteles blancos, y unos pequeños arreglos florales y velones. El lugar olía a perfumes y flores, provocándome una reacción alérgica. Habiendo tantas personas ese día, sólo habíamos cuatro mozos. Todos los clientes querían ser atendidos a la vez. Desgraciadamente, algunas personas (incluyendo unas madres) se transformaron en monstruos después de varios tragos. Sólo otro mozo puede tener idea del horror que se siente cuando uno va caminando a través de un salón congestionado de clientes con una bandeja en la mano repleta de bebidas.

El pánico te envuelve si al llegar a la mesa destinada el cliente de otra mesa te jala del brazo (el mismo con el cual cargas tu bandeja de tragos) para decirte: "¡Mozo, tráigame otra cerveza!" Resumiendo, esa noche fue un verdadero infierno. Clientas que se les había pasado la mano con la bebida se empeñaban en bailar conmigo. Hacían caso omiso sobre lo que les decía acerca de las reglas de mi lugar de empleo. Insistían en hacerlo sin importarles que llevara mi bandeja con tragos.

Me fue muy difícil sacarles fotografías al grupo. Logré tomar algunas mientras tocaban y otras durante el descanso. Tengo que confesar algo que no será del agrado de mi querida prima: el disco lo dejé detrás de la barra, pero le informé que todos los integrantes del Combo lo habían autografiado, y aparentemente alguien, en toda la confusión, se lo había apropiado. Lo cierto es que no tuve valor de llegar hasta la orquesta y pedirles a cada uno que firmara la carátula. Se enfadó porque pensaba que le había robado su disco, pero quedé contenta cuando le hice entrega de su cámara.

A la hora de cerrar no aguantaba los pies. Además, tenía la apariencia de haber salido de un sauna con todo y ropa. Terminé mi trabajo vaciando ceniceros y ordenando las mesas que me habían asignado. Al finalizar, fui detrás de la barra para tomar mis cigarrillos, la cámara y el disco lo dejé.

Sabía que al volver ya no lo encontraría. Pensándolo bien, no fue mentira cuando le dije a mi prima sobre su disco extraviado.

Me encaminé hacia el estacionamiento donde aparentemente la fiesta aún continuaba. Había parejas por dondequiera. Eran más de las cuatro de la madrugada y esta gente aún seguía la fiesta. A esta hora las damas no lucían tan regias y los hombres no se comportaban tan caballerosos. Entre la muchedumbre caminé hacia mi carrito como un sonámbulo. Sólo tenía una cosa en mente... llegar a mi casa. Por fin llegué a mi auto, ansioso para partir. Poco a poco fueron saliendo los autos del estacionamiento. La cámara la guardé en la guantera del auto. Encendí el motor y arranqué rumbo a casa como de costumbre. Tomé la vía principal, la carretera 2 hasta llegar a la intersección que me llevaría hasta "La Bajura". Al comienzo del sector me percaté de una neblina densa, como un humo grueso, espeso y blanco. Esto de la neblina era algo común, la había atravesado antes en esta misma área más o menos a la misma hora de la madrugada, las 4:30 a.m.; no era nada fuera de lo usual.

Iba conduciendo lentamente y muy pendiente de la carretera. Mis pensamientos en esos momentos giraban alrededor de la posibilidad de encontrarme con un animal por la carretera y evitar un accidente, pensando en mis pies adoloridos y en qué me iba a preparar de comer cuando llegara a casa. De pronto escuché un sonido, como si algo o alguien corriese al lado de mi auto, como si eso, fuese lo que fuese, quisiera alcanzar el coche hasta encontrarse junto al chofer, o sea mi puerta. Todo ocurrió muy rápido. Primero oí los pasos y pensé que se trataba de algún animal en la carretera al tiempo que con el rabo del ojo percibí un movimiento a la izquierda. Moví la cabeza hacia la izquierda y lo que vi a mi lado no era una vaca, ni una cabra; mi mente no sabía qué pensar. ¿Un niño con disfraz? Pero, ¿tan tarde? ¿Un enano? Sí, era un enano con una máscara asustando a la gente que transitaba por ahí. ¿Enano? No puede ser, pensé. La cabeza, esos ojos, ni la boca, nada era... ¡Vete de aquí! Me dije a mí mismo. Era una cosa, un hombrecito raro, que corría al lado de mi carro.

En el pánico del momento quise pisar el acelerador, pero en vez de eso pisé el freno y el carro se detuvo bruscamente. Cuando miré por el parabrisas con la idea de continuar e irme lejos de ahí, lejos de esa extraña criatura que corría a mi lado sin quitarme sus ojos extraños de encima, no pude, porque ahora ese ser de enorme cabeza estaba al frente de mi auto, al lado derecho, caminando hacia mí desde el medio de la neblina. El faro derecho delantero de mi carro lo alumbraba y se veía más grotesco aún. Su piel blanca sembraba maquillaje de payaso, vestía una ropa extraña pegada a su cuerpo flaco, color verde aceituna. Esta ropa no brillaba, ni tenía nada de particular con la excepción de quién o qué la traía puesta. Sus brazos eran proporcionales al resto de cuerpo, que tendría una estatura de unos 3 pies y medio. Pensé: ¿cómo pudo llegar a ese lado del carro tan pronto? En respuesta escuché otro ruido al lado de mi puerta. Descubrí a la criatura de nuevo a mi lado, pero más cerca aún. Fue entonces que me di cuenta que se trataba de dos cosas o personas diferentes, demonios o lo que fueran. En esos instantes sentí que abrían la puerta. No podía más, me encontraba como paralizado, no sé si por el miedo, el terror o algo más, pero no podía moverme. Todo pasó muy rápido, en cuestión de segundos. No soporté más y perdí la conciencia, me desmayé...

Quiero que sepan que en aquella ocasión en ningún momento pensé en la posibilidad de que estos seres fueran extraterrestres. Nunca en verdad me interesé por el tema. Los creí más bien monstruos o demonios, pero nunca seres del espacio.

Al despertar estaba aún dentro de mi auto, confundido, al mirar alrededor pensé que estaba en el interior de un estacionamiento subterráneo. Digo esto porque el lugar no estaba al aire libre; allí había más carros, unos 10 o más. En este sitio, de color gris claro, no habían puertas ni letreros y estaba alumbrado con una luz tenue. Noté que los demás autos se encontraban vacíos y todo estaba en silencio. Recuerdo mi propia respiración agitada y haber buscado con la vista alguna salida, una puerta o algo, algún letrero que indicara por dónde salir. Y mientras más clara y alerta era mi concien-

cia mayor era mi desesperación, sentía que me faltaba el aire y mi respiración se tornó aún más regular. Cayó sobre mí una sensación de claustrofobia.

No oí sonido alguno y no lo escuché llegar: ahí, parado a mi lado izquierdo, se apareció el hombrecillo de los ojos escalofriantes. Recuerdo haber producido un ruido extraño del susto, pero no hablé. Me sentía paralizado. Sus ojos eran penetrantes, y al verlo recordé lo que había pasado en la carretera. En estos segundos dejó de preocuparme el asunto de dónde me encontraba y cómo salir de ahí, todo mi ser se concentraba en esta criatura con cabeza de feto y ojos almen-drados como de vaca. Me miraba sin emociones y sin expresiones faciales. Sentado al volante me sentía inútil, como un animalito atrapado. Traté por todos los medios rechazar este hecho, pero no lo lograba. De pronto el sujeto comenzó a alzar su diminuto brazo izquierdo hasta que asomó su manita y la pude ver. Al hacer esto, yo me puse más tenso. Mis manos sujetaban el volante del auto y no sé cómo no logré arrancarlo de su sitio; no podía moverme, ni despegar mis manos. En realidad, no debería decir que no me podía mover porque nunca lo intenté. Pienso que mi mente, aturdida y traumatizada, no me lo permitía. Mi mente, mi cerebro, no eran capaces de darle a mi cuerpo ciertos mandatos.

La criatura dirigió su pequeña mano hacia mi rostro; sentí repugnancia, asco. Imagínense que alguien acercara a su rostro algo a lo cual usted le tiene terror, como una culebra, ratón o cualquier cosa que provocara pánico. Su mano para mí era todos mis terrores en uno. Este extraño ser, que aún no lo consideraba extraterrestre sino algo diabólico, puso la palma de su mano sobre mi frente, y con un último espasmo de repugnancia, mi mente quedó en tinieblas.

Cuando desperté estaba en un salón, un lugar cuadrado donde nos encontrábamos sentadas varias personas. Mi cuello y mis manos me dolían, sentía los ojos hinchados. ¿Dónde me encontraba ahora? ¿Y mi carro? En realidad, al salón no se le podía distinguir dónde empezaba o terminaban sus paredes. Daba la impresión de ser un gran espacio infinito en vez de una habitación. El piso, el techo y las paredes eran de color gris claro, como en el otro lugar no vi

lámparas, ni bombillas; tampoco entradas, salidas o ventanas, pero por lógica (aunque nada de esto era lógico) tendría que haber puertas y luces aunque no las viera. ¿De dónde provenía la luz?, en realidad no se sabía. Si una persona se parara en medio de este sitio, sola, sin ningún punto de referencia, hubiera pensado que estaba parada en un gran vacío. Junto a mí se encontraban 14 personas, hombres y mujeres, al parecer hispanos. Nos encontrábamos sentados sobre unos asientos o bancos largos. Estos asientos en realidad no se podían percibir a simple vista, sólo porque me encontraba sentado sobre uno supe que estaban ahí. La forma como llegué a este banco o silla fue un misterio, éstos, el piso, las paredes y el techo eran de un solo tono gris que le daba la apariencia de continuidad a todo, como un camuflaje o ilusión óptica.

Me encontraba todavía atontado cuando me percaté que los pequeños seres se encontraban parados frente a nosotros; los vi por encima de los hombros de las demás personas. Ninguno habló y se percibía terror en el ambiente. No me moví o no me podía mover, sólo voltear mi cabeza con mucho esfuerzo; sentía un calambre en el cuello. Me encontraba sentado a la izquierda, en la última fila de personas. Cada fila consistía de cinco personas y en total había tres filas. A mi derecha se encontraba un joven adolescente, sin camisa, con pantalones cortos y descalzo, muy parecido a mi hermano cuando él era un adolescente. Al ver su rostro lleno de miedo quise darle aliento pero no fui capaz. Las demás personas se encontraban vestidas de diversa manera, desde ropa como para una fiesta hasta vestimenta de dormir. Mientras, ahí permanecían esos dos de cabezas extraordinarias sin hacer el más mínimo movimiento. De vez en cuando sus párpados se cerraban lentamente sobre sus ojos. Toda nuestra atención se concentró en los pequeños cabezones.

Caminando desde un punto no determinado detrás de nuestro grupo, se hizo presente otro ser que vestía con ropa negra. Llegó hasta donde se encontraban los chiquitos y tomó posición entre ellos. La piel de este sujeto era de color de una persona que ha tomado el sol, de un tono cobrizo. Su cabello negro y lacio, hasta un poco más arriba de los hombros, lo

llevaba peinado hacia atrás; era bien parecido. Tenía puesta una camisa negra, con mangas largas y ligeramente abombachadas, al parecer sin bolsillos o botones. Llevaba puesto un pantalón negro ajustado a la cintura y ligeramente abultado en la cadera y piernas, y al llegar a los tobillos el corte era más estrecho. La camisa la tenía metida dentro del pantalón y calzaba botas negras. Su estatura era de aproximadamente 5 pies con 7 u 8 pulgadas. Su cuerpo era esbelto y firme. Después de haberse colocado en posición, comenzó a hablar utilizando el idioma español, un español sin acento particular, pero eso sí muy perfecto.

Bienvenidos, mi nombre es Amaron. No he venido para hacerles daño. No teman, tranquilos. Vengo desde mi lugar de origen, que lleva por nombre Kaa, pronunciado como la letra K de su alfabeto. Soy tan humano como ustedes.

Estas fueron más o menos sus palabras de apertura. Quiero aclarar que estas no fueron sus palabras exactas, sólo recuerdo el contexto de lo dicho. Por consiguiente, aunque me mantendré fiel a su comunicado, el orden de las palabras y oraciones estarán compuestas lo mejor que me lo permita mi memoria. Si usted en estos mismos momentos se detuviera en su lectura, cerrara los ojos y tratara de recordar palabra por palabra una conversación o un discurso que haya ocurrido cuatro años atrás, inténtelo, no podrá. Estoy seguro que de igual manera usted puede recordar sólo o mayormente el contexto y no cada palabra. Intentaré lo mejor que pueda la reproducción fiel de sus revelaciones, a pesar que han transcurrido cuatro años desde mi experiencia inicial.

Al decirnos esto a los presentes, lo de su nombre y lo demás, se percató que no tenía completa nuestra atención. Y es que nos perturbaba la presencia de los hombrecitos de ojos brotados. Nos dijo que no tuviéramos miedo a los "oemores", y al decir esto recogió en sus brazos a una de esas pequeñas criaturas. El individuo de apariencia humana tomó al ser como si tomara a un niño. La criatura colocó sus brazos alrededor de su cuello y sus piernas flaquitas alrededor de su cintura. Como cargando a un chimpancé, el hombre le

tomó la quijada al pequeño ser y le volteó su cabeza grotesca de lado a lado mientras nos informaba que no había por qué tener miedo, ya que éstos eran inofensivos; son hechos, contruidos genéticamente por su gente.

El "oemore" sólo parpadeaba lentamente, sin expresión alguna. Aun diciéndonos esto sobre estos seres, no dejaban de ser repugnantes, por lo menos en mi opinión. Colocó al pequeño a su lado, en el suelo, y se dirigió a nosotros de nuevo, que permanecíamos aún como paralizados, por miedo, o quizás por una fuerza exterior. Por lo menos ya había dejado de pensar en demonios y tenía una noción de lo que estaba ocurriendo, por más imposible que pareciera.

Eran de otro mundo, otro planeta, no resultaron ser demonios, después de todo. Pensé que este hombre, Amaron, parecía demasiado de aquí, de la Tierra, como para ser extraterrestre. En cambio, los chiquitos de cabeza fetal, los podría considerar como extraterrestres, pero en realidad qué sabía yo. Él habló de nuevo:

Los hemos traído a este lugar para presentarles unas proyecciones. Las imágenes que presenciaron les darán la impresión de ser reales. No lo son, son proyecciones multidimensionales. Aparentarán tener masa, consistencia y cualidades palpables. Lo que presenciaron será información espiritual y emocionalmente fuerte. Tengan en mente que no estará ocurriendo realmente lo que verán. Empezaremos mostrándoles la primera proyección.

Proyección # 1

La primera proyección fue verdaderamente extraordinaria. Nos impactó mucho el cambio repentino de lo que veíamos a nuestro alrededor. En un momento nos encontrábamos en ese salón de dimensiones desconocidas y de repente éste se desvaneció y apareció proyectado a nuestro alrededor un valle. Se podían apreciar las siluetas de las montañas en la distancia, árboles, yerba y el cielo nocturno. Se veía cómo la brisa movía las ramas de los árboles, pero no se sentía la

brisa. El efecto de esta proyección era increíble. Jamás se podrá comparar con lo que uno acostumbra a ver en un cine. Era una ilusión totalmente realista. La proyección nos envolvía y nos trasladaba a ese lugar sin habernos movido. Todos permanecíamos en las mismas posiciones. Los tres seres ajenos ocupaban sus lugares frente a nosotros. Un detalle que me llamó la atención fue que hasta los asientos raros donde nos encontrábamos se habían convertido en parte del suelo, y la yerba que nos rodeaba en la proyección de ese valle parte de la escena. El extraño humano permanecía callado y sus pequeños compañeros permanecían al lado de él, sin hacer ningún movimiento. Mi vista se ajustó a la oscuridad y pude apreciar el lugar con más claridad, parecía ser algún lugar de la isla. No se veían casas ni postes del alumbrado eléctrico. Otro detalle curioso fue la falta de sonido, si estas imágenes fueron tomadas aquí en la isla, no se escuchaban los sonidos nocturnos usuales; ni los grillos, ni los coquies escuché. El único sonido que percibía era el de mi respiración, la mayor parte del tiempo sentía como si me faltara el aire y seguía paralizado. Por un momento se me ocurrió la estupidez de intentar levantarme de la silla, o lo que fuera donde me encontraba sentado, y salir corriendo por ese valle. Pero, ¿hacia dónde? ¿A tropezar contra una pared?, si es que eran paredes las que encerraban el salón donde nos hallábamos.

Mis pensamientos absurdos fueron interrumpidos por su voz serena, dijo: "observen el cielo". Como niños guiados por un maestro en la escuela, miramos el cielo simultáneamente. Se veía tan real. Logré inclusive ver una estrella fugaz. El silencio me tenía incómodo. Yo intentaba por todos los medios controlar el pánico. Mientras observábamos el esplendor del cielo nocturno, nos comunicó que no deberíamos alarmarnos, y al momento los asientos comenzaron a girar individualmente para una mejor observación. Comenzaron a girar sin hacer ruido y de ese modo el adolescente que se encontraba a mi derecha ahora se encontraba situado detrás de mí. Girábamos lentamente en dirección contraria a las manecillas del reloj, hasta quedar de nuevo de frente al humano. El movimiento no era brusco, más bien suave y circular.

En el momento en que dejamos de girar y observábamos el cielo, él nos informó que nos prepararíamos para un viaje, y entonces nos pareció a todos que nos elevábamos. Se veía el suelo debajo de nuestros pies alejándose, sin embargo, aún podía sentir los pies apoyados sobre él. Creía que me caería, y pensé que perdería el conocimiento. Mi cuerpo se puso aún más tenso y lo sentí a punto de partirse. Pensaba que esto no podía estar ocurriendo, que quizá todo era una horrible pesadilla. Seguíamos ascendiendo lentamente y cerré los ojos. Seguía bajo la impresión que me iba a caer. Recordé lo que el humano-guía nos dijo, sobre que era una proyección y abrí los ojos. Nos encontrábamos ya por encima de los árboles. No resistí, se veía demasiado real para ser una proyección y cerré de nuevo los ojos. Hice un gran esfuerzo y logré colocar mis manos debajo de mis muslos, fue entonces que me percaté del hecho que podía moverme. Sentí la cabeza a punto de estallar y el deseo de vomitar.

De repente dejamos de ascender y abrí los ojos. Con mi rostro cubierto de sudor y lágrimas, miré hacia donde se encontraba el hombre y los seres artificiales. Para mi sorpresa parecían estar suspendidos en el aire. No parecían flotar, más bien daban la impresión de estar parados firmemente sobre una plataforma invisible. Me imagino que desde el punto de vista de ellos, nosotros daríamos la impresión de encontrarnos suspendidos en el aire, sentados sobre asientos invisibles. Nos habían detenido un poco más arriba de los árboles. A lo lejos se podía ver el reflejo del océano.

La sensación de encontrarme a esta altitud me tenía aterrorizado. Sentía todo mi cuerpo temblar incontrolablemente. Las siluetas de las montañas parecían lomas. No quería mirar, pero encontré que no podía quitarle la vista a lo que presenciaba a mi alrededor. "Nos encontramos sobre su mundo", nos dijo. Comenzamos a ascender de nuevo lentamente. Me seguía repitiendo mentalmente: esto es una ilusión, una especie de película, así es que ¡no tengas miedo! De nada me valía. Nos envolvió un humo o neblina y caí en la cuenta de que atravesábamos unas nubes. La tierra quedaba atrás, bajo de nuestros pies. Sentía en esos momentos odio

y rabia contra esas pequeñas criaturas que me habían traído hasta este infierno de lugar.

El humano nos comunicó de nuevo que tuviéramos en mente que lo que observábamos a nuestro alrededor eran sólo imágenes proyectadas. Personalmente se me hacía muy difícil aceptar la idea de que sólo eran imágenes multidimensionales. Seguimos ascendiendo hasta mirar la Tierra del tamaño de una bola de baloncesto y luego del de una bola de golf. Aquí nos detuvimos. En esos momento angustiosos no me percaté de las acciones de las otras 14 personas, apenas podía soportar mi propia condición. Pero les aseguro que nadie habló, aunque hubo instantes en que me pareció oír quejidos, suspiros, llanto y el sonido que hace una persona al vomitar o intentarlo. Sólo les puedo decir que me sentía sumamente insignificante ante tanta grandeza. Aquella noche que se fue la luz en casa de Mamá, "La noche de las estrellas", era en lo que pensaba. ¿Habría conexión? Aunque supuestamente nos encontrábamos bastante retirados de nuestra Tierra, las estrellas se percibían tan lejanas como desde la superficie de nuestro globo. Sin saber exactamente cuándo, los mareos y náuseas cedieron paso a la maravilla y a la fascinación.

Mientras observaba el cielo y las estrellas, apareció un círculo de luz en forma de halo. El humano nos informó que la estrella pequeñísima que había quedado dentro del halo, que apenas se veía, estaba ubicada en la vecindad de su lugar de origen, de su planeta, pero que aún mucho más allá se encontraba el sol o estrella en la cual giraba su mundo. Nos dijo que este lugar sería nuestro destino. De repente las estrellas comenzaron a moverse, pero no eran ellas, sino nosotros los que nos movíamos. Siempre había creído que las estrellas se encontraban esparcidas entre la luna y los planetas, pero si este viaje era fiel a la realidad, no era de esa manera. La velocidad aumentó y con eso regresaron los mareos. El halo había desaparecido, las estrellas se convirtieron en rayos de luces de diferentes colores. Atravesábamos el supuesto espacio a una velocidad vertiginosa. Parecía estar en un torbellino de colores. La percepción de velocidad comenzó a disminuir.

Los colores se tornaron en luces blancas, rayos que formaban una especie de túnel. De nuevo aparecieron las estrellas. Entre todas había una inmensa que aparentaba estar muy cerca. A su alrededor giraban lo que podían ser planetas. Pude ver de nuevo el halo alrededor de esta estrella. El ser humano nos dijo que ese era el sol de Kaa, su planeta de origen, el planeta madre de ese sistema solar y de todos los que habitan el resto de los mundos en este sistema.

Los primeros seres humanos de este sistema fueron creados y depositados sobre Kaa. Cuando esta parte de la gran humanidad se extendió a través de todo el planeta y ya no hubo espacio, emigraron formando colonias en los planetas más cercanos. Cuando se saturaban repetían el proceso. En muchos de los planetas nuevos no se encontraban los elementos necesarios para sostener vida humana y la de sus animales, pero se las arreglaron para acondicionar éstos y sostener toda clase de vida que los acompañaba. Crearon mares donde no los había y transformaron las atmósferas lo necesario para hacerlas aceptables. De esta misma manera han obrado el resto de las humanidades a través de los diferentes sistemas solares en el infinito cosmos. El humano sentenció:

Por supuesto, con una excepción. Se han ido expandiendo, creando y creciendo tanto física como espiritualmente. Mientras tanto, en su lugar de origen, el que ustedes llaman "Tierra", lo que han hecho es destruir, contaminar y disminuir espiritualmente, al extremo de contaminar hasta su espacio sideral, sus supuestos horizontes lejanos. Todos los hijos del planeta Kaa son autosuficientes, pero su gobierno amoroso proviene del planeta madre. Ahora nos dirigiremos a Kaa.

Percibimos un movimiento vertiginoso hasta acercarnos a uno de los planetas, el más cercano a la estrella luminosa. Se podían apreciar varias nubes, y mientras más nos acercábamos a este lugar, más se parecía a nuestra Tierra. Comenzamos a descender sobre Kaa, o lo que fuera este sitio. La

topografía era muy diferente a la nuestra. Lo que aparentaba ser tierra firme ocupaba una gran cantidad de la superficie. En vez de grandes fragmentos de tierra firme, lo que nosotros conocemos como continentes, sólo había uno rodeado de un océano. Quizás había más y no lo logramos ver por estar situados al otro lado de esta masa. Descendimos a través de nubes blancas y relucientes. Sus montes, verdor y formaciones rocosas eran a mi parecer idénticos a nuestra Tierra. Había una diferencia, pero no podía precisar cuál era exactamente.

La diferencia más notable, que luego confirmé, fue la gran abundancia de flores por doquier. Toda clase de flores silvestres y las que conocemos como de jardín, de colores brillantes y llamativos. El cielo azul dotado de manchas de algodón, el verde de la flora, acentuado con múltiples colores florales y el azul del mar, hacían de este lugar la sustancia de sueños placenteros.

Aún así, la aparente altitud me afligía de tal manera que destruía cualquier segundo de fascinación. El día era soleado con algunas nubes y a lo lejos vi lo que parecía ser una aldea de indios. Nos detuvimos sobre un hermoso bosque a una distancia prudente de esta aldea. Se podía ver movimiento entre los árboles del bosque, producido por animales, pero no pude ver de qué especie eran. Pude observar a personas caminando y corriendo, el humano, parado en su misma posición con los seres pequeños a su lado, nos dijo: "Bienvenidos a mi lugar de origen, Kaa. Ahora conozcan a mi gente".

Todos comenzamos a deslizarnos por el aire, sobre los árboles, hacia la aldea o pueblo. Al acercarnos pude ver que lo que a lo lejos parecían como casas de campaña resultaron ser construcciones en forma de pirámides. Estaban hechas de una especie de cristal pulido en diferentes colores semitransparente. Estas pirámides, nos informó el ser humano, eran el lugar de habitación de este grupo de personas. Otras tenían semejanza con un cono invertido, un embudo, pero todas hechas con esa misma piedra o cristal y quién sabe si algo como el plástico. Todas en diferentes colores vivos y flamantes. En vez de calles habían veredas y las flores abundaban

por donde quiera. Las casas se encontraban ordenadas en un círculo y en medio de éste una plaza cuadrada rodeada de flores.

Todo el suelo parecía estar cubierto por una alfombra hecha de yerba parejamente recortada, una especie de césped. En esta plaza inmensa se encontraban árboles y algo parecido a una piscina o poza, construida en ese mismo material parecido al cristal, en color azul cielo. Era algo tan brillante y colorido que desafiaba la vista. Los colores vivos de sus casas, rojo, azul turquesa, púrpura y otras variedades, en conjunto con los demás colores de la naturaleza completaban esta explosión visual. Nunca había visto tal belleza. En la piscina o pozo se veían niños y adultos jugando y bañándose. Un dato que quizá muchos de ustedes encontrarán ofensivo, es que ninguno de los residentes de este lugar llevaba vestimenta puesta. Los asientos en que nos encontramos comenzaron su giro usual y vimos todo a la vuelta. A lo lejos de esta población se veían otras parecidas que se conectaban con la población que observábamos a través de unas veredas mayores. Girando lentamente descendimos a la plaza o por lo menos estábamos bajo la impresión de ir descendiendo a ella.

La gente de este lugar se reunió a nuestro alrededor. Todos desnudos se sonreían. Entre ellos se encontraban madres que sostenían a sus hijos en brazos. La apariencia de felicidad y buena salud reinaba entre estas personas. El humano nos informó que esta era la gente de "Kaa". Vimos personas de todas las razas. Negros, trigueños, blancos y orientales. Eran todos de diferente tamaño y diferentes colores de cabello. Nuestras sillas siguieron sus giros y pudimos observar todo a nuestro alrededor. Estas personas que nos saludaban con los gestos de manos y cabezas, me imagino que se le fue informando de antemano el uso que se les daría a estas imágenes grabadas.

Pienso que originalmente estuvieron sonriendo y saludando a un camarógrafo. Por ahora estaba creada la impresión de ellos poder vernos. Era increíblemente real. ¿Cómo es que todo esto era sólo una proyección? Esas personas se veían tan vivas. Lo único fuera de lugar, dadas las circuns-

tancias, era el silencio. Aunque se les podía ver reír y abrían sus bocas como comentando entre sí, no escuchábamos nada. Algunas mujeres adornaban sus cabellos con flores de diversos colores. Observé a un perro ladrando en silencio. Si no fuera por el tipo de construcción de sus hogares y la inmensa piscina, diría que lo que observaba era alguna tribu de indios primitivos.

¿Son estos extraterrestres? ¿Una tribu india compuesta de todas las razas humanas?, pero, ¿dónde estaban sus rayos láser, sus robots y autos super adelantados?, ¿dónde estaban sus vestimentas de color plata brillante?, ¿estas viviendas?, ¿y qué de sus ciudades imperiosas?, ¿indios?, ¿dónde se encuentran los seres de siete pies de alto, con ojos en la frente o seres pequeños y verdes con antenas?

Seguimos acercándonos lentamente y pude observar diferentes animales. Entre la multitud de personas, le abrían paso a individuos que traían consigo su animalito. Un niño nos mostró un león, el cual jalaba por la melena. Nos enseñaron gallinas, gallos, monitos y aves de gran belleza. Logramos ver, para nuestra compleja sorpresa, a un animal ya extinguido en nuestro planeta, algo parecido a un dinosaurio. Caballos, vacas, camellos y otras variedades del reino animal nos fueron mostradas. Nos detuvimos, la multitud se dividió, como supuestamente lo había hecho el mar rojo, y ante nuestros ojos apareció una gigantesca piscina. Sucedió algo asombroso. Desde el centro de este cantar de agua surgió una erupción; parecía una fuente. El rocío del agua alcanzó a la gente y se regocijaron. Tanta alegría vi en sus rostros que me produjo una ligera sonrisa. Al cesar esta gran columna de agua clara, saltaron cuatro delfines. Lo espectacular de este evento fue que sobre sus lomos, como si montaran caballos, se encontraban cuatro niños negritos. Cuando los delfines llegaron a una altura increíble, los niños se desprendieron de sus lomos, dieron una vuelta en el aire y cayeron junto a los delfines al agua. La gente, que parecía contener brillo en su cabello por la reflexión del sol sobre el rocío que los había salpicado, aplaudían y reían. Dentro de la piscina, los cuatro niños estaban escoltados por estos mamíferos marinos hasta la orilla. Las aguas hicieron su

erupción de nuevo y los niños llegaron hasta nosotros, mojados de pies a cabeza, con sonrisas y orgullo en sus rostros. Se tomaron de las manos y simultáneamente se doblaron hacia el frente, como actores ante su público al final de una obra de teatro. Enseguida salieron corriendo, cada cual por su lado. El mar rojo se unió, la erupción cesó y el giro lento de nuestros asientos comenzó hasta quedar de frente al humano guía y sus dos criaturas. Su voz me impactó después del rato en silencio; habló:

Este es mi lugar de nacimiento. Este poblado lo llamamos No, lo que significa en nuestra lengua "viajero", yo soy conocido como un "no". Somos muchos los "nos" que han surgido de mi cuna de crianza. Como podrán fijarse, no tenemos ancianos entre nosotros.

Era cierto, no había ancianos, sólo niños y adultos. Nos informó además que su gente no envejecía ni moría, que la vida desde que empieza es continua. Crecen hasta la edad de aproximadamente 25 de los nuestros y ahí se detienen. Sufren accidentes, sangran sus heridas y hasta sienten dolor, pero sus cuerpos son capaces de regenerarse rápidamente. Su mundo está libre de bacterias dañinas, y las que los viajeros traen con ellos desde lugares lejanos, son exterminadas antes de hacer contacto con los poblados de Kaa. Mientras los viajeros, los No, están de visita en el planeta Tierra o Crio, tratan de evitar el contagio de bacterias y gérmenes dañinos lo más posible.

En este sentido, las criaturas hechas por seres humanos, las "oemores", les son muy útiles. Cuando por alguna razón u otra hacen contacto directo, con componentes dañinos al sistema de sus cuerpos humanos, están capacitados genéticamente para combatirlos sin necesidad de vacunas u otros medicamentos. A pesar de ser esto un hecho, no deja de ser un hecho también, que sufren las incomodidades que acompañan a estos gérmenes y bacterias. Según él, sus cuerpos son capaces de crear todo tipo de anticuerpos que atacan y destruyen instantáneamente a cualquier invasor de sus sistemas fisiológicos. Sus cuerpos poseen unas glándulas, las cuales poseemos nosotros por igual, que segregan una serie

de sustancias que los hace inmunes a las enfermedades, después de ser afectados por primera vez. Él nos informó además, que los cuerpos de los residentes de la Tierra, no funcionan como es debido por causa del desbalance y desequilibrio que por generaciones los humanos de aquí hemos mantenido. Por generaciones nos hemos contaminado con tantas sustancias químicas que nuestro cuerpo ya no funciona apropiadamente. Cada vez ingerimos más sustancias dañinas, sea por medio de los alimentos, medicinas o drogas ilícitas y eso nos sigue debilitando más aún, a pesar de los supuestos avances de nuestra ciencia.

Las personas proyectadas a nuestro alrededor seguían sonriendo y comentándose entre sí. Los niños corrían contentos y las variedades de animales conocidos y desconocidos estaban siendo escoltados fuera del alcance de nuestra vista. De pronto comenzamos a elevarnos nuevamente. La gente no nos siguió con al vista, sólo comenzaron a dispersarse. Nos deslizamos por el cielo de "Kaa" lentamente.

A lo lejos pude observar varias formaciones circulares, parecidas al pueblo que había acabado de visitar. Observé de nuevo flores por donde quiera, observé ríos y lagunas preciosas. Se veía gente disfrutando de ellos. Ninguno se percató de nuestra presencia. El paisaje era comparable a lo que imaginamos sería un paraíso. La vegetación abundante y sobresalía el colorido de las flores. Aunque mi respiración había vuelto a un ritmo más normal, el temor de caer desde esa altura continuaba acompañándome. Él y sus "oemores" seguían en sus mismas posiciones. Podía yo sentir el piso debajo las suelas de mis zapatos, pero aparentábamos volar por los cielos de "Kaa". Las otras 14 personas y yo parecíamos estar deslizándonos como a 20 mph. El paisaje debajo de nuestros pies se descorría como un gran telón.

En el aire se veían distintas aves y hasta animales voladores prehistóricos para nuestra Tierra. Aunque lo que veía a mi alrededor era precioso, mi corazón guardaba terror y pánico, el cual contenía encerrado en sí. Latía mi corazón de tal manera que me encontraba seguro de que si mirara, lo vería latir por encima de mi camisa blanca y sudada. Todo lo que me pasaba y veía, ¿sería real? Pensé en aquel entonces

que quizá yo había sufrido un accidente por la carretera de la Bajura, cuando venía desde mi trabajo y que quizás este lugar era el más allá. La mente se me escapaba de un momento a otro y no sabía cuál era la realidad de lo que pasaba. Aunque el ser humano vestido de ropa negra nos había informado sobre su lugar de origen, me encontraba terriblemente confundido. En este estado de confusión, con el corazón queriendo salirse del pecho y con mis ojos abiertos como pez muerto, seguí en aquel aparente deslizamiento por los cielos de "Kaa", junto a los demás.

Nos detuvimos sobre un lugar que parecía ser una finca. Los que mantenían la siembra eran cientos de "oemores". Se veían recogiendo, cosechando algo de esa tierra. No pude ver lo que era y nuestro guía no nos informó. Los "oemores" parecían hormigas organizadas. Cada uno cumpliendo su función bajo el sol de "Kaa". Este sol de "Kaa" tenía según mis sentidos el mismo parecer de nuestra estrella, la de la Tierra. Por lo menos así lo percibí. Su calor no se sentía, ya que sólo se trataba de una proyección. Sobre esta finca sólo nos detuvimos brevemente. Logré ver varios "oemores" cargando algo como cajas. Me supongo que dentro de éstas llevaban el producto de sus cosechas. Las iban cargando hasta una gran construcción parecida a un edificio gigante hecho como de ladrillos de barro.

El color de este edificio cuadrado era terracota. No vi vehículos alrededor. Toda transportación era hecha a pie. Caminaban como hormigas, desde la siembra hasta el aparente almacén gigantesco. Por lo que pude observar desde esa supuesta altura y distancia en que nos encontrábamos, y por lo que vi de la siembra, el producto cultivado podría haber sido papas o batatas, algo así. En verdad no lo puedo asegurar. Seguimos y nos alejamos de la finca. En el horizonte, en la distancia se asomó el delineamiento de lo que parecía ser una gran ciudad. Al llegar a este lugar me fijé que no se encontraban personas a sus alrededores. Vi muchos edificios majestuosos. Todos contruidos en un material sólido, parecido o igual al cemento. Estas edificaciones no tenían ventanas y aunque me supongo que tendrían éntradas no se las vi. Los vi rectangulares y otros cuadrados. En el medio de estos

edificios de color gris cemento, se encontraba una gran maravilla. Una gran pirámide, enorme, rodeada por las demás construcciones. Esta inmensa pirámide parecía estar contruida del mismo material en que estaban contruidos los hogares de las personas del pueblo redondo que habíamos visto anteriormente. La pirámide parecía estar hecha de piedras preciosas pulidas o de hielo brillante de diferentes colores. Los colores se fundían. El azul turquesa predominaba la base de esta estructura y éste se fundía con un color lila y hacia la cumbre un rojo chispeante. Comparado a este monumento las siete maravillas de nuestro planeta, pasarían a ser tonterías. Observaba todo esto incrédulo. Mi mente giraba hasta el extremo de casi no poder tolerar más. Esta gran ciudad desierta, ciertamente era impresionante. Aquí las flores no crecían y lo que aparentaban ser calles entre las edificaciones se encontraban falta de toda forma de vida. Aquí suspendidos en el aire, de frente a la enorme pirámide cristalina, él habló de nuevo.

"Este es el centro de gobierno para el planeta madre "Kaa" y para sus descendientes, que habitan los planetas de este Sistema Solar en particular". Según relató nuestro guía, en este edificio gubernamental, realiza sus labores su padre, que ayuda en el manejo de los asuntos de los planetas. El padre de nuestro guía humano se encuentra a cargo de las operaciones de observación de nuestro planeta Tierra, o "CRIO" como le llaman ellos. Además nos explicó que los demás edificios cuadrados eran laboratorios y que en algunos de éstos era el lugar donde se producían en masa a los "oemores". En este centro gubernamental no descendimos.

Seguimos nuestro aparente deslizamiento (siempre desde nuestros "asientos") hasta llegar a un lugar donde acababa la vegetación y comenzaba lo que parecía ser un desierto. A la distancia vi lo que parecía ser una especie de zona urbana, compuesta de casas de techos redondos y metálicos que reflejaban el sol. Al acercarnos me di cuenta de que lo que en realidad observaba era una gran extensión de desierto repleto de cientos de vehículos circulares, lo que comúnmente llamamos "platillos voladores". Todas, menos tres de estas naves, eran del mismo tamaño. Entre esta

multitud de aparatos pude observar un edificio de proporciones descomunales, idéntico a un silo, como los que usan los granjeros en la Tierra para almacenar granos.

Mientras nos encontrábamos aparentemente suspendidos sobre este almacén o aeropuerto, una de las naves se elevó hasta alcanzar nuestro grupo. El aparato era grandísimo, aun más grande que un avión 747. No escuchamos sonido alguno. El artefacto se acercó más a nuestro grupo; era sumamente impresionante. Tenía forma circular, como dos platos invertidos uno encima del otro. Tenía en el centro de la parte superior una cúpula que parecía estar hecha de cristal. Por debajo, justo en el centro, tenía otra cúpula idéntica a la superior. Su color era de un gris-azul ahumado. Se posó por encima de nuestras cabezas. Al mirar hacia arriba, pude observar lo que parecían ser unas vigas que salían desde la cúpula hasta la orilla del objeto, creando la imagen de un sol que despedía rayos. De pronto, el vehículo se elevó a una gran altura y se encendió, encendido parecía un verdadero sol. Descendió y se ubicó por debajo de nosotros. Nuestras sillas comenzaron a girar lentamente. No distinguí ninguna diferencia al objeto de su parte de abajo con su parte de arriba, eran idénticas.

La nave comenzó a moverse de nuevo y nuestros asientos se detuvieron frente al humano y sus dos oemores, se le abrió una especie de compuerta cerca del borde de la parte superior y surgió otro vehículo más pequeño. Era como un auto color azul marino sin llantas. Este auto-nave tenía la capota de cristal o algo como el cristal. Tenía muchas luces a su alrededor y al pasar sobre nuestras cabezas me fijé que también las tenía por debajo. Digo que eran luces, pero en ningún momento se encendieron, sin embargo tuve la impresión de que eran eso, luces. El auto-ovni se nos acercó y pude ver al conductor, un joven, apenas un niño, y junto a él un oemore. Parecía que el navegante de este vehículo pudiera vernos suspendidos en el aire, pues levantó su mano en señal de saludo. El muchacho, rubio, de ojos azules cristalinos, comenzó a hacer maniobras en el aire. Nos estaba dando una demostración de sus habilidades.

Luego se introdujo de nuevo en el vehículo mayor. La nave descendió y se posó en su lugar correspondiente. Todo lo veía tan palpable, el cielo, los diferentes objetos, ¿cómo podía esto verse tan real? No me lo podía explicar, miraba a mi alrededor y lo que veía eran cosas de sueños. Enseguida se elevó uno de los tres vehículos gigantescos, éste parecía tener el tamaño de un estadio de pelota. Ascendió sobre nuestras cabezas y se detuvo hasta aparentar ser de un tamaño menor. Esta vez no emergió otro vehículo de su interior, sino que comenzó a dividirse en cuatro partes. Se repartió en el cielo como un pastel o una pizza. Estos cuatro triángulos nos sobrevolaron lentamente uno a uno. Se habían posicionado en fila, uno detrás del otro. Ahora, una nave se había dividido en cuatro naves triangulares. Según nos informó nuestro guía humano, estos vehículos funcionaban con base en la energía producida por su sol.

El sudor bajaba a chorros por mi frente y caía en mis ojos. De vez en cuando sentía como que mi circulación no andaba bien, sentía la sensación de miles de alfileres penetrando mi piel, tanto tiempo sentado en la misma posición era terrible. Todos pudimos observar el momento en que los cuatro pedazos de esta inmensa nave se unieron de nuevo y formaron una sola. El acto de unirse fue logrado con gran precisión. Luego, este vehículo descendió y se colocó entre los demás. Los vehículos circulares más pequeños tenían un color azul grisáceo, como azul humo, las naves mayores eran de un color oscuro, cenizo, casi negro. Por debajo de cada parte dividida pudimos observar una especie de cúpula, hecha de un material parecido al de las otras naves, localizada en el centro de cada triángulo. Desde donde nos encontrábamos observando, ahí, todos suspendidos en el cielo de Kaa, no pude ver si estos vehículos al aterrizar se posaban sobre sus barrigas o si tenían algunas ruedas o patas para aterrizar.

Nuestros asientos comenzaron a girar hasta quedar frente a la edificación con apariencia de silo gigante. Éste tenía el color y apariencia del aluminio. El humano-extraterrestre nos indicó que ahí se fabricaban y se reparaban todos estos vehículos. No vimos personal por ningún lado y al gran

silo no le detectamos entrada alguna, tenía que estar localizada del lado que no podíamos observar.

Comenzamos a desplazarnos de nuevo dejando atrás aquel lugar en el desierto. A pesar de que lo que veíamos alrededor era de gran belleza, el pánico me volvió a surgir. Los árboles, montañas, praderas, ríos y sobre todo las flores eran de una belleza inigualable. Todos los colores eran acentuados, vivos. Los rojos más rojos, los verdes de los árboles y yerbas más verdes y el azul del cielo indescriptible. Sentía en esos momentos una mezcla de sentimientos. Por un lado estaba maravillado y por otro aterrorizado, una combinación muy particular de emociones. Quería quedarme en este precioso lugar de extraordinaria belleza y al mismo tiempo quería regresar urgentemente.

Por medio de esta proyección conocimos 15 humanos de la Tierra el hermoso lugar de origen de nuestro secuestrador y de sus dos criaturas de ojos saltones y cabezas abultadas. Pero todavía faltaba más. Llegamos a un valle rodeado de montañas, donde abundaban cascadas de aguas cristalinas y toda clase de vegetación y flores de colores electrificantes. Nos detuvimos y nuestros asientos empezaron su giro usual. Lentamente observamos el hermoso paisaje. Mientras girábamos él habló de nuevo, dijo: "Observen bien este lugar, este es el aspecto que debería tener su Tierra. En un principio, su lugar de origen así fue diseñado". Los asientos seguían su lento giro y su voz se convirtió, por falta de otros sonidos, en el centro de mi enfoque auditivo. Nos siguió informando: "Entre ustedes hay quienes ayudarán al restablecimiento de la belleza original de su mundo". A estas alturas, ya no distinguía la verdad de la ilusión.

Los asientos terminaron de girar y quedamos frente a él. Comenzó a hablar con los que estaban sentados en la primera fila. A estos primeros cinco los iba mencionando por su nombre y miraba fijamente. Él les asignaba una especie de tarea. Algunos fueron destinados al cuidado de animales, otros al mar y sus diferentes especies; otros más a la agricultura, las aves y otras cosas que no recuerdo. Cuando me tocó mi turno, recuerdo que al hacerlo no podía mirarlo a los ojos, me daba terror su mirada profunda y penetrante. Aun-

que no lo miré se dirigió a mí. Él me dijo: "Amaury, usted ayudará con el reverdecimiento de su mundo, ayudará a que los árboles, las yerbas y sobre todo las flores continúen después de lo que ha de venir". No comprendí, yo no sabía nada sobre las flores o árboles, sólo que necesitaban tierra, agua y luz. Hizo mención del nombre del adolescente sentado a mi derecha y procedió a instruirlo, y así sucesivamente con los demás. Habló de nuevo a todos: "¿Entienden lo que les he dicho?"

Nadie en ningún momento pronunció palabra alguna al parecer algunos de los presentes, incluyéndome, movimos las cabezas en señal de negación, del "No" como a contestación a la pregunta que nos hiciera el extraño sujeto vestido de negro. Nos dijo que con el tiempo comprenderíamos, que por ahora éramos como niños. "Los niños nacen sin saber nada. Paso a paso van adquiriendo conocimiento, sabiduría y de esa misma manera sucederá con ustedes."

Aún no me atrevía a mirarlo. Temía encontrarme con su mirada fija intimidándome; volteaba para todos lados, menos donde se encontraba él. Cuando se dirigía a todos podía mirarlo, pero al hacerlo conmigo no lo toleré. Lentamente, el paisaje empezó a perder todos sus tonos vivos y todo a nuestro alrededor comenzó a vibrar visualmente. El ambiente se fue desvaneciendo hasta desaparecer y de repente todo quedó en tinieblas. Cuando volvió la claridad, o cuando encendieron las luces que no se veían, nos encontramos en aquel extraño salón con el humano que se había identificado como Amaron. Junto a él, aún se encontraban sus dos monstruosidades.

En esa primera proyección hubo muchos detalles que he omitido. Básicamente les da una idea en general. Las proyecciones que describo a continuación son cortas, pero impactantes. En ellas se producen escenas escalofrantes y espantosas. Las proyecciones que siguen las clasifico como las más importantes de todas las comunicaciones ofrecidas por el ser, para nuestra humanidad. Mi sincera intención no es alarmar ni traumatizar a nadie, pero no encuentro la manera de expresar las siguientes comunicaciones, sin así hacerlo. En realidad son alarmantes las cosas vistas. Tanto

como para mi país Puerto Rico, como para el resto del mundo. Se me hace inmensamente difícil expresar en palabras el horror y el sufrimiento que atravesamos aquellas 14 personas y yo al ser testigos de tan horrendo panorama. Las fechas de estos acontecimientos que les describo, no nos fueron dadas, pero cada día que pasa quedo más convencido que el tiempo no está tan lejos. Ahora entiendo y comprendo lo que habrán sufrido otros antes de mí que tenían algo que comunicarle a todos y que nadie los escuchó, no les pusieron atención. Depende de usted, el que lee, si toma acción o si espera a que sea muy tarde. Por favor les pido, no esperen a que cierren las puertas del arca simbólico. Prepárense y entren en el arca de vida con tiempo, no esperen sentir la lluvia caer sobre sus rostros. Por el sentido de la responsabilidad he aquí la siguiente proyección.

Proyección # 2

El salón aparentaba tener paredes grises de nuevo. Estas paredes aparentemente sólidas, se convirtieron en luz. Es la luz del día. No encontrábamos de repente todos sentados en la cima de una montaña. Es un día soleado, muy bonito. Contraria a la primera proyección, escuchamos sonido. Escuchamos la brisa entre los árboles. Pajaritos cantando alegremente, autos en la distancia y hasta el canto de un gallo. Esta proyección aparentaba ser más real que la anterior, por el hecho que se escuchaba sonido. Sólo faltaba sentir la brisa entre mi cabello y el sol sobre mi piel. Desde este lugar pude observar el mar y varias casitas regadas por dondequiera en la distancia. Los postes del alumbrado eléctrico parecían palillos de dientes.

La vegetación de este lugar aunque verde, no era de aquella misma apariencia viva chispeante como en las imágenes anteriores y carecían de flores. El color verde que ahora se veía era opaco en comparación. Comenzaron a girar los asientos y vimos unas torres, como de comunicación. El guía humano nos informó que este lugar era una parte al oeste de Puerto Rico. Se veía como un día pacífico, normal. Por la posición en que se encontraba el sol, la hora aproximada podía ser más o menos el mediodía. De repente todo quedó

envuelto en una sombra oscura. Como si atardeciera velozmente. Al mirar hacia arriba observé que algo obstruía al sol. Sólo una pequeña porción de sol se escapaba. Pensé en un eclipse.

Se escuchaba un gran zumbido a lo lejos, como un trueno corrido. Todos lo vimos a la vez, alto en el cielo. ¡Una piedra! Esta piedra se estaba derrumbando en pedazos mientras caía, pero su tamaño en vez de disminuir aumentaba. En un momento el grupo, el guía y sus dos acompañantes nos dirigíamos hacia este objeto oscuro que caía del cielo. Antes de supuestamente ascender desde esa cima en aquella montaña, escuché lo que me pareció fueron gritos. Gente gritando, no las veía, pero las escuché. Algunas de las otras 14 personas que me acompañaban, también comenzaron a gritar. Era horrendo, sentía que quería saltar de mi asiento, pero, ¿saltar para dónde? Recuerdo haber querido cerrar los ojos. No podía, tenía que ver. Jamás olvidaré esos gritos. Eran tan espantosos que me llevaron al extremo de sentir que quería desgarrarme la ropa, sentí ese impulso incontrolable, pero me detuve. Al acercarnos más a este objeto, pude notar que se encontraba encendido como antorcha. De momento creí que se trataba del sol, pero llegamos a una altura tal que quedamos sobre esta piedra. Ahora el sol quedaba sobre nuestras cabezas mientras seguíamos el curso de este inmenso objeto desconocido. Desde este ángulo lo pudimos observar mejor: para nuestro mayor asombro, tenía una cola de fuego enorme. Estaba compuesta de candela y pedazos que se desprendían. La cola era como lava volcánica viva. Me llevé las manos a los oídos y empecé a gritar a todo pulmón: ¡nooo! El ruido del trueno aumentó más aún; pensé que me estallarían los tímpanos. En verdad no puedo describir el sonido que hacía esta isla-piedra al caer. Quizás podrán tener una idea si se imaginan poder estar muy cerca de uno de los transbordadores espaciales al despegar. Llegó un momento en que ni mis propios gritos pude escuchar; me encontré al borde del desmayo. Creo que en esos momentos perdí la razón, por eso les digo que cuando digo estuve loco, deben creerme.

Aparentemente, caíamos juntos con esta isla-piedra. La sensación de caer era terrible, ya había dejado de gritar y sólo observé estupefacto ocurrir los demás eventos. De mo-

mento nos detuvimos quedando suspendidos en el aire. Al mirar hacia abajo, observamos a la gran piedra impactarse contra el océano, cerca de las costas al oeste de Puerto Rico. Causó una explosión, como si hubiera estallado una bomba. El impacto provocó que una gran bola compuesta de vapor, agua y humo llegara hasta donde nos encontrábamos suspendidos. Pensé que nos mojaría, pero esto era imposible. La isla de Puerto Rico se estremeció. Después de habernos deslizado y bajado un poco, nos colocamos más cerca de la costa. Los gritos de las personas allá abajo se escucharon de nuevo, y cada vez que la isla se sacudía sus árboles y palmitas vibraban. El sol aún brillaba como si fuera ajeno a todo el caos. La bola de vapor se convirtió en una especie de lluvia y rociaba todo el área.

Después escuchamos un sonido parecido al de un trueno, pero esta vez causado por la actividad sísmica. Una señora que se encontraba en el grupo no pudo tolerar todo esto y se desmayó. Se deslizó de su asiento y pensé que caería hacia el desastre. No fue así, cayó sobre el piso invisible del salón donde nos mostraban las proyecciones. Para nuestro asombro, parecía estar tendida sobre la nada, como si flotara en el aire mientras se encontraba desmayada, sin conciencia. Los dos seres con cabezas de forma fetal caminaron hacia ella como si lo hicieran por el aire, rapidito. La recogieron y la colocaron en su asiento. Ella aún seguía inconsciente. Se me ocurrió ayudarla, atenderla, pero me encontraba paralizado y a punto también de desmayarme. Mis pies ya no los sentía. Los hombrecitos regresaron a sus posiciones junto al humano-guía y algo inmenso llamó mi atención. Se había levantado una pared, una ola gigantesca, amenazante y mortal. Esta muralla devastadora seguía aumentando de tamaño a medida que se iba retirando el mar, quedando al descubierto un paisaje nunca visto al aire libre. Cayos, plantas y toda especie de vida marina quedaron expuestos al sol directo. Pudimos ver valles y colinas submarinos al igual que grandes precipicios acuáticos. Lo que me imagino serían peces, saltaban sobre la superficie expuesta por la retirada del océano. La muralla crecía, sólida y abrumadora. Pensé en mi familia y amigos. Luego pensé que sólo se trataba de unas imágenes

hábilmente proyectadas. Escuché estremecerse de nuevo la isla y con esto los gritos de horror de la población puertorriqueña.

Cuando el mar se había retirado unas millas de la costa, la muralla se puso en marcha hacia la isla. Ya imaginaba lo que ocurriría a continuación. Quería implorarle al humano-guía que detuviera las imágenes. Miré por unos instantes a él y sus dos acompañantes. Sentí odio. Estaba ahí, tan pasivo mientras todo esto ocurría, seguro de sí mismo, intocable. No quería ver los eventos a mi alrededor, pero tampoco podía dejar de hacerlo. La gran pared avanzaba hacia tierra firme. Logró llegar hasta las costas, pero no se detuvo ahí sino que prosiguió tierra adentro. Parecía arrasarlo todo. Los gritos histéricos de miles fueron ahogados. En cuestión de segundos todo quedó en un silencio impresionante. La ola gigante rompió en algún lugar fuera del alcance de nuestra vista. Cubrió todo, hasta las montañas.

De alguna forma logramos ver mejor el área. El mar estaba lleno de escombros y basura. Vimos cientos de casas destruidas, desmanteladas, sus restos flotando por doquier. Palmas y árboles habían sido arrancados de raíz, lo que parecía ser un islote, resultó ser la cima de una de las montañas más alta de esta área. Sobre las aguas flotaban miles de personas ahogadas, junto a cientos de animales. Lo extraño era que todo ocurrió a la luz del día, el sol brillaba como antes del desastre, como si nada hubiera pasado.

Las personas junto a mí y yo llorábamos incontrolablemente. La señora que se había desmayado se encontraba ya consciente. Este dolor emocional fue muy fuerte, le daban ganas de dejar de existir. El ser-guía intentaba consolarnos diciendo que esto no ocurría en esos momentos. Nos volvió a recalcar que se trataba de imágenes proyectadas. Mis pensamientos se encontraban revueltos. Las imágenes presenciadas salían y entraban a mi mente como en una televisión con control remoto en manos de un niño. Mi sistema nervioso estaba a punto de estallar. Imaginaba escenas horribles relacionadas con mis familiares. Pensé que algunas de las miles de personas ahogadas podrían ser ellos. Nuestros asientos giraron lentamente para que observáramos todo el horror. Sólo ése que parecía un islote quedó fuera del mar

turbulento. No sé si toda la isla de Puerto Rico quedó cubierta por el mar. Sólo podíamos observar este litoral. El agua se veía negra, sucia. El desperdicio en el mar era tremendo. No vi más aves y la única presencia humana era la nuestra.

Quedamos frente al guía y sus creaciones. Creí ver una expresión de pena, tristeza, en el que se hace llamar Amaron. Comenzamos a movernos en dirección al pedazo de tierra que sobresalía del mar. ¿Sería esto lo que quedaba de Puerto Rico? ¿"Puerto Chico"? Aparentemente descendimos en este lugar, no tenía vegetación alguna. La tierra estaba mojada por el agua del mar. En este pedazo podrían construirse quizás 20 casas, así de pequeño parecía ser. De cerca, el mar se veía mucho más negro y las cosas que flotaban en él se veían más claras. La lluvia de agua de mar, causada por el impacto de la piedra colosal, dejó de caer. De pronto la imagen comenzó a ondear y a desvanecerse. En su lugar se hicieron presentes las paredes del salón extraño.

Aquí terminó esta proyección y entonces sentí un gran alivio. No quería ver nada más, sólo salir corriendo de esa sala. Creo que por el miedo no lo intenté. Además, no vi puertas ni ventanas; aunque tuviera el valor de levantarme de ese asiento, ¿para dónde correría? ¿Por dónde saldría? También estaba la posibilidad de que las dos pequeñas figuras me persiguieran. Con sólo pensar en que esas criaturas pusieran sus manos sobre mí de nuevo, era suficiente para quedarme tranquilo. El hombre vestido de negro nos permitió unos momentos para que nos repusiéramos; algunos incluyéndome, aún llorábamos. Insistió en que lo que habíamos presenciado era sólo una imagen, pero que así ocurriría en la realidad. Esas palabras me destruyeron: "Ocurriría en la realidad". ¿Cuál realidad? En aquellos momentos no sabía lo que era eso. Mi propia realidad había muerto, ellos me la mataron.

Ahora cálmense, tengan tranquilidad. Recuerden que esto no sucede ahora, son sólo imágenes. La siguiente proyección será exhibida parcialmente, en una sola dimensión. Les será menos difícil y por ende podrán absorber la información con menos emoción. Advierto a todos los presentes que las próximas imágenes serán las más impactantes, prepárense.

Con estas palabras el salón quedó en penumbras. Tragué saliva y dejé de respirar momentáneamente.

Comenzamos a girar lentamente y pronto nos detuvimos. Me encontraba en la última fila a la izquierda, pero con este movimiento quedé en la primera. La persona que se encontraba delante de mí quedó a mi derecha y el muchacho a mi derecha quedó una posición detrás. El guía y sus amigos a la derecha de nuestro grupo. Esta proyección la observamos como en un cine, con la excepción de que lo proyectado tenía imágenes más claras y con una percepción de profundidad, como estar observando a través de una enorme ventana de cristal los acontecimientos.

Recuerdo haber mirado hacia atrás para ver si alcanzaba ver el proyector o aparato que producía imágenes tan reales. Lo único que puede ver fue los rostros aterrorizados de los demás y la oscuridad infinita del salón. Esta proyección no tenía sonido y su formato se asemejaba al de un documental. La narración la hizo aquella entidad que proclamaba ser extraterrestre.

Proyección # 3

Comenzaron por exhibir diferentes edificios gubernamentales de nuestra Tierra, el último de ellos la Casa Blanca, en Washington, D.C., Estados Unidos. Nos dijo: "Los diferentes gobiernos que rigen sus pueblos, a su humanidad, tienen sus propios intereses. El interés primordial de estos gobernantes es el poder y control absoluto. Sus únicas metas son enriquecerse sin importarles los medios. En esto juega un papel importante la moneda y el valor sobrehumano que se le ha adjudicado. Esto los convierte en ciegos ante la destrucción inminente". Mientras el hombre de piel canela nos narraba, pudimos ver cómo el edificio presidencial de Estados Unidos comenzaba a vibrar y a derrumbarse por un aparente terremoto. Quedó en ruinas. Las imágenes siguientes mostraron actividad sísmica sobre todo el globo terráqueo.

Nos informó, mientras observábamos los desastres, que llegará el día en que los terremotos y maremotos se convertirán en cosa de todos los días en el mundo. Por esta

razón viviremos en una sociedad donde la construcción de edificios prácticamente dejará de existir. En las imágenes vimos a miles de personas de diferentes países; lugares devastados por los holocaustos; personas huyendo de sus viviendas sacudidas y destruidas por los terremotos. El dolor y el sufrimiento era evidente en sus rostros. Comenzamos a llorar con una angustia indescriptible. Fue horrendo lo que vimos. ¿Por qué?, me preguntaba, no quería ver las escenas ni oír a ese ser, pero seguí mirando y escuchando.

Después vi a cientos de personas en un lugar parecido a un campamento. Estaba lleno de casas de campaña y refugios construidos con llantas de automóviles. El área se veía sucia, al igual sus habitantes. A lo lejos pude ver ruinas que no supe distinguir. Él nos informó que en estos tiempos vivirá poca gente sobre la faz de la tierra a causa de los temblores y horribles enfermedades. Todas nuestras aguas estarán severamente contaminadas. Nos informó, además, que en nuestros mares no existirá vida marina de ninguna especie. Vimos el mar en su interior y no vimos peces ni algas, sólo basura y aguas negras. Nos dijo: "Las aves serán extinguidas por el hombre, aunque por un tiempo los mantendrán alimentados".

En otras imágenes pudimos ver equipos militares como cacharos. El que dijo llamarse Amaron, nos informó que en estos días la paz reinará, no por el esfuerzo de nuestros gobiernos, sino por la escasez de personas. Habrá un solo gobierno, un gobierno mundial, sólo se preocupará del bienestar del grupo sobreviviente. Los ciudadanos del resto del planeta sobreviviremos con pocos recursos. Dicho esto, nos mostró una gran isla, tenía una gran cúpula como de cristal que la cubría. Nos dijo que el gobierno mundial construirá una gran ciudad flotante sobre las aguas contaminadas del mar. Los terremotos no los afectarán y los maremotos serán detectados a tiempo para tomar las medidas necesarias.

Esta ciudad-isla será como un inmenso barco y dirigida fuera del alcance de los diferentes peligros. Solamente personas privilegiadas podrán residir en ella. Aquí tendrán lo mejor, además de comodidades y lujos. El gobierno se asegurará que todos los que residan en ella estén libres

de todo tipo de enfermedades. Esta isla artificial será bautizada con el nombre de "Atlantis". Se proclamarán los escogidos por el originado (Dios), pero su comportamiento hacia el resto de la humanidad será deplorable y vergonzoso. A cualquiera que intentase acercarse a esta ciudad gubernamental, se le mataría instantáneamente con láser instalados en cuatro torres de observación localizadas en el exterior de la cúpula que arroja a esta ciudad. No se permitiría la entrada y la salida de nadie.

En las imágenes pude apreciar la forma de la isla. Era cuadrada, en las cuatro esquinas había unas torres tubulares como hechas de cristal. Estaban conectadas con una inmensa cúpula que cubría el resto de la plataforma cuadrangular. A través de todo el borde se encontraban otros grandes tubos de cristal que casi tocaban el mar. Por éstos pude ver personas caminando, al igual que personas en las torres. A través de la cúpula se veía vegetación y edificaciones. Esta cúpula parecía descansar sobre una especie de malla, como si fuera su esqueleto estructural.

Nos mostraron imágenes de su interior. Era un lugar bonito. Tenía jardines y huertos, por las calles caminaba gente vestida con ropa igual a la que usamos hoy en día, vestimentas que no tenían nada de futuristas. Las calles eran de cemento o algo muy parecido. Observé muchas personas en bicicleta, lugares parecidos a tiendas y restaurantes con clientes sentados en el exterior. Todos los edificios eran bajos, con una mezcla de arquitecturas oriental, europea, estadounidense, contemporánea, etc. Los rostros de las personas de este lugar artificial lucían saludables y libres de preocupaciones.

Mientras tanto, el resto de la humanidad se nos mostró pudriéndose. Gente viviendo entre ruinas y escombros, deambulando por lugares desolados. Se nos dijo que el dinero perderá su valor y sólo los más fuertes sobrevivirán. Además, mostraron personas intentando formas de gobierno, pero su naturaleza misma no se los permitirá. Se desatarán fuegos por todas partes del globo. Habrá tantos muertos por hambre, enfermedades epidémicas y la constante actividad sísmica, que serán arrojados en los fuegos. No habrá tiempo ni manera de enterrarlos. Nos dijeron que la sociedad, como

la conocemos, dejará de existir. Sólo los ricos, los poderosos y los libres de enfermedades habitarán en la ciudad flotante. El resto de la humanidad de nuestra Tierra retrocederá a un estado comparable a la era prehistórica.

El aire olerá a muerte, pero a las narices de la isla-ciudad gubernamental no llegará la peste, su esfera la protegerá. Nos mostraron el cielo cubriéndose lentamente de cenizas, "las nubes serán negras, igualmente su lluvia". Él nos informó que llegará el día en que para sobrevivir el hombre se alimentará del hombre. Muchos se quitarán la vida. Toda esta información fue acompañada con las imágenes correspondientes. Quise vomitar cuando observé a una familia alimentándose.

Nos dijo que después de ocurrir todo esto, y más, acontecerá el evento mayor, el terremoto cataclísmico. Su duración y magnitud serán de tal grado como nunca antes en la Tierra. Su fuerza será suficiente como para destruir los refuerzos de la planta nuclear que alimenta a la isla-flotante. Al estallar ésta se desatará una cadena de explosiones en todo el mundo. Cientos de armas nucleares abandonadas estallarán. La gran ciudad quedará hecha pedazos, al igual que sus habitantes. Ésta se hundirá en el mar negro para siempre.

La geografía del planeta sufrirá cambios extraordinarios y drásticos. Todo quedará irreconocible. Nos mostraron un planeta visto desde el espacio exterior: un globo negro y humeante, un planeta muerto. Apenas sobrevivirán humanos sobre nuestra Tierra. ¿Cómo sobrevivieron?, no se nos explicó. El planeta que nos enseñaron estaba cubierto por cenizas, el sol y sus rayos no lograban penetrar hasta la superficie. La noche perduraba a través del día. Los conceptos de noche, día y tiempo no tendrán sentido. El guía nos dijo que llegará entonces "el tiempo de El Originador". Esto sinceramente no lo entendí. A continuación, intentaré describir las últimas imágenes de esta proyección.

Apareció nuestro mundo en tinieblas. Un grupo de personas se reunían alrededor de una fogata. Sus vestimentas parecían andrajos. Al parecer, asaban salchichas. Sus rostros dibujaban muerte en vida. Todos se veían delgados, parecían no tener carne sobre sus huesos, hombres, mujeres

y niños. La ceniza los cubría de pies a cabeza. Cerca del grupo había una cueva de la que emanaba luz. Pienso que habría más personas ahí. Uno de ellos observaba al cielo negro. Hacía gestos y movimientos con sus brazos, apuntando al cielo. No escuchamos sus palabras ni gritos. La proyección no tenía sonido. Los demás integrantes del grupo se acercaron al individuo que les gritaba y señalaba. Todos miraron hacia el cielo y comenzaron a saltar. Parecían contentos y en sus rostros vi además locura. Salieron más personas de la cueva y se unieron a la supuesta celebración. Aún no podíamos ver la causa de su comportamiento. De repente algo desde el cielo iluminó a este grupo de personas, unos 50 o más. Observaban como hipnotizados. Dejaron de moverse, todos quedaron como atrapados en circunferencia a una potente luz.

Observábamos a la distancia aquel grupo de individuos iluminados por el círculo, pero no se veía de dónde provenía esa luz. Parecía venir desde la oscuridad del cielo. De pronto apareció otra columna de luz más delgada que alumbró una pequeña área delante de aquel grupo. Esta segunda luz iluminó la figura de un hombre que parecía descender a la Tierra. El haz de luz pequeño se unió al mayor y el hombre se dirigió al grupo. Éste les habló, pero no logramos escuchar lo dicho.

El cuadro de esta imagen se fue alejando poco a poco del grupo, desde lo alto sólo se distinguían pequeñas sombras. La fogata apenas si alumbraba lo que un fósforo. En el cielo apareció una luz intensa, como si el mismo sol se hubiera posado por debajo de las nubes de cenizas. Esta luz brillante comenzó a descender lentamente, lejos del grupo. Parecía que mientras más descendía mayor era su tamaño.

La luz formó un círculo brillante. Era enorme, quizá de millas de diámetro. Descendió a un nivel donde pudimos observar la parte superior. Era un objeto alumbrado, sólido y gigantesco. En su superficie tenía edificaciones como de cristales de colores vivos. Su apariencia era gloriosa y magnífica. Este objeto espectacular se posó sobre la Tierra.

Lucía como un broche de piedras preciosas. Así, iluminado y lleno de colores, hacía gran contraste con el resto

del lugar en tinieblas. Esparcidos, a lo lejos, notamos que aparecían otros rayos de luces, semejantes al que arrojaba al grupo de personas ya mencionadas. Si a la distancia este objeto tenía la apariencia de un estadio de fútbol, de cerca tendría que ser mayor aún. Imagínense una bandeja de color verde, con muchos objetos de colores vivos sobre ésta, objetos cuadrados, triangulares y esféricos.

Vimos al rayo de luz ascender con todo y el grupo de personas y su visitante. Atrás quedó sólo la oscuridad. El grupo subió hasta desaparecer en el punto donde justamente comenzaba la columna de luz. Los demás rayos de luz comenzaron a hacer lo mismo, parecía como si ellos también transportaran a otras personas, pero no lo vimos con claridad. En medio de la oscuridad sólo se veía el gigante como estadio del cual emanaba un color verde fluorescente y el pequeño fuego. Observamos movimiento por encima del objeto iluminado y enseguida vimos cómo descendieron nuevamente las columnas de luz. Esta vez formaron un círculo dentro del objeto-estadio y notamos cómo bajaban pequeñas figuras por medio de las columnas láser.

De nuevo las columnas de rayos ascendieron después de haber depositado su carga en el objeto mayor. Me fijé que la imagen proyectada y el tamaño del objeto aumentaban. Al aparentemente acercarnos a éste, su tamaño aumentaba, iba tomando una forma concreta. Según estas imágenes, la vista de este acercamiento fue desde arriba. La bandeja verde resultó ser césped, árboles y vegetación. Flores, frutas y vida animal contenía este objeto. Las piedras preciosas resultaron ser casas y viviendas.

Desde una gran esfera en el centro de este objeto emanaba un río de agua cristalina. El río corría a través de unos canales color azul turquesa, hasta llegar a los bordes de la gran bandeja. Fluía en dos direcciones, desde el centro hacia la derecha e igual hacia la izquierda. Todo estaba lleno de color. En ese lugar, esa ciudad, fueron depositados los sobrevivientes, quienes corrían y saltaban de alegría y se alimentaban de los frutos de los árboles. Otros se bañaban en las aguas claras y se regocijaban. El lugar se encontraba iluminado, era como de día y esta claridad formaba una es-

pecie de manto o aura en forma de cúpula por encima de esta ciudad. La claridad se reflejaba en las calles, que parecían estar hechas de ladrillos de oro o por lo menos de color oro.

Mientras observábamos el gozo de los sobrevivientes escuchamos una voz:

Éste es el regalo de El Originador. Fue creado con la ayuda de las demás humanidades de los cosmos. En este lugar residirán por un espacio de mil de sus años. Luego su Tierra se encontrará sana, para así volver a empezar de nuevo. En ella encontrarán semillas de toda índole y todo lo necesario para el restablecimiento.

La proyección culminó mostrándonos un paisaje verde lleno de vida, de cielo azul, de flores por todo el lugar. Las personas que habitaban aquí lucían contentas y alegres. La vida animal era abundante. Era nuestra Tierra.

La proyección ondeó como cuando se arroja una piedra en aguas tranquilas y se desvaneció. Todo quedó a oscuras momentáneamente. Escuchaba llorar a algunos de los que me acompañaban. La luz de fuente invisible retornó. Los asientos giraron hasta quedar de frente al humano ajeno. Las paredes habían tomado su apariencia sólida color gris claro. Él nos informó que se acercaba la hora de regresar. "No les tengan miedo, no les harán daño, tranquilos". Con estas palabras, las dos criaturas levantaron sus manos hacia él, como mostrándole las palmas. Él colocó sus propias palmas e hizo contacto con las de los seres pequeños. Luego, procedieron a posar sus manos sobre la frente de todos los presentes y éstos perdían la conciencia. Recuerdo que en esos momentos mi corazón se agitó de tal manera que pensé que moriría de un infarto. No quería que me pusieran sus malditas manos encima. A la vez sabía que con este acto quedaría yo inconsciente, un estado que deseaba. Además, esto era indicación de que quizás esta pesadilla había llegado a su fin.

El hombrecillo de cabeza grande se detuvo ante mí. Sus ojos negros, grandes y brotados me miraban fijamente. Quedé como hipnotizado, ya fuera por un poder sugestivo que poseyera la extraña criatura o por el terrible miedo que

ésta me producía. Levantó su brazo lentamente y dirigió su mano, con la palma hacia afuera, hacia mi frente. Quería con toda mi alma huir, salir corriendo, gritar. Posó la palma de su mano sobre mi frente. Todo se oscureció.

Parpadee y sentí una claridad. Observé a uno de los hombrecillos a unos cuantos pies de distancia. Tenía en sus manos un instrumento de color negro en forma de cajita rectangular. El hombrecillo acercó sus ojos al instrumento, sosteniéndolo con ambas manos. La cajita despidió un rayo de luz que me cegó de momento y que luego sentí sobre mi frente. Todo sucedió rápidamente. Se repitió y no tuve tiempo de reaccionar, ni pensar siquiera. Exactamente cuántas veces ocurrió este proceso, no lo supe. Tampoco su propósito.

Abrí los ojos y me eché a llorar; no me podía contener. Nunca antes había sentido tantos sentimientos desconocidos. Me encontraba de vuelta en mi auto. Sostuve el volante como si mi vida dependiera de él. Aún lloraba cuando me percaté que era de día, había amanecido. ¿Dónde me encontraba? Esta no es "La Bajura", pensé, había despertado en otro lugar. La carretera por la cual transitaba al salir de mi trabajo era "embreada" y ésta sólo tenía piedras, tierra y era mucho más ancha. Desconocía mi paradero, miré hacia todos los lados y nada me era familiar. No vi casas, ni personas, el área estaba desolada. Logré contener el llanto y cuando hacía el intento de salir del auto para investigar, los escuché. Aviones, eran aviones militares. Al mirar hacia el cielo lo vi: era de forma circular, su color gris azulado. Al principio sólo lo vi por debajo. Tenía una cúpula hecha de un material reflejante. El OVNI no hizo ruido alguno. Suspendido en el aire como por arte de magia, permaneció mientras tres aviones militares lo sobrevolaban.

Volaban muy bajito, parecía que se estrellarían contra la tierra. Incluso pensé que se estrellarían unos con otros. Uno de ellos comenzó a acercarse peligrosamente al OVNI. Tomé la cámara de mi prima y salí del auto. Sostuve la cámara ante mis ojos, observé al objeto a través del lente. Cada vez que oprimía el botón de la cámara, escuchaba un sonido parecido al que produce un reloj digital, un beep-beep. Oí este sonido varias veces y cada que tomaba una

fotografía. Nunca supe de dónde provenía ese raro sonido, si venía desde el objeto circular o de otro lugar.

El objeto se inclinó y en ese momento logré ver su parte superior, la cual era idéntica a la inferior. Ambas tenían la misma cúpula y el diseño como de estrella que partía desde el centro hacia los bordes. Al inclinarse, el objeto salió disparado y se perdió de vista en dirección del espacio sideral. Al salir de pronto, pude ver un destello de luz. No sé si fue producida por este platillo volador o por la luz reflejada en su cúpula. Los aviones se fueron del lugar en dirección contraria al objeto, pensé que lo perseguirían pero no fue así. Todo esto ocurrió en cosa de segundos, menos tiempo del que se toma en leer este suceso en particular.

El área quedó en silencio y todo alrededor me parecía como parte de un sueño. Como sonámbulo regresé a mi auto. No recuerdo haber virado el auto, sólo lo eché a correr en la dirección en que apuntaba. Conducía sin tener la menor idea de por dónde transitaba. Todo era campo abierto a mi alrededor. Seguí conduciendo, lentamente y pensando. Cuando había despertado en llano en mi carro, no recordaba nada de lo sucedido esa madrugada, sin embargo, al escuchar los aviones y después de avistar el aparato silencioso suspendido en el aire, me vino a la mente el encuentro, sólo que la única parte que recordaba era la de los hombres pequeños, el miedo y el hecho de que me abriera la puerta uno de ellos. Lo que había sucedido de ahí en adelante era como si no hubiera ocurrido. Primero un momento lleno de terror por esos seres, después ya es de día y finalmente me encontraba en mi auto en otro lugar.

Dejé de pensar en esto y me apuré en llegar hasta mi casa. Por fin di con una señora regando su jardín. Le pregunté, atontado, cómo podría llegar hasta Cabo Rojo, pensando que si llegaba hasta ahí sabría llegar a casa. Ella me indicó que nos encontrábamos en un barrio de Cabo Rojo llamado Las Palmas y me dijo cómo llegar hasta la carretera 301 que me conduciría en camino hacia el pueblo. Nunca me había sentido tan perdido. Poco a poco, siguiendo sus instrucciones llegué hasta la carretera 301, al llegar a ésta doblé hacia el lado contrario, hacia la playa El Combate.

Me detuve y pregunté de nuevo. Me informaron que el pueblo de Cabo Rojo se encontraba en la dirección opuesta, di vuelta y me encaminé hacia allá. Seguí conduciendo sin idea alguna de dónde me encontraba, sólo deseaba llegar a casa y dormir. Al llegar a una intersección me detuve y pude reconocer el área. Aquí terminaba la carretera 301 y comenzaba la 103 que me llevaría a casa de Mamá. Este sector lo reconocí porque después de haber llegado de Nueva York había pasado por aquí varias veces para ir hasta la playa de Boquerón. Además, era parte de la ruta que me llevaba hasta mi otro empleo. El restaurante que se encontraba frente a mí en esta intersección ya lo había frecuentado. Desde ahí conduje hasta casa sin problemas. Estacioné mi auto y subí a casa con la cámara en la mano. Al entrar, Mamá ya se encontraba despierta. Me preguntó preocupada por qué había llegado a esa hora. Ella me cuenta que no le contesté y me retiré directamente a mi dormitorio.

Coloqué la cámara sobre una mesa de noche y me desvestí. Cuando me quité los pantalones de uniforme de mozo, noté que me había orinado en ellos. No le presté atención al asunto, sólo deseaba dormir. Desnudo, me acosté a dormir después de haber cerrado todas las ventanas. Me fui quedando dormido sin nada en particular en mente, sin malos pensamientos y sin nada que perturbara mi sueño. El transcurso desde el lugar donde tomé las fotos hasta llegar a mi cuarto, lo había olvidado todo. Dormí profundamente sin despertar el resto del día. No salí de mi habitación ni para utilizar el baño ni para comer. Mi abuela me informó luego que había intentado despertarme y no lo logró.

Como a eso de las 9:30 ó 10:00 p.m. desperté a comerme un emparedado y a utilizar el baño. Luego dormí hasta el día siguiente. Al despertar, era como si nada hubiera ocurrido, como si hubiese regresado de mi trabajo sin incidente alguno. La mente humana es algo increíble, a veces sabe cuándo debe olvidar. De no tener esta capacidad sería desquiciante. Tuve bloqueados los recuerdos anteriores. Me encontraba tenso y con deseos de llorar, pero no sabía el porqué. Ese día partí a mi trabajo de mesero como de costumbre. Al día siguiente, o a los días siguientes, no recuerdo bien, le entregué la cámara

con su rollo de película a mi prima. Le expliqué lo que había pasado con el álbum de larga duración.

Durante los días siguientes, asistí a mi trabajo como si nada extraordinario hubiera ocurrido. Al poco tiempo me telefoneó mi prima. Se escuchaba bastante alterada, dijo algo sobre las fotografías de "El Gran Combo" y sobre otras fotos. No profundizó y me pidió que fuera a su casa. Colgué el teléfono y sólo se me ocurrió que quizás las fotografías habían sido mal tomadas. Hubo muchísimas veces en que había tomado fotos y les cortaba las cabezas a las personas que posaban. Fui a su casa resignado a escuchar sus críticas sobre mis habilidades como fotógrafo. Vivía cerca. Al llegar sus hijos y esposo se encontraban junto a ella, todos me miraban con caras de asustados. ¿Qué es esto?, me pregunté.

Ella me mostró las fotos. "Este es El Gran Combo", le dije. "Sigue viéndolas", me contestó. "El Gran Combo", "El Gran Combo" y... Fue como si me hubieran tirado un cubo de agua helada. Mi mente ya no pudo contenerse. Comencé a temblar y mi prima y su familia me observaban preocupados. "¿Quién es ese tipo vestido de negro? ¿Qué son esas cosas?" No pude contestar, perdí el habla. Salí corriendo del lugar, abordé mi auto y me dirigí a casa. Recuerdo haberlos escuchado llamándome pero no les presté atención. En mi hogar, corría hasta mi habitación. Mamá se atemorizó al verme entrar tan de prisa y muy alterado. Me encerré en mi cuarto, me tiré a la cama con las fotos y recogí mi cuerpo en forma fetal. Así permanecí por largo tiempo. Mamá me tocaba a la puerta, yo no le respondía.

Escuché el teléfono timbrar. Mamá conversaba con alguien. Resultó ser mi prima que, preocupada, quería saber si yo había llegado bien. Luego de colgar, Mamá se dirigió a mi cuarto con la intención de averiguar sobre el asunto. No le contestaba, no podía hacerlo. Seguía temblando incontrolablemente. Un nervio localizado debajo de mi ojo derecho comenzó a moverse por su cuenta. Escuché a mi abuela llamar a mi tía que vive abajo de nuestra casa. La llamaba con mucho pánico en su voz. Su hija, mi tía, subió a ver qué sucedía. Mamá le comunicó lo que mi prima le había dicho.

Ahora las dos tocaban a la puerta de mi habitación, me llamaban y me decían que por favor abriera.

Yo, en cambio, lo que quería era que me dejaran en paz. No quería, ni podía hablar. Deseaba estar solo con mis horrendos pensamientos. Acostado así, en esa posición fetal, con los ojos cerrados y las fotos en mis manos pude repasar lo que me había ocurrido aquella noche. Lo vi en mi mente, como si estuviera viendo una película. Lo curioso era que sólo recordaba desde que salí de mi trabajo hasta el momento de encontrarme con los seres pequeños y haberme desmayado. Desde ese momento en particular hasta despertar en mi auto en otro lugar, no lograba recordar lo sucedido. Lo que pasó en el lapso intermedio, por más que lo intentaba, no lo recordaba. Uno de mis primos menores, Danny, se unió al coro de voces detrás de mi puerta. Escuché la nota de preocupación en sus gritos y sentí a alguien intentando abrirla. Danny, armado con un pedazo de alambre, logró desencajar la cerradura. Cuando abrieron la puerta, quedé sentado, rígido, sobre la cama. Vi su cabeza asomarse, al verme con una expresión de poseído, como luego él mismo me comentara, se asustó. Le grité que cerrara la puerta y me dejaran solo. Cerró la puerta inmediatamente.

Volví a mi posición anterior y pude oír sus murmullos. Ese no era el momento apropiado para hablar con ellos, si no quedaba completamente loco, ya les explicaría luego. Por ahora sólo quería pensar en lo que había ocurrido en la noche del encuentro. Por encima de todo intentaba recordar lo sucedido después del desmayo, hasta el punto que tomé las fotografías. Era como cuando a uno se le olvida el nombre de alguien y hace memoria, pero no lo recuerda. Si de por sí la experiencia de esa noche la consideraba terrible, se me hacía peor aún no poder recordarla completamente.

Escuché la voz de mi prima (la de la cámara) en la sala. Mientras me perdía en mis pensamientos, se había reunido una parte de mi familia. Ella, aparentemente, les explicaba lo que sabía del asunto. Mi prima y familiares comentaban, preguntaban y por momentos permanecían en silencio. De repente mi abuela comenzó a llorar, y mi tía se acercó a la puerta y me pidió que por favor saliera y les explicara

lo que pasaba. Me informó que Mamá se encontraba agitada, que recordara su delicado estado de salud. Me levanté con intenciones de salir a la sala y dejarle saber a Mamá que todo estaba bien, pero en vez de eso, le coloqué el seguro a la cerradura y regresé a la cama.

Mis familiares conversaban y pienso que consolaban a mi abuela. Parecía que ahora se encontraban presentes más familiares. Se me ocurrió que había perdido el sentido de la realidad, miraba a mi alrededor y todo me parecía extraño. Mi cama, los artículos sobre los muebles, mis cuadros y decoraciones se convirtieron en cosas del pasado. Todo parecía un sueño. Mi realidad se había fundido con lo que jamás pensé pudiera ser real. De nuevo cerré las persianas y quedé en tinieblas a pesar de la claridad del día. Me despojé de mi calzado y vestimenta y decidí que sería mejor dormir antes de que me estallara el cerebro.

Después me enteré que ese día en casa de Mamá no había cabida para nadie más. Todos tenían su propia versión de lo que había ocurrido. Estaban desesperados por ver las fotografías. Mi prima les describió lo que junto a la familia de ella pudieron observar, pero no quedaron conformes. Mamá se tranquilizó y todos permanecieron hasta entrada la noche. Cocinaron, comieron y bebieron café. El tema fue el mismo todo el tiempo. A ratos miraban hacia mi puerta, intrigados. Supe luego que algunos ponían su oreja contra la puerta para escuchar. Ninguno oyó nada proveniente de mi alcoba. El sueño venció su curiosidad y se fueron, se pusieron de acuerdo en volver a reunirse en la tarde del día siguiente.

Esa madrugada tuve mi primera pesadilla. Me encontraba caminando por una carretera parecida a la de "La Bajura". Era de noche y llevaba puesto mi uniforme de mozo: camisa blanca, pantalón y zapatos negros. La luz de la luna llena iluminaba la carretera llena de neblina. Se veían árboles robustos a ambos lados del camino. La ancha carretera parecía expandirse sin fin. Viajaba sin temor a pesar de las circunstancias. De pronto sentía que alguien caminaba detrás de mí y volteaba. No vi a nadie. Entonces sucedió que al darme vuelta de nuevo para proseguir mi camino, noté unos pies. Ahí, parado, estaba el ser pequeño. Alzaba su diminuta mano,

como para tocarme. Antes de que pudiera hacerlo, corría en dirección contraria. Pero al mirar sobre mi hombro, el hombre pequeño de cabeza grande y deformada me perseguía. Por momentos lograba alcanzarme y me jalaba por la camisa. Al sentirlo corría aún más rápido y lograba zafarme de él.

Durante esta pesadilla gritaba y corría a través de la neblina como si mi vida se encontraría en peligro. El hombrecillo volvía a alcanzarme y de nuevo me escapaba. Desperté de este sueño gritando. Repetí en voz alta que me iba a atrapar. Esta fue la primera de muchas noches tormentosas. Mamá tocó la puerta y preguntaba asustada qué me sucedía. Me levanté de mi cama bañado en sudor, encendí la luz y abrí la puerta. Mamá se encontraba en bata de dormir y su rostro tenía una expresión de preocupación intensa. Al verla me tiré en sus brazos y me eché a llorar como un niño. Ella me acompañó hasta mi cama y me ayudó a acostarme. Me preguntaba qué me ocurría, pero no podía contarle, sólo le dije que había tenido una pesadilla. Me tranquilicé y ella me preguntó si la pesadilla había sido a causa de las fotos. Con la cabeza asentí.

En esos momentos tocaron la puerta principal. Mamá fue a ver quién era. Resultaron ser mi tía y uno de sus hijos, los que viven abajo. Hablaron con Mamá unos momentos y entraron a mi habitación. "¿Estás bien?, me preguntaron. Les contesté que sí, pero que deseaba dormir y me disculpé con ellos por haberlos despertado a esa hora de la madrugada. Mi primo Danny me miraba asustado, estaba pálido. Mamá y mi tía me besaron, Danny me dio las buenas noches y con esto se retiraron y me permitieron dormir. Me quedé dormido escuchando el murmullo de ellos detrás de mi puerta. Que yo recuerde, esa madrugada no volví a tener pesadillas, pero éstas y sus consecuencias se convirtieron en un patrón que casi destruyen mi vida familiar.

Cuando desperté, Mamá ya había preparado café, podía olerlo desde mi cama. Primero pensé en el café y luego en la pesadilla, tanto la que viví como la de mi sueño. De momento surgió una esperanza en mí, quizás todo, incluyendo la llamada de mi prima, era una pesadilla producida por mi subconsciente. No habían llamado por teléfono ni había

fotos. Me levanté y hasta me sentí ligeramente alegre. No vi las fotos en ningún lugar a mi alrededor. Se me ocurrió levantar el colchón de mi cama y ahí estaban. Quedé deprimido en un instante. Dejé las fotos en ese lugar y fui hacia el baño.

Luego, mientras bebía mi taza de café con leche, llegaron miles de preguntas por parte de Mamá. Me preguntaba si deseaba hablar sobre lo ocurrido el día anterior. No le contesté, pero prosiguió con sus preguntas. "Hijo, ¿qué son esas fotos de las que habla tu prima?" Sin contestar, puse la taza sobre la mesa y fui a buscarlas. Al enseñárselas a Mamá, quedó muda y se tuvo que sentar. "Pero, ¿qué es esto?, ¿dónde fueron tomadas estas fotos?, ¿cuándo?" La miré fijamente a los ojos y le dije que fue la noche en que se celebró el día de las madres en el "Casa Blanca". "¿Quién es este hombre vestido de negro?" No lo sé, le dije. "¿Y ese muñeco cabezón?" Le respondí que no creía que fuera un muñeco. Sentí tristeza por mi abuela. En su rostro se dibujó una gran confusión, además de rechazo, de lo que observaba en las fotografías. Me dijo que el avión en la foto era como los que pasaban por aquí, que parecían arrancar el techo de la casa. "¿Y esa otra cosa con el avión?" Le contesté: "No sé, Mamá. Parece un platillo volador de esos que menciona la gente".

Mientras Mamá miraba las fotos detenidamente subió mi tía. "Ven para que veas esto", le dijo mi abuela. Las tomó y también tuvo que sentarse. Seguí bebiendo café y fue Mamá la que contestó a sus inquietudes. Acto seguido subió mi primo, le enseñaron la fotografía y se quedó con la boca abierta. Nervioso, miraba a Mamá y a mi tía, pero no se atrevía a verme ni a preguntarme nada. Me dirigí a la sala; Mamá y mi tía me siguieron. Danny se quedó en el comedor y colocó las fotos boca-abajo sobre la mesa. Ambas insistían en que les contara los detalles de lo que había ocurrido.

Después de haberles contado lo que recordaba, nos quedamos en silencio. Ninguno habló por largo rato. No sabían qué decirme. Danny rompió el silencio preguntándome qué había ocurrido entre el momento en que perdí el conocimiento en la carretera de "La Bajura" y hasta recobrarlo en ese otro lugar desconocido, donde tomé las fotos. Les

expliqué que por más increíble que les pareciera, sinceramente no lo recordaba, que en ese tiempo perdido mi mente se encontraba en blanco. Les dije que por más que intentaba, no lograba recordar. No saber qué había ocurrido en un espacio de por lo menos dos horas y media, es frustrante y suficiente como para perder la confianza en sí mismo.

Mi tía me preguntó qué pensaba hacer. "No sé", le contesté. Los miraba como a través de un sueño. Sentía que todo a mi alrededor no era real. Estaba atontado y sobre todo muy confundido. Ellos querían respuestas, pero no las tenía. Yo mismo quería respuestas. El deseo de dormir, escapar, me invadió de nuevo. Me excusé con ellos y fui a mi habitación con las fotos en la mano. Mamá me preguntó si no iba ir al trabajo ese día, le dije que no, que llamara y les dijera que no me sentía bien. Al estar acostado contemplé las fotos por largo tiempo. Las lágrimas fluyeron y lloré en silencio.

Separé las fotografías del maldito Combo para luego devolverlas a mi prima. Coloqué las demás debajo del colchón. Detrás de mi puerta, todos se encontraban en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. Mientras tanto yo me envolvía en el manto de la inexistencia que indudablemente acompaña al que duerme.

Esa tarde desperté con hambre. Pero lo primero en que pensé no fue comida sino en las fotos y la experiencia de aquella madrugada. Aún es lo primero que pienso al despertar. Escuché voces y me acerqué a la puerta para poder distinguirlos. Eran mis familiares congregados en la sala y la cocina. Me urgía utilizar el baño, pero no estaba preparado para enfrentarlos a todos. No estaba como para contestar preguntas de parte de ellos, todas a la vez. Esperé lo más que pude. Se encontraban conversando, y cuando abrí la puerta dejaron de hablar para mirarme. Me observaban como si fuera de otro mundo. Bajé la cabeza y sin pronunciar palabra me dirigía hacia el baño. Estando ahí no los escuché hablar y al salir me seguían mirando de una manera extraña. Lo primero que expresé fue: "Mamá tengo hambre". Al romper el hielo comenzaron todos a preguntarme cómo me sentía. Les informé que bien, aunque un poco confundido. Mamá y algunas de mis tías calentaban la comi-

da y mis primos me escoltaron a la sala para que me sentara. Lo extraño fue que me trataban como a un inválido, como si no pudiera caminar me sujetaron de los brazos. La verdad es que me sentía bastante desorientado y un poco mareado, quizás por el hambre.

Noté que estaban ansiosos, querían saber lo ocurrido. Uno de mis primos comenzó con la interrogación de manera impropia y los demás lo siguieron. Preguntaron todo lo imaginable y mucho más. El que inició me dijo que quería ver las fotos. Le dije dónde podía encontrarlas y que trajera las de "El Gran Combo" para dárselas a nuestra prima. Hizo entrega de las fotos comunes y todos se aglomeraron alrededor de él. Se las pasaron entre sí y envejecían ante mis ojos. Para muchos de mis familiares, en ese momento sus pensamientos sobre lo que creían saber referente a las cosas de la vida cesaron. Para mis primos más jóvenes, esto era algo chévere, "cool" y una chulería, una "buena onda". Los niños de mis parientes me preguntaron si había visto a E.T. en su nave y sus padres los mandaban a callar. Los mayores se quedaron pensativos. Mamá les dijo que me dejaran quieto y me sirvió la comida.

Al levantarme para ir a comer, enseguida me ofrecieron su ayuda para llevarme al comedor. Les dije que gracias, que podía lograrlo por mi cuenta. Me incomodaba este trato diferente, como si estuviera enfermo o algo. Como quiera estaba agradecido por su preocupación. No pude comer en paz. Me disparaban preguntas, una detrás de la otra. Hasta mi abuela que había pedido que me dejaran tranquilo se unió al coro. Les dije que aprovecharan, porque después que se cansaran de preguntar y quedaran satisfechos no volvería a repetir nada. Mis tíos, primos y abuela formularon teorías y conclusiones. Luego comenzaron a discutir agitados unos con otros. Para cada cual su teoría sobre lo que me había pasado era la mejor. Los veía y escuchaba, pero sentía como si yo no estuviera ahí entre ellos. Mi mente se iba de paseo con sus propias teorías y conclusiones, todo el tiempo intentando sacar a flote las memorias perdidas del espacio de tiempo sin explicación.

Por la noche recibí una llamada telefónica de mi padre, quien vivía en la parte este de Puerto Rico. Habían aparecido más de mis familiares, y para la hora de esta llamada la casa estaba que no cabía un alma. Hicieron silencio como para escuchar nuestra conversación, por lo menos mi parte de ella. Ya lo habían llamado a él y se encontraba bastante informado. Me dijo que en su opinión todo era obra del Diablo. Mi padre es de la denominación religiosa "Testigos de Jehová". Yo mismo fui criado entre ellos, quizás por esa razón lo que me decía mi padre me pareció lógico. Dijo que Satanás tenía poderes como para crear OVNI's, sus tripulantes y todo lo demás que rodea al fenómeno.

Mi padre agregó que Lucifer era capaz de todo con tal de confundir a la humanidad. Esas criaturas pequeñas eran demonios y el platillo producto de ellos. Me dijo que eran capaces de manifestarse de cualquier forma material que desearan. Esto no se lo discutí a mi padre, yo mismo sabía bien, según lo que había aprendido en mi niñez, que esto podía ser posible. Papá me aconsejó que me olvidara del asunto, guardara las fotos y que me dedicara más a la lectura de la Biblia, en vez de perder el tiempo con ese tema. Me despedí de mi padre pensando que lo más probable era que tuviera la razón. Al colgar el teléfono volvieron a nacer mis dudas.

Mis familiares preguntaron qué me había dicho. Les conté y no estuvieron de acuerdo con él. Ya no sabía qué pensar. ¿Cuál era la realidad de los hechos? Sólo me encontraba consciente de parte de lo que me había ocurrido. Al fin se despidieron mis familiares; quedé solo con Mamá. Nos preparamos para dormir. Cerramos la casa y nos despedimos con un beso de buenas noches.

Me encerré en mi habitación. Las ventanas permanecían cerradas. Busqué la Biblia y la comencé a leer en la primera página que encontré al abrirla. Leí un rato, acostado, hasta que me venció el sueño. Antes de apagar la luz contemplé las fotografías una vez más. Por fin la apagué y me acomodé, me fui ligero.

Voy caminando vestido de mozo por una carretera parecida a "La Bajura". Es de noche y... Casi me alcanza... Me

jala por la camisa... Corro y corro, voy gritando. Despierto gritando, no he caído en la cuenta que es sólo una pesadilla. Los golpes en mi puerta me devolvieron a la realidad. Escuché a Mamá llamarme y le abrí. "¿Qué te sucede?" Le narré la pesadilla. Mi tía y su hijo tocaron a la puerta de entrada y mi abuela los recibió. Escuché cuando mi tía le decía a Mamá, "¿otra vez?" Llegaron hasta mi habitación e intentaron darme consuelo. Les conté en qué consistía mi pesadilla y se quedaron un rato junto a mí. Me dijeron que intentara pensar en otra cosa, que recordar eso me haría daño. Para ellos eso era fácil, pero difícil para mí hacerlo. No podía pensar en nada más que eso, en lo sucedido.

Esta pesadilla fue recurrente por largo tiempo. Tuve otras, pero esta era la predominante. Sin saber la causa, soñaba mucho con destrucción, terremotos y todo tipo de desastres. En una de estas pesadillas veía nuestra casa flotando sobre el mar como una casa-barco, subía y bajaba con las turbulentas olas del mar hasta perderse en la inmensidad. Despertaba de estas pesadillas a gritos, los que despertaban a todos los de mi hogar y a veces a nuestros vecinos. Aunque me brindaban su comprensión y compasión, sé que se les iba terminando la paciencia a mis familiares.

Aún trabajaba en "Casa Blanca" los viernes y sábados. Algunos de mis primos me llevaban y luego iban por mí. Según ellos, lo hacían por ayudarme y para hacerme el favor. En mi opinión, y espero que disculpen mi franqueza, lo hacían para ver si sucedía algo de nuevo y de esta manera ellos poder estar presentes. Jamás podré explicarme por qué alguien desearía vivir o atravesar por semejante experiencia. Con el tiempo, al no ocurrir nada, se cansaron del va y ven. En el trabajo del club tuve un problema, y aunque era algo tonto, aproveché esa situación para tener una excusa para cesar mi actividad en ese lugar. No importaba, tenía un trabajo de conserje. Dio la casualidad que este empleo lo obtuve a través de una amiga de mi prima (la de la cámara), poco después de haber comenzando en el club nocturno.

En esos días yo no salía durante las noches de mi casa, cuando comencé a hacerlo, lo hacía con mi auto repleto de gente. A través de mis familiares y conocidos, las demás

personas en mi pueblo se enteraron sobre mi experiencia con estos seres. Las pesadillas seguían y en el barrio se comentaba que todos en casa nos encontrábamos poseídos por el diablo. Ellos, mis vecinos, se despertaban al escuchar la gritería proveniente de nuestra casa. De noche, decidí hacerme el dormido para que en mi hogar y el vecindario pudieran descansar y dormir tranquilos. Me quedaba despierto durante el transcurso de la noche. Caminaba por la casa como un fantasma. Me aseguraba que todas las ventanas estuvieran cerradas. A veces pasaba el tiempo leyendo la Biblia y el resto del tiempo pensando. Trataba en vano de recordar lo que había olvidado respecto a mi experiencia inicial.

Llegaba a mi trabajo con grandes ojeras y me pasaba todo el día con sueño. Dormía por las tardes cuando llegaba a casa. A veces surgían las pesadillas y los gritos, pero siendo de tarde, el ruido cotidiano me encubría la mayoría de las veces. Para los efectos, me encontraba como preso en mi habitación. Mis familiares y yo nos pasábamos viendo y escuchando los diferentes noticiarios del país, por si se hacía alguna alusión a la situación de naves extraterrestres siendo perseguidas por aviones militares. La prensa escrita era otra fuente que frecuentábamos pero no leímos nada en lo absoluto. Mientras tanto, yo vivía como dentro de una farsa. Por fuera aparentaba ser normal, o por lo menos lo que considero normal para mí, pero por dentro vivía angustiado y frustrado. Hubo días en que lo que me había ocurrido durante el periodo perdido de aquella madrugada casi surge a la superficie. Esto ocurría en los momentos en que menos intentaba recordar. Todo esto me hacía sentir que perdía la razón.

Varios de mis parientes me aconsejaron que debía asistir a un psiquiatra, otros que fuera a un centro espiritista. Ir a un psiquiatra me parecía una idea absurda, tan absurda como le parecerían al psiquiatra mis razones por las cuales acudía a él. A un centro espiritista ni pensarlo, ya que no quería más encuentros con lo desconocido. Pasaban los días y así vivía, en un mundo privado; y los demás eran ajenos a mi conflicto emocional. Pasaba el tiempo con miedo y confusión. Esta época en mi vida fue devastadora, inclusive llegué a contemplar el suicidio. No podía tolerar la situación.

Por un lado lo quería olvidar todo, por otro quería recordarlo todo. Quería explicaciones y a la vez no quería saber nada sobre el tema. ¡Estuve loco! Me sentía solo, diferente y aislado. Creía que mi vida nunca sería igual. Todo esto se lo expresaba a mi hermano, Charlie, por carta. Él se encontraba junto a su esposa, Vicky, estacionado en Japón. Mi hermano menor pertenece a la marina de Estados Unidos. Me dio consejos muy sabios. Lástima que no le presté atención.

Charlie me decía que debía tener mucho cuidado con esas fotografías. Él se había enterado en su círculo de amistades militares sobre diferentes casos, en que el gobierno tomaba a personas con evidencias sólidas sobre la existencia de seres ajenos a la Tierra y las hacían desaparecer del mapa. Tanto las evidencias, como a las personas.

Las pesadillas se convirtieron en cosa de todos los días, sin embargo, jamás me acostumbré a ellas. Cada vez era como soñar con eso por primera vez. Las fotos y los negativos los tenía guardados en un sobre, junto con una ampliación que sobró de otras que envié a mi hermano Charlie y a mi padre. No las contemplaba tanto, aun así, eran lo primero en que pensaba al despertar cada día. El tema de las fotografías del OVNI fue desapareciendo. En casa, todos, poco a poco dejamos de discutir el asunto. Fue como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Llegó el momento en que yo ni siquiera abría la gaveta que contenía los negativos y las fotos. Ellos, mi familia, lograron olvidar y yo comenzaba a hacerlo. ¿Hasta cuándo? Ya no intentaba recordar lo ocurrido durante el tiempo perdido. Me era más fácil y conveniente el no hacerlo. Con el tiempo las pesadillas disminuyeron, hasta desaparecer por completo.

Un día, mientras hacía mi tarea de conserje, en la escuela elemental, recordé una vieja idea. Sucede que un día, conversando desde Nueva York con mi tía, ella me había dicho sobre la situación en Puerto Rico en cuanto a los empleos. Todos los días, antes de ir hacia mi trabajo en Nueva York, acostumbraba detenerme en un carrito de *hot dogs*. Se me ocurrió la idea de que podría vender salchichas en Puerto Rico, pero en los primeros días en la isla, obtuve los empleos de mozo y conserje. Gracias a mi prima, la idea de

los *hot dogs* quedó olvidada. La idea volvió a surgir, ahora con más fuerza.

Compré un carrito de comida ambulante, con su sombrilla y todo lo necesario. Hice todas las gestiones con el Departamento de Comercio y comencé de inmediato mi carrera de vendedor de salchichas. Después de la mucha papelería y documentación para el negocio, lo demás fue bastante fácil. El lugar que escogí para establecerme pensaba que lo había encontrado por pura casualidad. Sucede que con anterioridad había escogido tres lugares ideales para colocar el negocio. De los tres decidí por el mejor, según mi opinión. Al salir el primer fin de semana para comenzar las ventas, los tres lugares se encontraban ocupados con otros carritos de *hot dogs*. No entendí cómo esto era posible, ya que había transitado por esos lugares muchísimas veces y nunca vi a estos sujetos con sus carritos.

Ese día me acompañaban uno de mis primos y su esposa. Con su auto remolcaban mi carrito de lado a lado, buscando un lugar apropiado para ubicarme. Todos los lugares que había escogido anteriormente se encontraban ocupados. No podía creerlo. Por la frustración tenía ganas de volver a casa y olvidarme de todo por el momento. Mis primos me sugirieron que fuéramos hasta la playa llamada "El Combate". Desilusionado, les dije que estaba bien su sugerencia. Con suerte conseguiría un huequito donde estacionarme entre los demás vendedores ambulantes. Esta playa en Cabo Rojo se encontraba saturada de ellos, vendiendo todo tipo de comestibles. Nos dirigimos hacia allá.

En camino hacia la playa, transitando vía la carretera 301 me detuve. Ellos se detuvieron detrás de mí y me preguntaron por qué me detenía. Dejando mi auto fui hasta ellos. Les informé que tenía deseos de olvidarlo todo. Comentaron que no debería darme por vencido tan fácilmente. Mientras argumentábamos sobre si seguir hasta la playa, me llamó la atención un árbol gigantesco, de tronco grueso. Era frondoso y de él colgaban unas bellotas de color marrón. La esposa de mi primo se fijó que no les prestaba atención; me encontraba cautivado por el árbol. "¿Qué clase de árbol es éste?" Les pregunté, ya que un jíbaro de Nueva

York desconoce estas cosas. "Es de tamarindo", me contestaron.

No sabía lo que era tamarindo. Este árbol majestuoso me tenía impresionado. Se encontraba localizado a orillas de la carretera 301, detrás de él había una finca con ganado y no había casas en el área inmediata. Junto a este árbol colosal se encontraba uno de flamboyán. Crucé la carretera y dejé a mis primos, como se dice con la palabra en la boca. Sentí una atracción peculiar por este punto. No vi siquiera cuando mis primos me siguieron hasta la sombra del tamarindo. La brisa era magnífica. La esposa de mi primo me observaba sin comprender mi fascinación por el árbol. Yo mismo no la comprendía.

"¿Por qué no te estacionas aquí", dijo ella. Los miré, y en ese instante se desvanecieron mis frustraciones y mis deseos de darme por vencido. Con una sonrisa les dije: "bienvenidos al 'Tamarindo Hot Dogs'". Me ayudaron a prepararlo todo. Llegó mi primer cliente y serví mi primer *hot dog*, con carne, cebolla y queso derretido. El día fue un verdadero éxito. Hasta la fecha permanezco en ese lugar.

El dueño de la finca adyacente me cedió un pedacito del terreno. Colgué una hamaca debajo de estos árboles. Por ahora, el tema de los OVNIs había quedado enterrado. Desde mi hamaca se ven unas montañas. Luego supe que llevaban por nombre las "Sierras Bermejas". Me encontraba feliz, mi negocito prosperaba y me encantaba el ambiente, el poder compartir a diario con la naturaleza. Este barrio es conocido como "Las Arenas". Conocí a mucha gente buena e hice muchas amistades, entre ellas, una familia que en su trato me hicieron sentir parte de ella. Popo, el cabecilla de esa familia, siempre ha estado cuando lo he necesitado. En los bajos de su casa me permitieron guardar mi carrito de *hot dogs* para no tener que remolcarlo hasta mi casa todos los días.

Conversando con Edgardo, el hijastro de Popo, salió a relucir el tema de los OVNIs. Discutíamos nuestra niñez. Me contó una curiosa historia. Cuando él era un niño, asistía a una iglesia local. Una noche, a través de una de las ventanas de la iglesia, observó un objeto raro y luminoso. Era una especie de bola de fuego. Le llamó la atención a la congrega-

ción sobre lo que observaba. Le informaron que ese objeto en el cielo era obra de Satanás. Dicho esto comenzaron a orar con fervor. "No lo mires", le dijeron, pero mientras todos mantenían sus cabezas agachadas y orando, él siguió observando aquel fenómeno en el cielo.

Cuando me relató esto con tanta seriedad y honestidad, sentí la confianza de contarle lo que me había sucedido en aquella madrugada del año 1988. Al terminar, para sorpresa mía, dijo firmemente que me creía. Al día siguiente le mostré dos de las fotos. Opté por enseñárselas al resto de su familia. Sé que algunos de éstos no sabían qué pensar y otros rehusaban rotundamente aceptar mi verdad. Entre los no creyentes se encontraba el señor Popo, pero luego, por experiencia propia, su opinión cambió. Por recomendación de mi amigo y al ver que la reacción de su familia no fue negativa, decidí exhibir la foto ampliada en el carrito de *hot dogs*. Pensé equivocadamente que quizás algunas personas se me acercarían a decirme que habían visto a ese mismo objeto no identificado sobre los cielos de Cabo Rojo. Posiblemente alguien que lo hubiera avistado ese mismo amanecer. A las personas que se me acercaban no les contaba los detalles. Sólo les decía que había tomado la fotografía una mañana al llegar de mi trabajo nocturno. Los detalles eran demasiado insólitos y fuertes, conllevaban muchas explicaciones de parte mía y sinceramente no quería complicar las cosas más.

La ampliación de la fotografía del OVNI y el avión militar causó alguna reacción, pero no la que esperaba. La gente comenzó a burlarse. Me decían loco y mentiroso. La ampliación se manchó de mostaza y catsup, todos la querían ver, pero nadie me comentó que había visto lo mismo. Pasaban en sus autos y me gritaban obscenidades, además me llamaban extraterrestre o marciano. Nada de esto le convenía a mi negocio. A los pocos días de haberla puesto en exhibición, decidí que la removería y la guardaría con el resto en una gaveta en mi dormitorio. La gaveta del olvido.

No sé exactamente cuánto tiempo transcurrió, pero una mañana sucedió algo insólito. Me levanté como de costumbre a realizar los preparativos del negocio. Mi abuela picaba unas cebollas que luego guisaría. Parado ante la estu-

fa, bregando con la carne molida, de repente solté el cucharón y me dirigí hacia mi habitación. De una de mis gavetas, tomé el sobre que contenía las fotografías y los negativos. De otra gaveta, saqué un rollo de cinta adhesiva, de la que se usa para sellar cajas de cartón. Como un sonámbulo, salí al balcón donde mi perrita Kristina tenía su casita de madera. El sobre con los retratos, lo adhería al techo de la casa de mi mascota, por la parte interior. Kristina me miraba como diciendo: "qué le pasará a éste ahora". Le di agua a la perra como de costumbre, guardé la cinta y seguí trabajando en la cocina como si nada fuera de lugar hubiera pasado. Mamá, que seguía picando las cebollas, ni se percató de mis acciones. Después de concluir con mi labor, partí para el Tamarindo.

Esa tarde, al volver a casa, pasaría algo que me dejaría pensando por largo tiempo. Mamá se encontraba viendo la televisión. Comencé a guardar las cosas que habían sobrado en la nevera. Saludé a Mamá con un beso y le pregunté cómo había pasado el día. Me contestó que muy bien y que había comida lista para mí encima de la estufa. Al dirigirme de nuevo hacia la cocina, escuché unos pasos de alguien subiendo por la escalera de atrás. Me puse nervioso, la entrada de la casa tiene dos puertas, una sólida y la segunda de tela metálica, que no deja pasar a los insectos. Los pasos que escuché pertenecían a un hombre, éste hizo su aparición detrás de la segunda puerta. De momento, al verlo, pensé que quizá se trataba de mormones, testigos de Jehová o algún vendedor.

Sin abrir la puerta, le pregunté a este caballero en qué podía ayudarlo, sin haberlo invitado a pasar, abrió la puerta y entró acompañado de tres hombres más. Entraron como perros por su casa. Mamá me preguntó bastante asustada, que quiénes eran esos individuos. El primero vestía con traje y corbata y traía puestos unos anteojos oscuros de sol. Los tres restantes vestían con ropa común y corriente.

Mamá volvió a preguntar que quiénes eran, pero la ignoraron. "¿Es usted, Amaury Rivera Toro?" "Sí", les contesté sin decir más nada. La actitud arrogante y autoritaria de estos sujetos me hacían sentir intimidado. El que vestía de traje y corbata me hizo entrega de unos documentos. Mamá

se olvidó de las noticias que veía en la televisión y se puso de pie. Tomé los documentos y las manos me temblaban. En el encabezamiento del primero de éstos leía CIA.

El hombre de corbata me dijo, mientras yo intentaba leer los papeles, que sería mejor si les entregaba los negativos. Los miré tratando de disimular mi nerviosismo. Le dije a este sujeto, el que parecía estar al mando, que no sabía de qué me hablaba. Mamá comenzó a decirles algo y la detuve con la mirada. Luego, ella me dijo que lo que iba a decir era que hiciera entrega de los negativos y me evitara problemas. En estos momentos Mamá se veía muy mal. Le pedí que fuera abajo con mi tía en lo que hablaba con estos caballeros. Llamé a mi primo Danny para que la ayudara a bajar, así lo hizo, sin decir ni una palabra y sin mirar a los sujetos.

El individuo de la corbata volvió a repetir su petición. Dijo además que sería mejor que le entregara los negativos, porque de lo contrario tendrían que registrar la casa. Yo les repetí lo dicho anteriormente, que no tenía idea de lo que me hablaban. Hice que leía los papeles, pero en realidad la sorpresa de su presencia me tenía tan impactado que no podía ni leer. En la segunda hoja sólo recuerdo haber leído las palabras fotografías y negativos. Con las manos temblorosas devolví los documentos al individuo vestido de traje, que fue el único que me habló. No pude ver sus ojos a través de sus lentes oscuros, pero sentía su mirada grave. Los demás esperaban instrucciones de él. En eso les informé que podían registrar la casa con toda confianza. Recuerdo que fui hasta la televisión y la apagué.

No sé cómo lo supieron pero al recibir las instrucciones de comenzar el registro, comenzaron por mi habitación. Se dirigieron directamente a ella, y no sólo eso, fueron directo a la gaveta donde se encontraban las fotos y los negativos esa misma mañana antes de cambiarlas de lugar. Parecían confundidos al no encontrar lo que buscaban. Comenzaron a abrir las demás gavetas, una a una. Eran muy meticulosos, abrían una gaveta y la vaciaban poco a poco, artículo por artículo. Luego, al no encontrar lo que buscaban, regresaban todo a la gaveta en una manera ordenada. De esta manera registraron mi habitación y toda mi casa. Se les notaba el

grado de frustración que sentían. Ninguno habló durante el registro.

A pesar de encontrarme sumamente nervioso, por dentro me reía. Estos sujetos estaban tan confundidos que lo que ahora inspiraban era risa. Su comportamiento arrogante se fue desgastando, se les notaba por encima y en las expresiones de sus rostros. Las ganas de reírme desaparecieron momentáneamente al ver a uno de estos individuos salir al balcón. Respiré hondo y dejé de respirar por unos segundos. Éste miró para todos lados y llegó hasta la casita de mi mascota. Kristina le ladró unas cuantas veces y se refugió en su casita. A través de la ventana de la sala lo pude observar todo. El sujeto entró de nuevo a la casa y comencé a respirar de nuevo.

Uno de los tipos, vestido con una guayabera, sacó una bolsa de plástico de uno de sus bolsillos. En ella echaron todos los negativos que encontraban en nuestro hogar. Negativos de fotos, de eventos familiares como cumpleaños, bautizos y bodas. No sé para qué los querían, ya que esos no tenían relación con lo que ellos buscaban. De las paredes removieron los cuadros y los sacaron de sus marcos en busca de su objetivo. En el tabllero de la sala mi abuela tiene muchas figuritas de porcelana y yeso; las registraron esperando encontrar dentro de una de ellas los dichos negativos.

El registro fu ejecutado metódicamente. Después colocaban todo en su lugar correspondiente. No fue como en las películas, donde los agentes destrozan un lugar durante un registro. Se concentraban en un lugar específico y lo revisaban en detalle. Lo más gracioso fue cuando buscaron en la nevera, mi abuela había dejado en ésta unas rebanadas de berenjenas que se encontraban un poco pasaditas. Aun así levantaron las rebanadas para ver si entre éstas encontraban algo.

Me quedé sentado en la sala observándolos sin decir nada, ellos en cambio me ignoraron y tampoco pronunciaron palabra alguna. En un momento dado su ánimo cambió y parecían a punto de darse por vencidos. Registraron las dos habitaciones-dormitorios, el baño, la sala y la cocina-comedor. Estuvieron toda la tarde. Cuando se dieron por ven-

cidos, se fueron sin despedirse, sin decir nada. Mientras ellos salían por el portón y abordaban su vehículo gris de cuatro puertas, prácticamente toda mi familia venía llegando a casa. Aparentemente, Danny se comunicó con todos nuestros primos, tíos, compadres y demás familiares en todo Cabo Rojo. Mamá se veía mucho más calmada. Al entrar todos a casa se quedaron perplejos. Ellos esperaban encontrar la casa boca abajo, una zona de desastre. Se sorprendieron al encontrar todo igual que siempre. Nos reunimos todos en la sala y les conté lo sucedido.

Todos querían hablar y preguntar a la vez. Parecía como si estuviéramos reunidos para una fiesta o día feriado, para el día de "Acción de Gracias", pero sin pavo. Lo más sorprendente para todos fue el hecho de que precisamente esa misma mañana se me ocurriera esconder los retratos en la casita de la perra. Cada uno de mis familiares tenía su propia teoría al respecto. Algunos comentaron que un espíritu me avisó, otros que había sido mi sexto sentido y por último estaban los que pensaban que los extraterrestres me habían guiado.

Aproveché que nos encontrábamos reunidos para decirles que de ese momento en adelante le dijera a cualquier persona que preguntara sobre las fotos o mi experiencia que no existían, que todo eran cuentos. Quería ponerle punto final al asunto. Esa misma noche estuve a punto de destruir esa evidencia, pero opté por enviarla a Japón donde se encontraba mi hermano Charlie, con la marina de Estados Unidos y su esposa Mercedes.

El mayor de mis primos, Junior, se llevó a su casa el sobre con los negativos y fotos. Me dijo luego que esa noche no pudo dormir pensando que la Agencia de Inteligencia se aparecería por su casa. Los individuos que se presentaron en mi hogar se habían identificado como agentes de la CIA, pero quién sabe en realidad de dónde venían. Al día siguiente, fuimos al correo de otro pueblo y mi primo Junior envió las fotos a Japón, pero antes habíamos llamado a mi hermano desde la casa de unas amistades.

Le dimos instrucciones de llamarnos de otro teléfono que no fuera el de su casa. Temíamos que si efectivamente

esos caballeros decían la verdad, que venían de parte de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, nos estuvieran rastreando las llamadas telefónicas. Mencionamos el apodo de un amigo, desde donde lo llamábamos. Charlie conocía a este amigo, así que bastó con llamar a mi hermano y decirle rápido: "Charlie, soy yo, no hagas preguntas, llámanos a casa de Palito, pero no uses tu teléfono". Colgamos y enseguida nos devolvió la llamada. Le conté lo sucedido con los sujetos que se habían identificado como de la CIA. Quedamos en que le enviaríamos el paquete a la dirección de la casa de una amiga de su esposa.

Al recibir el sobre, inmediatamente lo llevó a un banco donde había solicitado una caja fuerte. La llave la escondió en un ropero de metal del lugar donde él se encontraba estacionado. Luego de esto, si nos comunicábamos a través del teléfono y deseábamos hablar sobre los negativos usábamos la frase clave "el bebé". Decíamos: "¿Cómo está el bebé?", o "¿No ha ido nadie a preguntar por el bebé?" Mi hermano Charlie me dio tantos consejos. Es una lástima que no los haya seguido. Creo que las cosas tenían que pasar como pasaron.

Seguí trabajando vendiendo *hot dogs* en el Tamarindo. Fui arreglando los alrededores del negocio. Sembré plantas y flores, las cuales cuidaba con esmero. Las semanas pasaron y nunca recibí otra visita inesperada. Intentaba seguir los consejos de mi hermano, de que olvidara el asunto de los OVNIs y me dedicara a pensar en cosas más productivas, que guardara la experiencia para mí mismo. En el Tamarindo construí un pequeño jardín. En mi hamaca, por las tardes cuando no tenía clientes, me acostaba a disfrutar de la magnífica brisa y a observar el paisaje. Desde ahí las montañas se veían hermosas.

En ese pequeño jardín compartía momentos muy agradables con mis familiares y amistades. De nuevo logré entrar en mi subconsciente lo relacionado con cosas ajenas a nuestra Tierra. Aunque era lo primero en que pensaba al despertar cada día. Mi hermano y yo dejamos de mencionar al bebé en nuestra correspondencia y llamadas.

Mi clientela aumentó considerablemente. Me sentía feliz, pero no lograba sonreír tan a menudo, como antes. Pasé

unos años sin problemas, sólo los comunes, como los de los pagos del préstamo del banco, o mi auto siempre dañado. Problemas cotidianos, pero lo peor de todo estaba aún por venir. Llegaría un ser a mi vida que sólo me traería problemas de toda clase. Con él volverían mis pesadillas. No se equivoque usted, el que lee esto. No me refiero a un ser extraterrestre. Este era un individuo totalmente egocéntrico, quizás por frustraciones personales, por falta de atención. Por ser como éste sabe uno el porqué están las cosas tan mal en nuestro mundo. El dinero tiene un poder sobrenatural sobre algunas personas. Es fascinante observar a individuos que se desviven y que harían cualquier cosa por conseguirlo, hasta llegar al extremo de destruir la vida de otra persona por obtenerlo.

Llegué al Tamarindo como de costumbre y me encontré con un carro grande, color vino y crema, estacionado cerca. Comencé con mi rutina de prepararlo todo para las ventas del día. Me fijé que dentro de este auto viejo se encontraba un sujeto que me observaba con ojos de buitre. Su mirada de maniaco me incomodó. No me atrevía a darle la espalda, pero tenía que hacerlo por la posición en que tenía su auto estacionado. ¿Qué quería? ¿Quién era?, pensaba en aquella mañana. Mientras echaba las salchichas a cocinar, bajó de su auto y caminó hacia mí. Me puse intranquilo y nervioso. Tenía el cabello negro, rostro ancho, piel trigueña y su cuerpo era enorme. Su aspecto era terrible debido a su obesidad.

Se me acercó y se identificó como un investigador del fenómeno OVNI. Esa maldita palabra otra vez, pensé. Se presentó ante mí (para no utilizar su verdadero nombre, lo llamaremos el señor B). El señor B me informó que trabajaba para una revista del país que se dedicaba a publicar estudios del tema OVNI, entre otros temas. Dijo que había llegado a oídos de él que yo había tenido un encuentro con seres extraterrestres y que inclusive había logrado fotografiar una nave junto a un avión militar. No quería empezar de nuevo a discutir la cuestión de estos seres y sus vehículos. Le contesté al señor B que no sabía nada del tema, ni de marcianos, ni de fotografías. Por la manera como vestía este sujeto,

no le creía que trabajara para una revista. Desde el primer instante en que se acercó con su aspecto de pordiosero desconfié de él. Inclusive llegué a pensar que se trataba de un posible agente de la CIA trabajando disfrazado.

Volvió a insistirme sobre las fotografías y mi experiencia. Nuevamente le informé que no sabía de qué me hablaba, que estaba equivocado y que era a otra persona a quien buscaba. Ya me estaba incomodando, ni sabía lo que hacía en cuanto a la preparación de mi negocio, me tenía muy nervioso. Sin decir más, abordó su auto y se marchó. Me arruinó el resto del día, pasé la mayor parte del día pensando en él. A los pocos días volvió a aparecer el señor B por el Tamarindo, sólo que esta vez más insistente. Le dije que por favor me dejara tranquilo. Hizo mención del nombre de la revista para la cual supuestamente trabajaba; esta revista no la conocía y dudaba de su existencia. Me dijo una serie de cosas que me dejaron frío, que él personalmente tenía contacto con un ser extraterrestre de nombre "Cosmnoc", que él y varias de sus amistades hacían vigilia y habían logrado grabar con una cámara de video unas imágenes que mostraban a una serie de objetos voladores no identificados, sobrevolando a poca altura de sus cabezas. Dijo además que tenía en su poder cientos de fotografías de naves extraterrestres. Intentaba ganar mi confianza diciéndome estas mentiras absurdas. Después de haberme fastidiado el día, partió sin la respuesta que esperaba.

Al día siguiente compré el periódico *El Vocero* en un quiosco. Por curiosidad busqué entre las publicaciones la revista que había mencionado el señor B. Para mi sorpresa la encontré. En la portada presentaba a unas extrañas criaturas, muy parecidas a los seres con quien estuve en contacto; me impacté. Compré el periódico y la revista. Al llegar al Tamarindo, tomé la revista y la revisé hasta hallar la sección donde hacía mención de todos los que participaban en ella. El editor era el señor Jorge Martín, y entre los nombres de los colaboradores se encontraba el del señor B. Deduje entonces que todo lo que me había dicho este individuo era cierto.

Por la tarde, el señor B me volvió a visitar al Tamarindo. Esta vez le di una oportunidad y lo escuché. Trajo consigo

otros ejemplares de la revista para intentar convencerme de que lo que me decía era cierto. Me mostró donde aparecía su nombre entre los colaboradores; no le mencioné que ya había hecho lo mismo. Lo escuché, pero no le ofrecí información alguna. Repito, el señor B no me inspiraba confianza. Entre las muchas tonterías que esperaba este sujeto se encontraban las siguientes: que admitiera que yo había tomado las fotografías del OVNI junto con el avión militar. Que el señor Jorge Martín, editor de la revista, deseaba entrevistarme. Que cuando llegara al Tamarindo, por las mañanas, debería alzar los brazos y mirando hacia las "Sierras Bermejas" debía entonar esta oración: "Todo por los demás". Que los demonios lo perseguían y el diablo quería que él formara una nueva religión. Dijo que su esposa y él veían sombras de figuras humanas en las diferentes puertas de su hogar. Lo que él me comunicaba era una mezcla de E.T. y *El Exorcista*.

Daban miedo las cosas que decía, y las que dibujaba en el suelo creaban pánico. Intentaba por todos los medios convencerme que admitiera lo del encuentro. No conseguía quitármelo de encima. No sentía el deseo de conocer al señor Martín, sólo eso me faltaría, tener a dos locos hablándome demencias. Juzgué al señor Martín sin haberlo conocido; un gran error de mi parte. El caso era que si el señor B representaba a la revista, simplemente no me interesaba.

Con el tiempo llegué a conocer al señor Martín y pude constatar que era una persona totalmente diferente, era todo lo contrario al señor B. Lo conocí a causa de un sueño extraño, sé que esto suena raro, pero así sucedió y así debo escribirlo. Prepárense, porque de aquí en adelante las cosas se tornarán más insólitas todavía. El sueño ocurrió así.

Sin saber cómo de pronto me encontraba en el Tamarindo. Era de noche y mi carrito de *hot dogs* no se hallaba por ninguna parte. Me hacía compañía una perra del lugar llamada "Flaca"; yo la alimentaba con pedacitos de salchichas. Parado, en la oscuridad, debajo de uno de los árboles veía un hombre. Se acercó y pude ver que vestía de color negro. Era como de mi estatura, su cabello negro lo llevaba hasta los hombros y peinado hacia atrás, como un indio. No recuerdo haber sentido miedo al verlo.

Sueño

Este hombre, de apariencia joven, me habló, dijo: "Envíale las fotografías a Jorge Martín, el de la revista". Al comunicarme esto desperté repentinamente. Este sueño me pareció tan real, sabía que conocía al joven con el que acababa de soñar, pero no podía ubicarlo. "¡Las fotos!", pensé. Efectivamente: era el mismo sujeto de una de las fotografías. Vestía de la misma manera, del mismo color. Nunca antes había soñado con él, sólo con los seres de cabezas fetales. Esa noche, después de haber pensado bien las cosas, llegué a una conclusión: por el hecho de que el señor B se la pasaba hostigándome sobre las fotos y la insistencia de que hablara con el señor Martín, mi subconsciente creó el sueño donde aparecía este sujeto.

Me preguntaba a mí mismo constantemente ¿quién era este hombre que aparecía en una de las fotos junto a mí y a uno de esos hombrecillos? ¿Sería que a él también lo habían secuestrado los cabezones? Me rompí la cabeza pensando esa noche lo cual me hizo imposible dormir. Decidí que eso mismo haría, enviarle las fotos a ese editor. El sueño lo interpreté como mi conciencia dictándome lo que debería hacer. Le mandé pedir a mi padre algunas de las copias que le había hecho llegar. Él me aconsejó que no me mezclara con esas personas de la revista, dijo que me traerían problemas. Además, que recordara lo sucedido con la Agencia Central de Inteligencia.

A mi padre no le hice mención del sueño porque diría que eran cosas del diablo. No le presté atención a sus buenos consejos y las envié anónimamente a las oficinas del señor Jorge Martín. Junto con las cuatro fotos, incluyendo la ampliación que había exhibido en el Tamarindo, le envié una nota explicándole las circunstancias en que fueron tomadas.

Cuando el señor Martín recibió este material quedó asombrado. En la siguiente visita del señor B me informó que se había recibido en la revista un sobre y habló sobre su contenido. Actué como si no me interesara su relato en lo más mínimo. De repente, el señor B me hizo una pregunta que me dejó sin habla: "Fuiste tú quién las envió?" Le contesté que su pregunta era ridícula, que no había sido yo. No quedó satisfecho y siguió indagando. Volví a rogarle que me dejara

en paz. Ese día se marchó irritado y la próxima vez que se detuvo en mi negocio fue en calidad de cliente; en esa forma lo traté, con la misma cortesía y amabilidad que le brindo a mis demás clientes; le serví su almuerzo. Me extrañó que no sacara a relucir el tema de las fotos.

Los días siguientes pasó por el lugar en su auto y sólo me saludaba. Me miraba ansioso, pero no se detenía. No pudo resistir por mucho tiempo, así que se detuvo nuevamente. En esta ocasión habló sobre el tema, otra vez dijo que el editor deseaba conversar conmigo. En esos momentos tenía clientes y sinceramente sentí una especie de vergüenza. La mención del tema delante de ellos me molestaba. El señor B seguía hablando de platillos voladores y rogándome que aceptara sus propuestas. Seguía insistiendo en que hablara con el editor y los clientes lo observaban extrañados. Para deshacerme de él le dije que sí, que hablaría con el señor Martín. Al decir esto salió en su auto como si lo persiguieran mil demonios. Los demás clientes me preguntaron que quién era ese loco, que parecía una persona mentalmente perturbada y sumamente peligrosa.

Esa tarde, cuando llegué a casa, ya me había arrepentido de haber dicho que estaba dispuesto a conocer al editor. Cuando lo comenté en casa, todos me advirtieron que no lo hiciera. Mis familiares decían que con el hecho de aceptar esa reunión les daba a entender a los de la revista que efectivamente yo era la persona a quien buscaban. En realidad, me encontraba indeciso. Por un lado, necesitaba hablar con personas de experiencia en esa materia, por otro, no quería saber nada. Pensé que no perdería nada con hablar con este señor. Lo escucharía y no necesariamente tenía que admitir que yo era el que había enviado las fotos. Además, podía aprovechar la oportunidad para expresarle mis deseos de que hablara con el señor B para que me dejara en paz.

Un fin de semana, no recuerdo bien si fue un sábado o domingo, vino el señor Martín. Llegó solo, sin la compañía del señor B. Cuando bajó del auto pensé que era un cliente y le pregunté si quería un *hot dog*. Estrechó mi mano y se presentó, me preguntó si yo era Amaury, el de las fotos. Sin saber por qué contesté que sí. Sin saber cómo, parado frente

a mi carrito, comencé a narrarle todo lo sucedido. Me puse nervioso y las rodillas me flaqueaban, tuve que sostenerme de la sombrilla del carrito. Tenía un nudo en la garganta y apenas podía aguantar el deseo de llorar. Las lágrimas emergieron al llegar a la triste conclusión de que no podía escapar de mi pesadilla, después de todo. Ya no podía seguirme negando que lo que me había ocurrido, no había ocurrido. Definitivamente, mi paz mental se me escapaba como arena entre los dedos. A la vez sentí un gran alivio al hablar con el señor Martín. No es lo mismo hablar de dolencias con familiares y amigos que con el doctor, ellos no tendrían una respuesta, pero el médico sí. Qué equivocado estuve en juzgar al señor Martín basándome en el comportamiento del señor B, eran totalmente diferentes. Resultó ser una persona muy seria en los estudios del fenómeno OVNI, sólo busca la verdad. Supo escuchar y entender plenamente mis sentimientos en cuanto a lo sucedido. No se expresaba con una serie de disparates contradictorios como lo hacía su amigo. Escuchó todo lo que dije sin interrumpirme.

Me explicó, cuando concluí, que él había estudiado varios casos donde se hacía presente el factor de "tiempo perdido". Dijo que no me preocupara, que cuando fuera el tiempo adecuado recordaría lo sucedido en ese espacio de tiempo aparentemente vacío. Según él, yo no estaba solo, había cientos de miles de personas alrededor del mundo que habían sufrido igual. Me informó que sólo en Puerto Rico se habían dado cientos de casos. Me aseguró que si estaba dispuesto, él podía ponerme en contacto con otras personas del país que habían atravesado por la experiencia. Le expresé que en ese momento no me sentía preparado para conocerlas.

Le pedí que por favor mantuviera toda esta información como confidencial. No deseaba que esto se hiciera público a través de su revista u otro medio. Quedamos de acuerdo. Le mencioné el asunto de su molesto amigo, el que trabajaba para él en la revista, no podía tolerar su hostigamiento. El señor Martín me informó que en realidad el señor B no trabajaba para la revista, no recibía sueldo o salario alguno. Su función era de colaborador, simplemente hacía

averiguaciones para el señor Martín en el oeste de Puerto Rico. Él era uno de tantos que ayudaban al editor a contactar diferentes personas con experiencias relacionadas al fenómeno ya mencionado. Como quiera que fuera, le pedí que hablara con el señor B para que no me siguiera como un espía. Me prometió que así lo haría. Se despidió esa tarde y me dejó con la satisfacción de que había nacido una gran amistad, de respeto mutuo y consideración. Quedamos de acuerdo en mantenernos en contacto, pero no le di mi número de teléfono, si no que yo lo llamaría a él a sus oficinas, de querer hablar.

Estoy seguro que Martín habló con el señor B, sin embargo me fastidiaba más que nunca. Me pesaba ir a trabajar sabiendo que él se aparecería allí intentando sustraerme más datos. Comenzó a seguirme, en el supermercado, la playa, el taller de autos, por las calles del pueblo y a donde quiera me seguía. Se había convertido en una sombra enorme y amenazante.

Me di cuenta que esta obsesión de perseguirme era impulsada por las ganancias monetarias que este individuo soñaba obtener con mis fotografías. Llegué a esta conclusión cuando comenzó a hablar repetidas veces sobre el valor que tenían. Tenía miles de planes para ellas. Cada vez que hacía mención sobre la posibilidad de ganancias, sus ojos se engrandecían, había perdido el objetivo de la investigación de Jorge Martín. Volví a hablar con el editor en varias ocasiones para suplicarle que le llamara la atención a su amigo por su comportamiento atosigante y poco profesional. Nunca le expresé al señor Martín sobre los propósitos y metas oportunistas de su amigo. Tampoco le dije lo mucho que él mencionaba el valor monetario de mis fotos cuando fueran analizadas por expertos en la materia.

Mi hermano Charlie y yo comenzamos a conversar de nuevo sobre el bebé. Discutimos el hecho de que habían copias de mis fotos circulando, pero lo que le interesaba a la Agencia Central de Inteligencia eran los negativos, así es que cuando le informé a Charlie que necesitaba al bebé para que los doctores lo examinaran, se opuso. Me recordó lo que me había dicho sobre lo que le ocurría a personas con esta clase de evidencia gráfica. Le expliqué que el doctor Martín

era una persona seria y que se había comprometido en protegerme en el caso de que sucediera cualquier cosa. Además, que no se le haría entrega del bebé sin haber documentos firmados por todas las partes envueltas. Dijo que debería pensarlo bien, pero que en su opinión debería retirarme mientras todavía hubiera tiempo. Hizo mención del estado de salud de nuestra abuela-madre, que no soportaría otro sobresalto.

Las pesadillas retornaron, ahora con más fervor. El pensar y hablar sobre el asunto me las devolvió. Comencé de nuevo con los intentos de traer a la superficie de mi memoria el tiempo perdido. En el Tamarindo me veía y estaba siempre distraído. Encima de esto, tuve otro problema.

Aunque el señor Martín había mantenido su palabra de confidencialidad, no fue así con el egoísta señor B. Se suponía que no se daría ninguna información sobre mi persona si se hacía mención del caso. Podían discutir la experiencia y las circunstancias alrededor de ésta, pero no dar mi nombre, lugar de trabajo o residencia. Llegaban personas hasta el Tamarindo haciéndome preguntas y comentarios, se sobreentendía que tenían conocimiento de cosas que yo no había discutido con particulares. Al preguntarle a esta gente dónde vivían, la gran mayoría me respondía que provenía justamente del mismo barrio de Cabo Rojo en donde reside el señor B. Esto no era mera coincidencia.

El señor B comenzó a llevar a diferentes personas a mi casa para que me conocieran. La noticia corrió y pronto empezaron a estacionarse personas en la calle donde vivimos, se sentaban o acostaban encima de sus autos para observar el cielo y nuestra casa. Esta situación era intolerable. Si yo salía de noche para una cita o a comprar cualquier artículo, encendían sus autos y me seguían con la esperanza de que me volviera a ocurrir algo semejante a lo de 1988 y ellos poder presenciarlo o incluso ser protagonistas. A mi abuela la tenía preocupada esta situación. Nunca dije nada a mis tíos porque ellos me habían advertido que me alejara del asunto de los OVNI's.

Por las pesadillas y la presencia de extraños en el barrio, decidí mudarme de casa. No quería traer problemas a

mi familia. Mamá no podía dormir pensando que uno de esos curiosos se subiera por el balcón y cometiera una locura. Cuando me escuchaba gritar por causa de una pesadilla en medio de la noche, pensaba que se había metido alguien en casa y me hacía daño. Me mudé pronto a un cuarto pequeño en el centro del pueblo. Esta habitación apenas tenía espacio para poder caminar entre mis pertenencias. Mi familia volvió a dormir y los curiosos desaparecieron. A Mamá le mentí, le informé que las pesadillas habían cesado. Por las noches dormía yo como un animal atrapado en aquella cueva de habitación.

Caminaba vestido de mozo... una carretera oscura... unos ojos grandes me... corría, corría y corría...

Nunca supe si mis vecinos del pueblo me escucharon gritar por las noches. ¿Cómo saberlo? Ansiaba que cesaran las pesadillas para regresar a casa de Mamá. Tenía fe de que algún día dejaría atrás las horribles pesadillas que me sacudían al dormir. Deseaba que pronto quedaran atrás las imágenes de seres de cabezas inmensas persiguiéndome por una carretera oscura y nublada y las de una casa-bote siendo tragada por el océano violento. Volví a enfermarme de los nervios, pero no encontraba la manera de ir a un médico para explicarle que me hacían falta unas pastillas tranquilizantes porque soñaba con seres extraterrestres. Creo que el médico me hubiera enviado a un psiquiatra y este último a una institución para enfermos mentales. Pienso sinceramente que en muchas de estas instituciones se encuentran personas que han tenido este tipo de contacto y nadie les cree. Los toman, automáticamente, por locos. Este era otro de mis temores, que me sucediera algo así.

No podía trabajar tranquilo, y a los curiosos que se me acercaban, movidos por la información ofrecida por el señor B, les decía que nada de eso era verdad, que me dejaran en paz. Sentía que la cabeza me quería estallar saltaba como un conejo con el más mínimo ruido. Anhelaba volver a los días de paz y tranquilidad en mi hamaca en el Tamarindo.

Si alguna vez estuve arrepentido de algo, fue haberle dicho al señor B que aceptaba hablar con el editor. Después de pensarlo mucho, le hice entrega de unos negativos al señor

Martín. Mi hermano Charlie me los envió de la misma manera en que los había recibido. El resultado de los análisis de computadoras no me sorprendió. Definitivamente, las fotografías eran auténticas. No había trucos de ninguna índole. Se me devolvieron los negativos y éstos fueron ocultados.

El señor Martín me presentó a varias personas que habían tenido experiencias similares a las mías. Aunque al principio no quería conocerlas, decidí que quizás esto me ayudaría a despejar los malos sueños. Y en verdad esto me ayudó bastante, ya no me sentía tan solo. Pero no fue hasta llegar a conocer a una persona en particular cuando mejoré del todo. En cuanto a las fotos y mi experiencia, el señor Martín me aconsejaba que las hiciera públicas a través de los diferentes medios y foros de comunicación. El señor B también insistía en ello. Pero aún no me encontraba preparado para emprender semejante odisea.

Me explicaron que la evidencia que yo poseía mostraba que, definitivamente, algo estaba ocurriendo y que los gobiernos del mundo lo encubrían. Me hicieron ver además que no había razón para preocuparme de que me tildaran de loco o mentiroso, porque tenía en mi poder los resultados de los análisis fotográficos. Me informaron que la humanidad tenía derecho de saber sobre esto. Les dije que sus razones para querer hacer todo este asunto público eran válidas, pero que no me encontraba preparado y que me preocupaba la reacción de la población. Teníamos que pensar en lo traumático que esta información podría ser para muchos. No quería ser responsable de pesadillas ajenas. No era el tiempo preciso. El señor Martín comprendió mi punto de vista, contrario al otro sujeto que sólo se lamentaba por el dinero que no obtendría a cuenta de mis fotos. Después de haber investigado exhaustivamente mi caso por más de un año y teniendo todas las evidencias en su poder, el señor Martín mantuvo su palabra y mantuvo silencio, no hizo la información pública.

* * *

Sucedió un día, sentado en la hamaca del Tamarindo, me ocurrió lo que tanto había esperado. Después de una conversación que tuve con el señor Martín y unas amistades tuyas que me visitaban. Indagaban sobre el "tiempo perdido" de mi experiencia. Cuando partieron, me quedé solo y pensativo. El pasto a mi alrededor había crecido bastante debido a que no habían soltado al ganado en esa área un buen tiempo y por las lluvias recientes. La brisa jugaba con las hojas de los mazos de yerba. Me quedé embelesado observando el movimiento que producía el viento en la flora. Este movimiento rítmico produjo en mí un estado peculiar, casi hipnótico. Como si estuviera en trance, comencé a repasar aquella noche, la del encuentro. Mentalmente logré remontarme a ese momento.

No me esforcé, simplemente me desplacé suavemente a través de los recuerdos vivos. Al llegar al momento en que me desmayé en mi auto, cuando ese ser pequeño abrió la puerta, pensé que perdería la línea de pensamiento de mi memoria. En ese estado de trance, seguía observando el movimiento de la yerba. Era como el movimiento de los dedos de un pianista. Sentía una barrera mental interponerse y de pronto ceder. La pared-telón comenzó a subir y por fin logré recordar. Era maravilloso, me sentía libre y comprendí de inmediato mis pesadillas en su totalidad. Nunca olvidaré esa sensación de satisfacción al poder recordar, al sentirme una vez más seguro mentalmente de mí mismo. El no poder recordar me hacía sentir loco e inseguro.

Con lágrimas en los ojos salí de ese estado después de haber llevado mis memorias hasta el final de la experiencia. Aunque la información revelada detrás de ese telón negro era escalofriante, me sentía alegre, aunque fuera por un rato. Digo un rato, porque luego esta revelación me deprimió. El recuerdo de esas proyecciones me impactó y comencé a sentir una gran curiosidad respecto a las identidades de las otras personas que se encontraban conmigo en aquella ocasión. ¿Quiénes eran? El misterioso hombre vestido de negro no resultó ser uno de ellos. Él era el sujeto que se había iden-

tificado como Amaron, el ser humano del planeta Kaa, y el que me habló en mi sueño, en el Tamarindo.

El recuerdo del tiempo perdido lo mantuve para mí. Fue hasta más tarde que se lo confié, en parte, al señor Martín. El nombre del humano ajeno a nuestra Tierra me lo reservé. El señor Martín me dijo que sabía que tarde o temprano recordaría lo sucedido durante el tiempo perdido. El señor B se enteró tiempo después. Insistía en su actitud acosante, queriendo dominar mi vida e insistiendo en que diera a conocer mi caso en público. Yo no quería saber de esto. Sólo pensaba en qué manera podía comunicarme con aquellas otras personas que estuvieron junto a mí en aquella sala de proyecciones. ¿Tendrán recuerdos del evento? ¿Dónde vivirán? Parecían ser todos puertorriqueños. ¿Serían todos de la isla? Eran tantas las interrogantes. Me decidí contactarlos, pero, ¿cómo?

Estando en el Tamarindo, una tarde llegó hasta ahí el señor B. Nuevamente me propuso la idea de hacer los arreglos pertinentes para dar a conocer públicamente mi experiencia. Expresó el deseo del señor Martín y el suyo de presentar el caso a través de un programa de televisión a todo el país. Mencionó su opinión sobre la importancia de las implicaciones de mis evidencias. Que el gobierno de Estados Unidos no podía, ahora, negar la existencia de seres "alienígenas" ni de sus vehículos espaciales. Según él, era de suma importancia que la humanidad se enterara. Me decía esto intentando alagarme, con el único fin de aprovecharse de mí y el material que poseía. Él sabía bien que al ser expuesto el caso en público daría comienzo una avalancha de publicidad, reconocimiento, invitaciones y posiblemente ofertas jugosas.

Sus únicas metas eran obtener dinero y reconocimiento. Demostró esto cuando yo le expresé mi preocupación por las reacciones traumáticas que esta información podría causarles a niños y ancianos. Me dijo que eso no era importante. Hizo comentarios sobre que debería tratar de sacarle la mayor cantidad de dinero a su amigo, el señor Martín, quien pensaba hacer un libro utilizando mi experiencia y fotografías. Esa tarde me aconsejó cosas que no me atrevo ni a escribir.

Se me ocurrió algo en aquellos momentos. En mi propia nariz se encontraba la respuesta al dilema: el modo para comunicarme con los otros que compartieron conmigo aquella experiencia. El señor B aún hablaba, pero no lo escuchaba. Me perdí en mis propios pensamientos y las posibilidades. Interrumpí su oración a la mitad y le dije sí. "Sí, qué", preguntó. "Sí al programa de televisión y sí a un artículo en la revista", le respondí. Sus ojos enormes se engrandecieron más aún. Casi escuché los sonidos de una caja registradora que provenía de su cabeza. Números, cifras y porcentajes calculados a la velocidad de la luz. Sin decirme una palabra más, por temor a que me arrepintiera, montó en su auto, suponía para ver al señor Martín.

Con el señor Martín llegué al acuerdo de que yo mismo escribiría el artículo para la revista. En él haría un llamado a cualquier persona que tuviera la noción o sospecha de haber tenido un episodio extraño en su vida en la fecha indicada. Lo mismo haría en el programa de televisión. Todo estaba en orden y ya teníamos una fecha para presentarnos en el programa del señor Francisco Ojeda, "Ojeda sin límite", el señor Martín, otro caballero y yo.

Una semana antes de este acontecimiento, se presentó en mi casa el señor Martín en compañía de una dama muy elegante. Me la presentó brevemente desde su auto. Vinieron a invitarme a una reunión en el pueblo cercano de San Germán. La reunión se llevaría a cabo en la residencia del señor Ismael Núñez y su esposa Aída e hijos. Me informaron que el propósito era reunir a diferentes personas que habían vivido experiencias similares y comparar notas. Además, repasaríamos los últimos detalles de la presentación en la televisión.

Nunca antes le había aceptado una invitación al señor Martín para asistir a eventos parecidos. Esta vez fue diferente. Aunque la dama que lo acompañaba no pronunció palabra, se sonrió conmigo. Yo le devolví la sonrisa. Quedaron en que pasarían a recogerme, luego de que acepté asistir. Luego, a solas en el auto, el señor Martín le hizo el comentario a su acompañante de que ésa había sido la primera vez que me había visto sonreír. La señora Mercedes Laracuenta no

hizo comentarios, sólo sonrió y ambos prosiguieron rumbo al pueblo de San Germán.

Al oscurecer regresó por mí el señor Martín, pero esta vez llegó acompañado del señor B. Cuando acepté la invitación no contaba con la presencia de este sujeto, pero qué se iba hacer, ya era muy tarde. Llegamos a San Germán, a un complejo de departamentos. Subimos al segundo piso de ese lugar donde se celebraba el encuentro. Ahí se encontraban ya nueve adultos y algunos niños. La señora Mercedes Laracuenta se mostraba alegre de vernos y los presentes fueron muy cordiales conmigo.

Me encontraba entre extraños, pero me sentía bastante cómodo dadas las circunstancias. Lo único que me inquietó un poco fue cuando Mercedes Laracuenta se sentó junto a mí en uno de los sillones de la sala. Sentí algo extraño que emanaba de ella, una energía, por describirlo de alguna forma. No era una sensación negativa, pero yo no estaba acostumbrado a tales sensaciones. Era como empezar a percibir emociones y sentimientos en otro plano, uno que podría describirse como espiritual.

Nuestros anfitriones, Ismael y Aida, fueron muy generosos y serviciales con todos. Comenzaron la reunión haciendo que cada cual se presentara por su nombre y dijera de qué pueblo de la isla provenía. En la acogedora sala habían dos muebles, uno de ellos tipo *love seat*, situados en forma de L. En el mayor de éstos nos habíamos situado Mercedes Laracuenta, otro individuo y yo. El resto utilizó sillas del comedor. El señor Jorge Martín y el señor B se encontraban sentados delante de nosotros. Formaron una rueda. El señor Martín abrió la reunión indicándonos cuál era el propósito de ésta.

La señora Mercedes Laracuenta fue la primera en narrar su experiencia. Nos dijo cómo en un encuentro con estos seres le habían removido algo de sus entrañas. Sintió como si le arrancaran un pedacito de ella. Le fue extraído un óvulo. Éste fue luego fecundado fuera de su cuerpo. El óvulo fecundado se fue desarrollando a lo largo de un periodo, mientras la señora aún sufría los efectos traumáticos de esta experiencia. Tiempo después la volvieron a raptar para mostrarle el

producto de un bizarro experimento: una réplica o copia de ella en estado infantil. Le mostraron al bebé-copia pero no le permitieron sostenerlo en sus brazos.

Esto fue narrado por ella con muchísimos detalles y en su rostro pude ver claramente la multitud de emociones que experimentaba. Sentí por ella y con ella. Enseguida me imaginé todo el rechazo y las burlas que habrá recibido por haber vivido esa situación. Pude sentir su gran alivio al poder expresarse libremente entre nosotros. Había algo relacionado con esta señora que no me lo podía explicar. La observaba serena, sentada con una postura de realeza, su espalda derecha, y su cabello rubio revuelto elegantemente. ¿Quién era en realidad? ¿Por qué sentía como si yo tuviera una conexión con ella? Su cuerpo pequeño y frágil inspiraba todo lo contrario, grandeza y fortaleza.

Los demás narraron sus experiencias. Por su parte, el señor B persistía en interrumpir a todos con tonterías. Esa noche opté por no relatar mi encuentro, me dediqué más bien a escuchar y observar. Todo me pareció curioso y fascinante. Por lo menos hasta que sucedió algo bochornoso. El señor Martín apenas tuvo oportunidad de hablar, ya que su amigo se había apoderado de la reunión y realizaba un monólogo. Comenzamos a incomodarnos y a mirarnos unos a otros. El señor B hablaba para sí mismo sobre las muchas experiencias y encuentros que según él había tenido.

En esos momentos, me ocurrió algo sumamente extraño. No sé cómo comenzó; fue como si la voz del señor B se fuera apagando lentamente... Había fijado mi vista momentáneamente en una figura de yeso, un pescador cargando sus peces, mi vista ubicada encima de un gabinete de televisión en la sala. Al observar la figura, de pronto dejé de escuchar la voz del señor B, y me trasladé a un estado peculiar, dando vueltas en un remolino de luces.

Sé que es difícil describir y explicar lo siguiente. Lo intentaré lo mejor que pueda. Fue como si mi espíritu, quizás mi alma, se despegara de mi cuerpo. Mientras permanecía sentado junto a Mercedes, mi yo interior se había separado, se encontraba sumergido, en un lugar repleto de luces multicolores: rojos, lilas, anaranjados, amarillos y azules. Todas

estas luces remolineaban a mi alrededor. Lentamente, fui absorbido dentro de este remolino de colores fugaces. Me sentía acompañado de otra presencia a la cual no pude ver, otra persona a quien escuché reír como si disfrutara de lo que veíamos alrededor. Era una presencia fuerte.

Esta situación me atemorizó a tal grado que el pánico se apoderó de mí. Luché para regresar, como el que lucha por despertar de una pesadilla. Logré zafarme del torbellino y regresar a mi cuerpo. Al volver en mí escuché al señor B con su monólogo delirioso y me di cuenta que tomaba de las manos a la señora Mercedes Laracuate, sin saber en qué momento lo había hecho. Esto me sorprendió y asustó más aún. No acostumbraba tomarle la mano a extraños, como lo era ella en aquel entonces. Al mirarla, noté que tenía la mirada puesta en la misma figura de yeso, la cual yo había estado contemplando en los momentos en que comenzó mi corto e inexplicable "viaje".

Al soltar su mano, volteó su cabeza, me miró fijamente a los ojos y me dijo: "Qué lindo fue, verdad". Su tono de voz fue sereno. Esto me sacó de quicio. ¿Qué es esto?, pensé. ¿Una bruja? Sentí terror por esta señora. No quería seguir sentado a su lado. Me levanté repentinamente y me dirigí hacia el baño. No entendía lo que ocurría, al extremo que llegué a sospechar que me habían dado alguna droga en el refresco que me habían ofrecido. En el baño me eché agua fría en la cara. Me sentía raro, pero en el espejo pude ver que me veía normal. De repente la desconfianza y la ignorancia formaron alianza. Tenía deseos de salir huyendo de ahí hasta llegar a un teléfono público y llamar a mi familia para que vinieran a buscarme. Me sentía tan confundido que no encontraba cómo salir del cuarto de baño.

Desde ahí se escuchaba la letanía del señor B. No podía quedarme encerrado ahí. Pensé en tantas cosas locas; inclusive que todas estas personas eran parte de un culto satánico o algo parecido. Por fin controlé lo bastante mis pensamientos paranoicos y salí para la sala. En vez de sentarme junto a la señora bruja, decidí llegar hasta el balcón. El resto de los presentes pensarían que actuaba como un mal educado, pero no tenía opción, tenía que aclarar mi mente y la brisa me

ayudaría. Cuando pasé entre todos para llegar hasta el balcón, no me atreví a mirar a la misteriosa dama.

Mi cuerpo temblaba y tuve que sostenerme del barandal del balcón. Desde ahí pude observar una de las montañas más altas del área oeste de la isla. Lleva por nombre "El Monte del Estado". Desde mi ubicación se veía el alumbrando de unas torres que se encuentran ubicadas en su cima. Si no hubiera estado en un segundo piso, hubiera ido a llamar a casa, vía el balcón. De repente sentí una mano sobre mi hombro. Cuando volteé resultó ser ella, Mercedes Laracuate.

Mirándome fijamente comenzó a hablarme. No quería escucharla ni quería que me tocara. Me dijo que no tuviera miedo, que ella comprendía por lo que yo estaba atravesando. Su voz dulce y metódica tuvo sobre mí un efecto tranquilizante. Comentó que tenía que ser fuerte para poder resistir lo que me esperaba. En cuestión de unos instantes, le perdí el miedo que le tuve. Lo que sentí fue un gran amor que me arropaba y envolvía, un amor maternal. Prosiguió hablándome en ese tono de voz encantador. Decía que tenía que acostumbrarme a experiencias como la que acababa de ocurrirme en la sala, que iría descubriendo diferentes cualidades que vivían latentes, pero dormidas, dentro de mi ser. Hizo mención de poderes mentales que todos poseemos. ¡Quería preguntarle tantas cosas a Mercedes Laracuate!, pero me encontraba atónito con este evento. Sólo le pregunté que qué había ocurrido y dónde era ese lugar. Se rió de un modo particular y con esto comprendí enseguida que ella era esa otra presencia allá en el remolino de luces brillantes de colores fugaces. Dijo que el lugar donde nos encontrábamos era un plano espiritual, un sitio donde uno se fortalece, se llena de energías. Para ser sincero, en aquel momento todo esto me pareció increíble, una locura, pero la sensación de amor y alegría que expedía Mercedes Laracuate me hacía inclinarme a creer todo lo que me decía.

Mercedes Laracuate (en adelante doña Mercedes) y yo nos abrazamos como viejos amigos en aquel balcón y pronto se unieron a nosotros algunos de los ahí reunidos esa noche, entre éstos el señor B. Doña Mercedes y yo contemplábamos el cielo nocturno mientras los demás murmuraban

entre sí a nuestro alrededor. Había bastantes nubes y apenas se veía alguna que otra estrella. De repente observé un objeto en el cielo. Enseguida miré a doña Mercedes y sonreímos. Seguimos observando al objeto en silencio y éste se acercó más aún. El señor B se percató que mirábamos algo y siguió nuestras miradas fijas en aquello en el cielo.

Cuando él lo vio también, por poco cae desde el balcón y comenzó a gritar como una demente. "Martín, Martín, ven corre, corre", gritaba. El señor Martín se encontraba aún en la sala conversando, cuando de pronto salió al balcón. Con él salieron las demás personas y desde ahí pudimos observar, todos los presente, a un "objeto volador no identificado", un OVNI. Era triangular, tenía forma de *boomerang* y en la parte trasera tenía varias luces blancas. Volaba lentamente, todos lo vimos claramente y podemos dar fe de que no se trataba de un avión. Nos cruzó de derecha a izquierda, ante nuestros ojos que dejaron de parpadear. El objeto triangular no hacía ruido alguno y así, silenciosamente, penetró en una nube y desapareció.

Hubo unos momentos de silencio entre los ahí reunidos. El señor B rompió la magia del momento con su teoría de que el objeto volvería a sobrevolar el mismo espacio aéreo en cualquier momento. Todos comentamos lo que acabábamos de presenciar, animados y muy alegres. Después nos retiramos a la sala para discutir el asunto del programa de televisión. El resto de la noche la conversación giró alrededor del objeto triangular y la presentación en televisión. El menecato de B seguía vigilando el cielo nocturno.

Al concluir la reunión, me parecía haber conocido a Mercedes Laracuate de toda la vida. Hasta en nuestros ademanes e intercambios parecíamos viejos amigos. Existía una intimidad más allá de lo evidente. Hoy día, doña Mercedes es una de mis mejores amigas, hemos pasado una serie de experiencias inolvidables, para relatarlas tendría que escribir una enciclopedia. En resumen, Mercedes Laracuate, definitivamente, es un ser muy especial. Es una persona a quien siempre daré las gracias. Esa noche, camino a casa, por curiosidad le pregunté al señor Martín si me había quedado dormido por unos minutos durante la reunión. Su contesta-

ción fue que no, pero sí había observado algo extraño trascender entre doña Mercedes y yo.

Llegó el jueves en que se transmitiría en vivo el programa de televisión "Ojeda sin límite". Me encontraba sumamente nervioso. Nunca había salido en televisión. Sin embargo, estaba listo. Me urgía conocer a las demás personas que compartieron aquella experiencia insólita conmigo. Esa tarde viajaríamos en el auto deslucido del señor B. Con nosotros irían otras personas que tendrían su participación en el programa.

Entre las personas que nos acompañarían en la transmisión se encontraba Andy, un pescador que vive en la costa de Cabo Rojo. En el trayecto al área metropolitana de nuestra isla no platicamos ni profundizamos en el tema de los "alienígenas" ni de sus vehículos. Me fijé que Andy se comportaba mucho más razonable que los demás en el auto. Aquella tarde de viaje hacia los estudios del canal de televisión, nunca me imaginé que Andy, en el futuro, junto a su esposa Cindy e hijos, se convertirían en grandes amigos míos.

El señor B condujo como un cafre, pero llegamos con vida. El señor Martín, doña Mercedes y una congregación de personas nos esperaban. Mientras que yo me moría de los nervios, el señor Martín inspiraba confianza y no se le veía nervioso en lo más mínimo. Cuando esperábamos que nos dejaran pasar dentro del estudio el señor B me informó que agentes de la CIA se encontraban en los alrededores que no hablara con nadie y que tuviera mucho cuidado. Aunque era cierto lo que me dijo, creo que no debió de hacerlo de una manera tan exageradamente alarmante. Debí tomar en cuenta mi estado febril. Las rodillas me temblaban.

Pensaba que en cualquier momento agentes de la CIA se me acercarían, me tomarían por los brazos, me escoltarían fuera de ahí y que nunca sabría nadie sobre mi paradero. Pensé en miles de escenarios tétricos, pero nada sucedió, gracias a Dios. El programa comenzó y todo resultó de lo mejor. El señor Ojeda fue muy cortés y gentil conmigo. Logré expresar por primera vez en público lo tremenda que fue mi experiencia inicial con seres extraterrestres. Hice un llamado a las personas que estuvieron junto a mí aquella vis-

pera del "día de las madres". Me sentía seguro que algunos de ellos verían la transmisión y harían contacto conmigo.

Escribí mi propio artículo para la revista del señor Martín y se publicaron dos de mis fotografías. Además de relatar parte de lo sucedido, hice nuevamente mi llamado por este medio. Mi ansiedad por conocer siquiera a una de estas personas aumentaba cada día más. Después del programa de televisión y el artículo en la revista empezaron una serie de problemas de gran magnitud.

Por el negocio se aparecieron personas de todas partes de la isla a clamar que ellos se encontraban junto a mí aquella madrugada en mayo del año 1988. Todos insistían, pero ninguno supo darme detalles específicos, detalles que no enumeré por la tele y la revista. Éstos me los reservé precisamente para poder discernir quién verdaderamente había compartido conmigo dicha experiencia.

Sólo repetían lo que ya habían escuchado o leído. Al hacerles preguntas clave, titubeaban o decían disparates. Aparecieron en mi vida toda clase de locos. Recuerdo una vez en que vino un viejito y me dijo que él era la reencarnación de Moisés y que me traía un mensaje. Luego supe que este caballero era un respetado maestro de una escuela elemental, ¡Dios mío, pobres estudiantes! Su mensaje consistía en lo siguiente: debería informarle todo lo dicho por los extraterrestres. Muy bonito, pero no le resultó.

También conocí a muchas personas serias, pero la curiosidad de éstos se convirtió en un hostigamiento para mí. Los grupos religiosos eran como para temerles. Muchos me proclamaban hijo del Diablo. Recuerdo otro incidente desagradable cuando un día llegó una señora al Tamarindo y comenzó a regar agua bendita alrededor. Ella tuvo el atrevimiento de echarme de esta agua por encima. Quedé realmente perturbado por sus acciones, no le dije nada, la dejé que terminara con su exorcismo.

También hicieron acto de presencia las diferentes organizaciones y grupos de los llamados OVNI. Algunos me hacían la sugerencia de que lo mejor sería unirme a ellos y habían los que deseaban formar un grupo. Mis respuestas eran siempre negativas, los tanteaba por curiosidad. Nunca

imaginé que existieran tales grupos y mucho menos tan bien organizados, ¡increíble! Hoy en día, todavía recibo literatura, a través del correo, de parte de algunas de estas organizaciones oportunistas. Son tan atrevidos y me creen tan estúpido, que tienen el descaro de pedirme dinero. ¡A otro con ese cuento!

Quiero aprovechar esta oportunidad para hacerle saber a usted que lee esto que no se deje engañar por grupos de personas sin escrúpulos que piden dinero para sus cultos de OVNIs. Siempre intentan engañar con promesas de grandeza, salvación y supuestos privilegios sobre el resto de la humanidad. Escogen a aquellos que se encuentran solos y sin amigos con el fin de chuparles hasta el último centavo. Luego le otorgan el título de "Escogido". No sean tontos; busquen la verdad por sus propios medios y háganse amigos de los desinteresados.

Conocí a una multitud de personas, pero ninguna de las que yo buscaba con tanto afán. Entre los muchos que conocí, hubieron personas muy dignas y buenas. Con ellos establecí una verdadera amistad duradera. Destacan de entre éstas "Las Muchachas", las bauticé con ese apodo por el amor y el cariño que les tengo. Ellas nunca me presionaron, nunca preguntaron y siempre me respetaron. Entre "Las Muchachas" recuerdo a Ana Ramos, quien siempre tuvo palabras sabias en momentos en que yo necesitaba de ellas. Ana me enseñó a vivir por una frase muy especial: "Somos esclavos de lo que decimos y dueños de lo que callamos".

Dato curioso es la manera en que "Las Muchachas" llegaron a mi vida. Sucede que al no poder soportar tantas inquisiciones en el Tamarindo, conseguí un empleo en un restaurante de mariscos cerca del área de Boquerón. Esta es un área turística de Cabo Rojo donde se encuentran una diversidad de cosas para el entretenimiento y recreación. Boquerón está localizado a orillas de la playa. El carrito de *hot dogs* me lo administraba mi segunda familia, Popo y los suyos. Por las mañanas iba yo al Tamarindo a asegurarme de que tuvieran todo lo necesario para las vetas del día. El trabajo en el restaurante comenzaba a las 12 del día. Una de esas mañanas se apareció por el Tamarindo doña Mercedes en compañía de las muchachas.

Doña Mercedes me dijo que, si era posible, quería presentarme a unas personas. Le dije que sí. Me presentó a Ana, Rosa, Brenda y Doris esa mañana. Automáticamente me sentí unido a ellas. A Ana, sin saber por qué, le dije al abrazarla que ya no tenía que llorar más, que ya había llegado a donde tenía que llegar. Luego supe que a Ana le había ocurrido algo extraño al ver el programa de televisión donde yo había aparecido. Ella observaba el programa tranquilamente y me contaron que mientras narraba lo que me había sucedido con esos seres, Ana rompió en un llanto incontrolable. Le preguntaban el porqué de sus lágrimas y ella misma no lo sabía, pero sintió la urgencia de conocerme y hablarme.

Al charlar conmigo me expresó sus inquietudes. Dijo que no sabía exactamente la razón, pero se sentía íntimamente vinculada a mí. Y así ha sido; Ana es otra fuente de gran fortaleza. Es un ser extraordinario, capaz de percibir eventos antes de que ocurran. He podido comprobar esto en numerosas ocasiones. El sentido del humor de "Las Muchachas" y todo su apoyo, se los agradeceré por toda la vida. "Las Muchachas", además, son sinónimo de lo "paranormal".

Aunque a personas como ellas las recibía como una bendición, seguía el desfile de curiosos en el Tamarindo. Personas que no respetaban mis sentimientos, ni mi privacidad. Me escondía de ellas trabajando en el restaurante, lugar que se convirtió en mi refugio. Aquí nadie me conocía como el hombre de los OVNIs. Me conocían como Amaury, el mozo. Nadie hablaba de extraterrestres y las conversaciones giraban alrededor de temas de restaurantes. Era un alivio llegar a este trabajo, todo lo dejaba atrás. Nunca le hice mención al dueño ni a mis compañeros de trabajo del asunto de los platillos voladores.

Lo interesante del restaurante era que desde el primer día en que fui a la entrevista, para solicitar el empleo, me llamó la atención una casita situada al otro lado de la carretera. Era pequeña y de madera, colindaba por sus tres lados con fincas de gran extensión y en éstas había gran cantidad de ganado y caballos. Las casas de los vecinos quedaban retiradas y, cerrado el restaurante, la casita quedaba aislada. El lugar estaba ocupado, pero algo dentro de mí me decía

que yo viviría ahí muy pronto. Les comentaba al dueño del restaurante y a mis compañeros que pronto yo sería el nuevo residente de ese sitio y se reían.

Pasaron unas semanas y aún no tenía noticias de aquellas personas a quienes había enviado el mensaje y me urgía conocer. El Tamarindo prosperaba, sería un hipócrita si negara que el asunto de los OVNI me trajo mucha clientela. Por otro lado, el señor B no dejaba de colmarme la paciencia. Comenzó a hostigarme nuevamente. Todo lo que hablaba era con relación a mis fotos y dinero. Su interés era tan obvio que hasta daba vergüenza. El señor B había perdido la brújula por completo. Su fantasía de hacerse rico le había estropeado la mente. Se empeñó en tratar de orquestar mi vida, me quería dirigir en todos los aspectos: "No vistas así", "debes hablar de esta manera", "no converses con aquel o aquella". Se le estaba pasando la mano al señor B.

Conversando con terceros, el señor B ya no se refería a mí por nombre, sino que me llamaba "su caso". Pensaba que tanto mis negativos, fotografías del OVNI y mi persona le pertenecíamos como una propiedad. Prácticamente nos tenía vendidos. Se pasó de la raya cuando me dijo que no me quería ver relacionado con personas homosexuales porque esto me restaría credibilidad.

Según él, el ser homosexual lo convierte a uno en mentiroso. Si es así, entonces yo soy el mentiroso más grande del mundo. Me prohibió tantas cosas que sería absurdo enumerarlas. Hacía muchas referencias sobre mi credibilidad y en la forma como yo debería presentar una imagen correcta ante los demás. Si para que creyeran en la veracidad de mi experiencia, en su totalidad, dependiera de que yo me transformara en algo que no soy, prefiero que no me crean ni una palabra.

Nunca he sido perfecto y nunca lo seré. Tampoco he sido un santo. Cuando era sólo un adolescente, me detuvieron en una tienda departamental, junto a una tía joven, por salir de ésta sin haber pagado una mercancía. Cuando niño, hacía con mi hermano Charlie miles de travesuras. El 11 de abril de 1991 fui arrestado junto a un amigo por posesión de un cigarrillo de mariguana, así que hasta yerba he fumado

y actualmente aún me encuentro en estado de "probatoria" con el Departamento de Corrección de Puerto Rico. Todos estos son hechos verdaderos, tan verdaderos como los que ocurrieron en aquella madrugada.

Llegó el momento en que me vi obligado a enviar al señor B a freír papas en el infierno. Todo tiene su límite, y aunque realmente nunca presté atención a sus demandas, me colmó al exigirme que no le hablara a Mercedes Laracunte. Dijo que no debía confiar en ella, que me alejara, quería que me alejara de todos a mi alrededor. La última vez que discutimos airadamente por su proceder tan egoísta, le expresé que ni él ni nadie se iban a interponer en mis asuntos personales, que yo no era "su caso", sino un ser humano y que los negativos y las fotos eran de mi propiedad.

Esto lo enfureció a tal extremo que cuando me gritaba su rostro ancho se retorció con gestos de poseído. Al articular sus palabras llenas de ira hacia mí, le escurría una baba blanca y gomosa por los bordes de sus labios. Nunca olvidaré sus últimas palabras en aquel momento: "No te apures, que yo te voy a joder. Adiós, hermano, que Dios te bendiga". Entonces quedé completamente convencido de que este individuo es un psicópata. Sin embargo, no le presté mucha atención a las amenazas del señor B. Pero él, desde aquel altercado, se dedicó a desacreditarme. Su voz difamatoria corrió vertiginosamente por todos los círculos a mi alrededor. Esto ocurría a mis espaldas, por supuesto.

Mientras tanto, logré al fin mudarme a la casita. Aquí me sentía feliz y tranquilo. Cómo llegué a vivir a ahí, es un enigma. Nadie pudo creer que en menos de un mes de haber visto esa casa por primera vez, estuviera residiendo en ella.

Lo increíble del asunto, repito, es que desde el primer momento en que la vi supe que ahí viviría. En los ratos libres que tenía en el restaurante, acostumbraba sentarme y observar la casa localizada al frente, al otro lado de la carretera. Me sentía inexplicablemente atraído hacia ella. No tenía nada en particular, sólo que me sentía familiarizado e identificado con ella. Deseaba penetrarla y conocer sus habitaciones. Observaba a sus ocupantes y los consideraba intrusos. Sé que

esto suena absurdo y ridículo, pero estos eran mis pensamientos y sentimientos en aquellos días.

Una noche, un poco antes de la hora de cierre en el restauranté, me encontraba atendiendo a una dama en una de las mesas. Mientras le servía su cena, establecí una conversación con ella. Dijo ser del área y que su esposo tenía un cafetín en el área turística de Boquerón, Cabo Rojo. La dejé que cenara tranquilamente y me retiré a observar a través de una de las ventanas de cristal, desde donde podía ver la casita anhelada. No me había percatado que la dama, mientras cenaba, me vigilaba. Ya que hubo terminado, me dispuse a servirle el café con el postre que había ordenado. Me hizo una pregunta que me tomó por sorpresa: "¿Qué es lo que mirabas con tanta intensidad a través de la ventana?" De momento no supe contestarle. "Es una bobería. Miraba mi casita", le dije. "¿Tú casita?" Me dijo que esa no podía ser mi casa, porque ella conocía a los ocupantes y a la dueña que la alquilaba. Corregí y le expliqué lo que en realidad quise decir. También le expresé mi fascinación por esa casa y sus predios.

Ella sonrió y me contó que los ocupantes le debían un mes de alquiler a la dueña y por esa y otras razones, que no me especificó, se les consideraba malos inquilinos. La señora terminó, se despidió y me tomé la libertad de acompañarla hasta su auto. Cuando volví a limpiar la mesa, encontré una propina muy buena y una tarjeta. La tarjeta contenía los nombres de ella, su esposo y su teléfono. Por el otro lado había algo escrito con su puño y letra: "Pasa mañana por la tienda de ropa, frente a la iglesia, en el pueblo. Pregunta por doña Pira".

Esa noche, el contenido de la tarjeta no me permitió dormir. Al día siguiente, fui temprano a la dirección indicada. Pregunté por doña Pira y me presentaron a una señora mayor, como de unos 60 años, baja de estatura, de pelo corto y blanco como la nieve. Ella me dijo sin reparos: "Sé que te interesa alquilar mi casa". Con la cabeza, le contesté afirmativamente. Cariñosamente, dijo que al final de la semana me haría entrega de la llave. Preguntó si yo estaba de acuerdo. De nuevo contesté que sí con la cabeza.

Salí caminando de esa tienda como un hipnotizado. Me di cuenta que no había pronunciado palabra alguna delante de doña Pira. No lo podía creer. No fue hasta horas más tarde que todo se aclaró en mi cerebro: "Voy a vivir en la casita". Me entregaron las llaves y, para sorpresa de algunos, me mudé. Recuerdo el primer día en que entré a la casa. Era como si ya hubiera estado ahí antes. Ya sabía dónde se encontraba todo. Era exactamente como me la había imaginado miles de veces. Me dirigí a la habitación que sería mi dormitorio, me senté en el suelo de ese cuarto vacío y comencé a llorar como un niño. Aun hoy día no sé el porqué de mi llanto. Al trasladar mis pertenencias, pensé en los negativos y las fotografías. Quería vivir en este nuevo hogar sin esa preocupación. Tomé la firme decisión de incendiarlos.

La mayoría los quemé delante de mi familia, y uno de los negativos, le di el privilegio a doña Mercedes para que le prendiera fuego. Sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Todavía guardo como recuerdo las cenizas. Sólo mis familiares más cercanos lograron ver todas las fotos. Las del vehículo ajeno a nuestro planeta, junto al avión, y las fotos que mostraban a los tripulantes. Luego llegó a mis manos una foto que aparentemente no tenía explicación. Sobre esto les contaré a su debido tiempo. Para entonces, mi hermano Charlie y su esposa se habían trasladado desde Japón para residir en Estados Unidos. Camino a este país hicieron una escala en la isla para visitarnos por unos días. Aprovechó su estadía para entregarme el resto de los negativos que me guardaba, y de esta manera le puse punto final al asunto de los dichosos negativos y las fotografías...

En esta casa que tanto les he mencionado, pasé el tiempo más precioso de mi vida. Junto a la casa se encontraba un rancho, conocido en Puerto Rico como "Una Marquesina", lugar donde se suponía que estacionaría mi auto. Aquí colgué una hamaca y acomodé varias sillas. Aquí observé unas puestas de sol fabulosas. Me fascinaba tirarme en la hamaca por las tardes y ver cómo esa bola de fuego descendía lentamente hasta desaparecer. Tanta tranquilidad y yo sin saber de las hazañas del señor B, a mis espaldas, por supuesto.

Un fin de semana, al llegar a casa, encontré a Jorge Martín y a doña Mercedes esperándome. Habían venido con el propósito de avisarme de las intenciones del señor B. Me informaron que se estaba dedicando a difamarme por venganza. Ustedes se preguntaran, ¿venganza por qué? Por no haberme dejado dominar por él. Venganza por haberlo excluido de mi círculo de amistades íntimas y por el dinero que pensaba que quizás en un futuro producirían las fotos, las cuales se sentía con derecho de recibir. Pero pienso que junto con lo del asunto del dinero, está relacionado el asunto del reconocimiento. Quería y deseaba ser reconocido. Quería formar parte del núcleo del fenómeno que atravesábamos mis amigos cercanos y yo.

La difamación consistía en tomar hechos verídicos y explotarlos, llevarlos a un estado descomunemente fantástico y en otros casos mintió descaradamente para desacreditarme. El asunto del cigarrillo de mariguana lo convirtió en toda una novela de narcotráfico. Decía que yo era uno de los narcotraficantes más grandes del país. Que los agentes de drogas me habían hecho una emboscada en el Tamarindo y encontrado cantidades enormes de cuanta droga existe. Se atrevió a decirle a mi clientela que no frecuntaran mi negocio porque se los podían llevar a la cárcel. Inclusive decía a algunos que yo traficaba sobres de drogas dentro de los *hot dogs*.

El tamarindo resintió el golpe de sus sucias calumnias. Le tengo que dar su crédito al señor B, porque estas mentiras surtieron el efecto deseado. Mi negocio se iba despedazando de igual manera en que caían los frutos del árbol de tamarindo al encontrarse podridos. Hubo ocasiones en que me encontré con algunos de mis clientes en distintos lugares del pueblo o el mercado y todos me decían lo mismo, que no se atrevían a acercarse a mi negocio por temor a lo que les había comentado el señor B.

Al asunto de mi preferencia sexual (mi homosexualidad) también le sacó partido. La tornó en algo sumamente perverso y feo. Estoy consciente que de por sí, de esa manera lo perciben muchos. ¡Qué esperar si le añadimos escenas monstruosas como las que pintaba el señor B a todos cuantos

me conocían! Está demás decirles que este caballero se regocijaba en su mar de males. El Tamarindo emulaba al "Titanic", pero me mantuve firme y no abandoné la embarcación.

Dejé el trabajo en el restaurante. Allí también surgieron problemas horrendos. De momento todo a mi alrededor lo veía gris y sin esperanzas. Si no fuera por la ayuda y respaldo de mi familia, doña Mercedes y las muchachas, me hubiera jodido.

Además de todo lo ya mencionado, el señor B se dedicó a difundir que mis fotos y la experiencia con los seres extraterrestres era sólo una patraña. Este cuento le fue difícil respaldar, ya que existían documentos de análisis científicos que destruían totalmente sus falacias. Pero aun así persistía, y aunque el señor Martín para desmentirlo publicó estos documentos, el señor B se empeñaba en seguir esparciendo su veneno.

Para entonces, la depresión se apoderó de mí. Todo parecía haber sido en vano. Tenía que soportar las crueldades de personas incrédulas y las difamaciones del ente vengativo. ¿Dónde estaban esas otras personas?, las que se encontraban junto a mí en el salón de las proyecciones. Durante estos días de la campaña de difamación, se unieron otros investigadores del país, que igual al señor B, eran de poco renombre y por consiguiente se sentían engrandecidos por el mero hecho de estar atacando el codiciado caso del investigador y ovniólogo número 1 del país, el señor Jorge Martín. Le envidiaban su *status* internacional como investigador y lo trataban de desacreditar a través de mi persona.

Reconozco que estos son hechos lamentable, pero así ocurrieron y así debo escribirlos. A mi abuela la mantuve ajena a toda esta basura y ante ella intentaba comportarme como si todo marchara bien. El señor B logró destruirme muchas relaciones bonitas, acabó con mi vida social y al boicotear mi negocio me dejó en ruinas. Lo que no pudo lograr fue vender mis fotografías, destruir amistades verdaderas y mi negocio, aunque en la quiebra, seguía en pie. Lo más importante de todo es que él fue incapaz de obstaculizar algo verdaderamente maravilloso, como lo fue mi reunión con algunas de las personas que vivieron junto a mí la

experiencia inicial. Además de esto, no pudo interponerse en el segundo encuentro con el humano ajeno a nuestra Tierra, con Amaron.

En el momento en que más desesperado y deprimido me sentía por la situación por la cual atravesaba, todo tomó otro rumbo. De las 15 personas que estuvimos en aquel salón de proyecciones, al fin logré establecer contacto con siete de éstas. Llegaron al fin estas siete personas de una manera sublime. Esta ocasión residirá en mi alma impresa por el resto de mis días. A continuación leerán sobre ellas. Sus nombres los he sustituido por otros, para de esta manera proteger sus verdaderas identidades, como me lo solicitaron.

Los siete

Me encontraba guardando las cosas que habían sobrado del día de trabajo en la nevera. Serían como las 6:00 p.m. cuando escuché un auto estacionarse delante del portón de la casita. Me asomé al balcón a ver quién era y vi bajarse de su auto a una mujer joven, como de 25. Ella me preguntó si mi nombre era Amaury. Sin pensarlo le respondí que sí, de lo cual me arrepentí enseguida. "¿En qué puedo servirle?", pregunté. En eso se abrió la puerta del lado del pasajero y del auto emergió una señora mayor. Se identificó como Matilde y madre de la joven. Se acercó más al portón y dijo que tenía que hablar seriamente conmigo. Me imaginé que tenía que ver con los OVNI's.

Recuerdo haber pensado que me había acabado de fastidiar, porque tendría una avalancha de curiosos husmeando por la casa. Me dijo la señora que ella había estado junto a mí aquella noche. Permanecí parado en el balcón; "otra más", pensé. Ya había perdido toda esperanza de encontrarme con uno de los que me acompañaron. Le pregunté lo más amable posible, que de ser así, cómo dijo llamarse el ser humano que nos atendió "Amaron", contestó ella.

En esos instantes la cabeza me dio vueltas, las rodillas se me doblaron y la quijada no la podía mover. Reaccioné y corrí a buscar la llave del candado del portón. Me puse tan nervioso que no encontraba la llave correcta en mi llavero.

Mientras abría el candado le pregunté cómo se llamaba el lugar de origen de Amaron. "Kaa, como la letra K", me contestó. Abrí el portón y abracé a esta señora. No la quería soltar. Su hija nos miraba incrédula. La señora comenzó a llorar y seguíamos abrazados. Entre sollozos le decía a su hija: "Vez que lo que decía era cierto. Yo te lo decía y tú no me lo creías". Aparentemente nadie le creía su increíble relato, incluyendo su hija.

En estos momentos, y aunque esta dama era mucho mayor que yo, sentía como si abrazara a una niña pequeña, asustada y llena de confusión. Sentí tanto por ella que sólo quería consolarla. Me imaginé que había sufrido mucho, tanto por nuestra experiencia inicial como por todo lo demás que esto conlleva. Su hija empezó a llorar también y a pedirle perdón por el trato injusto. La madre le respondió que no tenía nada que perdonarle, que ella comprendía lo difícil de la situación. Nos sentamos donde la hamaca por horas y hablamos sobre los sucesos ocurridos en mayo de 1988.

Doña Matilde pudo expresarme detalles sobre la experiencia que sólo habiendo estado ahí podían saberse, detalles que siempre guardé celosamente, precisamente para saber quién había vivido aquellos momentos de horror. Su hija nos miraba como si no entendiera la relación íntima e instantánea que surgió entre nosotros. Observaba a su mamá como si no la conociera. Me dio su número de teléfono, dirección y quedamos que pronto la llamaría para ponernos de acuerdo y vernos de nuevo. Partieron de mi casa tarde esa noche. Quedé con una especie de melancolía en mi alma. No quería que se fuera.

Esa noche, cuando me encontraba solo en mi cama, en la oscuridad de mi cuarto, repasé todo lo que discutimos. Los coquís, grillos y demás animales nocturnos me acompañaban con su sinfonía nocturna. Me encontraba en un estado de éxtasis por el hecho de haber conocido a esa señora. Todo lo que me había dicho lo tenía grabado en mi mente y lo repasaba con gran satisfacción. El punto de mayor interés para mí fue el relato de su secuestro.

Me explicó cómo esa noche le fue difícil dormir, ya que estaba muy preocupada porque ya eran cerca de las 3 de la

madrugada y el menor de sus dos hijos, de 22 años, no había llegado. Se encontraba con su novia compartiendo con sus futuros suegros. Había intentado llamar a la casa de éstos, pero la línea telefónica sonaba ocupada. Se sentía ansiosa y llena de rabia al ver que su esposo dormía plácidamente. Su marido durmiendo y su hijo de fiesta; se encontraba sola. Su hija mayor, la misma que la acompañó hasta mi casa, es casada y vive fuera del hogar.

Doña Matilde decidió esa noche esperar a su hijo. Se preparó una taza de té y salió al patio trasero de su casa. Ésta se ubica en un conjunto habitacional donde las casas están prácticamente pegadas unas con otras. A pesar de esto, ella había creado un montecillo en el patio. Con sus mesas, silla y diversas canastas de plantas ornamentales, esta sección de su hogar era la favorita. Té en mano se sentó un rato a esperar y después a caminar de un extremo al otro del patio. La noche era fresca, pero el té, el ejercicio y su bata de dormir le compensaban.

Pensaba en todos los regaños que le haría a su hijo al llegar. "¿Por qué no me telefoneaste?", sería la pregunta crucial cuando llegara. De repente escuchó un ruido proveniente de la casa. Como no había escuchado el auto de su hijo, pensó que su esposo se había levantado a utilizar el baño o a beber agua. Se encaminó hacia la casa para averiguar, cuando por poco muere en sus pasos al sentir que la tocaban por un hombro. Pegó un grito del susto y al darse vuelta se encontró frente a frente con un hombrecito de cabeza grande y ojos saltones. En ese momento se le desvaneció el mundo. Su última sensación fue la de el té caliente sobre su bata y cuerpo.

Cuando recuperó la consciencia se encontraba sentada en una de las sillas en el patio y ya había amanecido. Sintió un ardor en la piel, tenía sus senos y estómago irritados. Su bata estaba manchada; recogió la taza vacía de té a distancia de donde despertó. Aparentemente, se había quedado dormida esperando a su hijo. No tenía el menor recuerdo sobre su encuentro con el extraño de ojos saltones. Su esposo aún dormía, su hijo había llegado y también se encontraba dormido. En el silencio divino del domingo, doña Matilde puso

la taza en el fregadero, se cambió de bata después de lavarse y se acostó junto a su esposo. Durmió hasta el mediodía. Al levantarse, lo primero que hizo fue increpar a su hijo. Él, en cambio, sólo le respondió con la frase: "Feliz Día de las Madres". Con esto, todo reproche quedó sin efecto. De esta manera celebró doña Matilde ese domingo, como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido. Sin embargo, había algo que le molestaba, algo sin explicación lógica para ella, la inquietud de no entender cómo pudo habersele derramado el té caliente y no despertar. Además, si se había quedado dormida en la silla esperando a su hijo, por qué la taza se encontraba sobre el césped a tanta distancia de donde despertó.

Esta situación extraña quedó rápidamente en un aparente olvido. La inquietud que siempre la impacientó fue la de no poder salir a solas al patio de noche como solía hacerlo. A esto tampoco le encontraba la lógica. Cuenta, además, sobre una pesadilla recurrente.

Sonaba que se encontraba dentro de una gran carpa de circo. Estaba vacía, pero alumbrada, y a pesar que identificaba este lugar como un circo, la atmósfera era deprimente. Los colores vivos del interior de la carpa le inspiraban terror, el cual aumentaba paulatinamente. De repente aparecían varios payasos enanos de rostros maquillados con base blanca y aros negros pintados alrededor de los ojos. Sus vestimentas eran coloridas, pero no inspiraban diversión, ni alegría. Los enanos comenzaban a correr detrás de ella y al alcanzarla despertaba gritando.

Su esposo no sabía qué hacer ni qué pensar. En el día su esposa era la mujer normal de siempre, pero de noche se convertía en una extraña para él. Pasaron los años y las pesadillas se fueron esfumando, pero la intranquilidad de salir a solas a su patio perduró. Ya creían que la pobre señora estaba loca. Su familia la veía con otros ojos, por lo menos hasta un jueves por la noche. Después de ese jueves especial por poco la internan en un nosocomio.

Junto a su esposo, doña Matilde se disponía a sintonizar el programa de "Ojeda sin límite". El tema para esa noche era el de los extraterrestres. El programa lo veían por costum-

bre, no por algún interés particular. Su esposo se acomodó en el sofá para ver la introducción, mientras que ella se fue a la cocina a preparar unas tazas del té favorito de ambos. Cuando se acercó a su esposo con las dos tazas, quedó paralizada por algo que observó en la televisión.

Su esposo le preguntaba qué le sucedía, pero ella no podía contestarle. Él insistía, ya que la veía inmóvil como una estatua. Doña Matilde me contó que vio en la televisión un rostro que la había dejado paralizada. Comenzó a temblar al extremo de derramar el té. El té caliente la hizo reaccionar con un grito de dolor, el cual causó pánico al marido. Este fue el momento en que pudo recordar y el instante en que su esposo y su familia la creyeron definitivamente loca.

Llamando al teléfono que aparecía en la revista, la cual había comprado tiempo después de haber visto el programa, logró averiguar cómo establecer comunicación conmigo. Le dieron instrucciones para llegar hasta el Tamarindo. Cuando llegó a mi negocio no me encontraba ahí. Ella y su hija preguntaron en el vecindario por mí, pero nadie supo decirles sobre mi paradero. Decidieron dar vueltas por el área a ver si daban conmigo. Llegó el momento en que se dieron por vencidas y decidieron regresar a sus casas. Intentando dejar atrás el pueblo de Cabo Rojo se perdieron. Dieron varias vueltas tratando de encaminarse hacia su pueblo. En una de tantas vueltas pasaron frente a una pequeña casa de madera. Doña Matilde se puso como histérica y le dijo a su hija que se detuviera. Ella, alarmada, le preguntó que cuál era el problema. Le contestó que no sabía el porqué, pero sabía que en este lugar me encontraría.

De esta manera fue que llegó hasta mí esta señora, a la cual quiero como si fuera de mi familia. Meses después de mis llamados a través de diferentes medios, encontré al fin a más de las personas que compartieron conmigo aquella experiencia.

Esa noche soñé con payasos, enanos y globos de diferentes colores. Un circo. Entre la muchedumbre vi a doña Matilde, contenta y alegre, llena de sonrisas:

El día siguiente pasé el tiempo en el Tamarindo pensando en ella. Me era difícil creer que al fin había podido

comunicarme con una de aquellas personas. Increíble fue además lo que me esperaba esa tarde en casa. Fui a la casa de Mamá a llevarle un cartón de leche que me había encargado. Por poco le cuento a ella lo de doña Matilde, pero me detuve para no traerle el tema y ponerla nerviosa. Me quedé conversando un rato con ella y luego partí hacia la casita.

Camino a casa contemplaba la idea de telefonar a doña Mercedes y a Ana para contarles sobre el encuentro con doña Matilde, pero opté por mantener ese asunto en silencio por el momento. Había compartido con ellas sólo parte de la experiencia inicial con estos seres; quizá quería que esto permaneciera como algo muy mío.

Cuando llegué a casa había un carro estacionado. Al bajar de mi auto para abrir el candado del portón, bajó el conductor del auto estacionado. Se acercó y lo miré con desconfianza. "¿Qué quería este tipo?", pensé. Como están las cosas hoy en día, nunca se sabe qué esperar. Estrechó su mano con la mía a la vez que pronunciaba mi nombre.

No lo conocía, y como hizo mención de mi nombre, me desconcertó por un momento. Le pregunté en qué podía ayudarlo. En esos momentos se me ocurrió que podía ser un cobrador de préstamos de mi banco. Dijo que necesitaba hablar conmigo. Sin abrir el candado y con el motor de mi auto aún encendido, lo escuché. "Es sobre el programa de televisión", dijo.

Dijo además: "Hiciste un pedido". Apagué el motor del auto y lo escuché detenidamente; comenzó a hablarme ligero, de corrido. "Éramos 15, no 20, y tú fuiste el último que trajeron." Afirmó no recordar el rostro de los demás, pero a mí me recordó en el momento de verme a través de la televisión. Confesó que estuvo aterrorizado y que no había pronunciado palabra alguna durante el transcurso del programa de aquella noche.

Pero el sujeto no me había dicho nada nuevo, lo que me acababa de informar no probaba nada en lo absoluto. Como si me hubiera leído la mente, dijo: "El señor aquél, Amaron, nos mostró unos videos que parecían reales". ¡Aquí dio en el clavo! "¿Te acuerda, Amaury, cuando nos enseñó las imágenes de su planeta de origen? ¿Recuerdas al dinosaurio?" Me dijo además que Amaron nos había dicho el

nombre de su planeta, pero que él no recordaba cuál era. Le respondí que Kaa, como la letra K en el idioma español. "Ah, sí Kaa, como la letra, así nos lo dijo él", concluyó.

Sin decirle nada más, abrí el candado y lo invité a entrar. Le ofrecí que se sentara en unas de las sillas del jardín y me senté en la hamaca frente a él. Le pregunté de qué pueblo era él. Sinceramente, nunca he visitado alguno de los dos pueblos mencionados por él. Dijo llamarse Óscar y ser policía de profesión. Hablamos por horas mientras fumábamos y bebíamos refrescos. Me informó que había faltado al trabajo para venir a verme, que lo quería hacer desde que vio el programa, pero no se atrevía. Dio conmigo haciendo averiguaciones al estilo policiaco. Le pregunté si había sufrido pesadillas después de la experiencia. Me contestó que no tuvo pesadillas, que soñaba mucho con animales prehistóricos, pero nada negativo. Por ejemplo, uno de sus sueños más claros y recurrentes era que él tenía de mascotas en el patio trasero de su casa un monito, un cerdo y un dinosaurio. En el sueño resultaba lo más natural poseer un dinosaurio por mascota. Esto no lo consideraba una pesadilla, más bien le causaba gracia.

Óscar es un hombre casado y tiene una sola hija de 18 años. Su esposa, gracias a Dios, lo comprende y apoya porque según él lo quiere mucho. Afirmó que su esposa lo creía loco, pero lo toleraba por el amor que le tiene.

Después de haber observado el programa de televisión donde se hizo mención que saldría publicada la información referente a mi experiencia en una revista del país, esperé ansiosamente dicha revista. Dijo volverse como loco al comprarla y leer aquel artículo; cuando terminó de leerlo, empezó a llorar como un niño. No encontraba cómo decirle a su esposa que él era una de las personas mencionadas en la información. Su esposa nunca lo había visto llorar y esto la impresionó; sin embargo, nunca le dijo nada negativo.

Le conté a Óscar sobre doña Matilde, quedó completamente fascinado y quería conocerla de inmediato. Le dije que después nos reuniríamos los tres para hablar y profundizar sobre lo que nos había sucedido. Óscar me cuenta de su experiencia sin dificultad alguna. Aparentemente, aunque fue afectado por la experiencia, no lo fue tanto como para

interrumpir sus funciones diarias o profesionales. Ahora les narro, tal como él me lo dijo, lo que le sucedió aquella noche del encuentro.

En su casa se encontraba de visita su hermana con su esposo e hijos. Se había tomado unos tragos con su cuñado, pero a este último se le pasó la mano con la bebida. Óscar decidió llevarlos a su casa en el auto de éstos, se regresaría en el mismo auto y lo regresaría al día siguiente.

Cuando venía de regreso a su casa ya era bastante noche. Quedándole como 15 ó 20 minutos de camino para llegar a su hogar, el carro se apagó. Aparentemente, tenía la batería muerta. Decidió telefonar a su esposa para que lo recogiera. Decidió subir los cristales.

No escuchó ruido alguno ni vio ningún hombrecillo. Sólo recuerda que un momento estaba subiendo los cristales y en un abrir y cerrar de ojos ya había amanecido. Su reloj marcaba las 7:00 a.m. No encontró explicación lógica a lo sucedido.

Todos los cristales del auto se encontraban cerrados. Pensó que quizá se había quedado dormido por los tragos, aunque lo dudaba porque él nunca bebía como para quedar en ese estado. Se iba a bajar del carro para llamar a su esposa, que debía estar histérica, pero intentó encender el carro. Con sólo girar la llave de ignición, el auto arrancó.

Al llegar a su casa encontró a su esposa e hija histéricas. Las dos hablaban a la vez y no se les entendía nada. Cuando logró explicarles lo que había sucedido, las dos decían que era imposible, que habían llamado a sus familiares cuando pasaba el tiempo y él no aparecía. La hermana de Óscar les informó que él ya había salido para su casa hacía rato. Ellas llamaron a la policía y tampoco sabían de su paradero, les informaron que no habían ocurrido accidentes en el área. Llamaron al hospital y tampoco sabían de él. Decidieron esperar, y como vieron que no llegaba, se montaron en su carro y recorrieron la misma ruta hasta la casa de la hermana. De regreso, esta vez a un paso más lento, buscaron el carro a los lados de la carretera sin éxito, así es que no le creyeron lo del carro descompuesto y el cuento de que se había quedado dormido.

El incidente causó graves problemas para este matrimonio, pues la esposa sospechaba otra cosa. El episodio quedó olvidado con los años, hasta un jueves por la noche viendo televisión. Al día siguiente él compró la revista que mencionaron en el programa. Para aclarar las cosas, fuimos a un teléfono público y llamamos a su esposa. Hablé con ella por un buen rato. Posteriormente, Óscar me dijo que su esposa había reaccionado bien sobre el asunto, después de haber hablado conmigo pensaba muy diferente, ahora le cree a su marido y sabe que definitivamente él está bien de la cabeza y no tiene una amante.

* * *

Dos, ya eran dos las personas que yo había estado buscando. En realidad me hubiera conformado con una, pero fueron dos las que supieron darme muchos pequeños detalles sobre el encuentro. No solamente me dieron el nombre de Amaron y de donde venía, también muchos pormenores y describían las escenas "holográficas".

No le hice mención a Mamá ni a nadie sobre mis dos visitantes, pensé que sería lo mejor por el momento. Para qué empezar de nuevo con ese asunto. Además, pensé que divulgar esta situación sólo me traería más enredos, a mí y a estas dos personas. Doña Matilde y Óscar habían puesto su confianza en mí, no debía causarles inconvenientes. Esto sucedió en sólo dos días seguidos. Al tercero ya estaba loco por cerrar el Tamarindo e irme a mi casita. Como quiera, perdía el tiempo en el negocito porque nadie iba siquiera a comer una salchicha.

Ese día cerré temprano y me fui a casa. Tenía el presentimiento de que alguien más vendría. Me acomodé en la hamaca de mi jardincito a esperar hasta que me dio hambre y fui a prepararme algo de comer. Mientras cocinaba la cena, me la pasé mirando por las ventanas de la cocina a ver si alguien aparecía. Cené sentado en la hamaca pero nadie llegó.

Me cansé de esperar, y cuando empezaron a molestar los mosquitos, entré a ver televisión. La miraba para matar

el tiempo, ni siquiera recuerdo lo que veía. Escuché un ruido afuera, miré por la ventana y al lado del bote de basura se encontraba un señor. "Lo sabía", pensé estaba seguro que hoy llegaría otra de aquellas personas. Fui hasta el portón, me fijé que la tapa del bote estaba en el suelo, a los pies de este señor.

Me miró, pero no dijo nada. Yo lo saludé y pregunté sobre su presencia. Se puso nervioso y me dijo que lo perdonara, que no haría un reguero con la basura. Sólo quería las latas vacías de refrescos para venderlas a los que compraban aluminio, para reciclarlas. Caí, en la cuenta de que este individuo no era parte de aquel grupo. Le dije que no había problema que podía llevarse todas las latas que quisiera.

Regresé a la casa a "mirar" la televisión. Me quedé dormido. Desperté con el sonido de una bocina de carro. "Uno de mis primos", pensé todavía medio dormido y con modorra. Al asomarme al balcón, vi salir de un auto a una pareja. Por lo menos tendrían 25 años, respectivamente.

Sonrieron y se acercaron a mi verja de alambre de "cyclon". Vestían a la moda. Preguntaron mi nombre y vociferaron: "Vinimos desde muy lejos y queremos hablar con usted, si tiene tiempo". Aunque ya lo imaginaba, les pregunté de qué querían hablarme. La muchacha, a la que llamaremos "Maribel", fue la que contestó. "Queremos hablarte sobre la letra K." Los dos se quedaron esperando mi reacción. No sólo desperté, salí de mi modorra y les dije que iba a buscar la llave para abrir el portón. El muchacho, al cual llamaremos "Raúl", me dijo que no me molestara y como dos atletas saltaron la verja. Tenían mucha agilidad. Lo primero que se me ocurrió fue, ¿cómo sería que los cabezones pudieran alcanzar a estos dos?

Esta pareja de saltarines también había estado allí. Son un matrimonio. Les conté sobre doña Matilde y Óscar. Querían saber todo sobre ellos; les conté. Maribel y Raúl son un matrimonio joven y lleno de vitalidad. Me imagino que son de la clase de personas que se levantan por las mañanas muy contentos y llenos de energía, sin una gota de mal humor. Son muy distintos a mí, que me levanto por las mañanas con un humor y genio insoportables.

Ellos son una pareja que se adora uno al otro y además son sinceramente cariñosos con todo el mundo. Se dan a querer enseguida. Son de tan buen humor, que les juro que me moría de la risa cuando me contaron lo de su secuestro. Aunque esta experiencia de hecho los afectó muchísimo, hoy día se pueden reír y hasta burlarse uno del otro. Cuando les sucedió a ellos aún no se habían casado. En 1988 todavía eran novios, y según Maribel, ella todavía era virgen.

Me contaron que se encontraban en el carro del papá de Raúl, en una playa del área este. Estaban en el asiento de atrás "grajándose" (besándose apasionadamente). Se excitaban demasiado, se quitaron el resto de la poca ropa que les quedaba puesta y comenzaron a tener relaciones sexuales. Estaban tan entregados que no les importaba la hora, pero sí que era tarde. Para Maribel fue la primera vez que tuvo sexo, o por lo menos el sexo completo. Riéndose, me explicaron hasta la posición en que se encontraban cuando Raúl comenzó a hacer unos ruidos extraños. Maribel pensó que Raúl hacía estos ruidos por el placer que sentía, ¡qué se iba a imaginar que no era por lo que sentía sino por lo que veía! Raúl me dice que ya estaba a punto de alcanzar el clímax cuando pudo ver a través de los cristales algo que lo dejó atónito.

Pero en ese mismo instante eyaculó. Lo que él observaba a través del cristal, era algo fuera de este mundo. Pensó de repente que era un nene enfermito, pero descartó la idea. Esos ojos tan extraños, tan penetrantes, no eran humanos. Maribel, ajena a todo esto, en la posición en la que se encontraba, no podía ver lo que Raúl aún miraba boquiabierto.

Cuando ella notó que después de eyacular él se mantenía tenso, sin relajar los músculos, le preguntó qué le pasaba. En esos momentos abrieron la puerta de atrás, a la vez que Raúl se derrumbaba sobre ella como un muñeco de trapo. Él aún se encontraba dentro de Maribel, pero estaba como muerto. Maribel comenzó a gritar, en esos momentos pensó que un delincuente había abierto la puerta del auto y que le había dado una puñalada a Raúl por la espalda, y que entonces la mataría a ella. Con los ojos cerrados seguía gritando como histérica, nunca llegó a ver al hombrecito junto

al carro. Sólo sintió algo como una mano sobre su frente y perdió el conocimiento. Cuando recobraron el conocimiento, ambos se encontraban vestidos, pero sin zapatos, ni ropa interior, además encontraron manchas de sangre pero ninguno estaba herido. Ya había amanecido, la playa se encontraba desierta y decidieron tirarse al mar un rato, no se acordaron de nada, sólo del sexo y la pasión. El horror quedó olvidado hasta que Maribel entró a una farmacia a comprarle unas medicinas a su mamá y allí, en un puesto de revistas, le llamó la atención una en particular. Al mirar la portada se estremeció y de ahí en adelante perdió contacto con la realidad. Con los nervios destrozados corrió a mostrársela a Raúl, la leyeron juntos e increíblemente llegaron a la loca conclusión de que ambos habían atravesado por la misma experiencia que yo. Que ambos eran parte de las personas a quien yo buscaba ¡recordaron!

Por mucho tiempo discutieron la idea de hacer contacto conmigo. Raúl era de la opinión de que no les creería. Maribel le decía que eso era absurdo, porque al contarme lo sucedido con lujos y detalles me vería obligado a creerles. También tenían el temor del "qué dirán" de sus familiares y amigos. Un día fueron hasta Cabo Rojo, y aunque habían decidido que sería un viaje de "pasadita" en la playa llamada El Combate, sentían un presentimiento extraño. Al poco de estar en la playa les dio hambre y decidieron detenerse a comer algo en un puesto de *hot dogs* a la orilla de la carretera 301. Cuando bajaron del auto, la persona que despachaba se encontraba de espaldas atendiendo a otros clientes. Esperaron su turno, y cuando les tocó ordenar se quedaron mudos. Ante ellos estaba la persona que habían visto en la portada de la revista que se dedicaba a publicar los estudios del fenómeno OVNI.

Ordenaron sus salchichas, refrescos y comieron en silencio total. No se atrevieron a acercarse a mí. Ese día no llegaron hasta El Combate, en un estado febril regresaron a su pueblo natal. De vuelta a sus hogares respectivos, no se comentaron nada entre sí, se perdieron cada cual en sus propios pensamientos tormentosos. Luego, al transcurrir varias semanas y después de discutir el asunto por algunos

días, partieron nuevamente para Cabo Rojo. Esta vez iban determinados a confrontarme con los hechos. Cuando llegaron hasta el Tamarindo, se encontraron que el negocio estaba cerrado. Preguntaron por el área a ver si alguien les podía dar indicaciones para llegar hasta mi casa. Averiguaron que yo residía cerca del pequeño poblado de Boquerón. Se dirigieron hasta allá. Cuando estaban a punto de desistir en la búsqueda, vieron el mismo auto que habían observado en el Tamarindo aquella vez. Se detuvieron ante la casa donde se encontraba estacionado mi auto y sonaron la bocina del suyo.

Nos despedimos tarde esa noche, pero no sin intercambiar antes teléfonos y direcciones. Quedamos que luego nos comunicaríamos para así reunirnos los cinco. Ellos estaban deseosos por conocer a doña Matilde y a Óscar.

Esa noche no dormí ni un instante. Le seguía dando vueltas al asunto. Estaba loco por contarle a alguien todo esto. Pensé en llamar a Mercedes Laracuenta, pero me contuve, lo mismo con las muchachas. Estaba a punto de estallar si no le decía todo esto a alguien, pero callé. Como no dormí durante la noche, no me pude levantar para ir a trabajar. Además, de qué valía levantarme para ir a trabajar, si nadie me iba a comprar en el negocio por las calumnias. Dormí todo el día. Recuerdo que antes de quedarme dormido, mis últimos pensamientos fueron: "Ya no estoy solo, pa' lo que falta, que venga el resto".

Esa tarde me desperté como a las tres. Desperté con buen humor por el sueño que había tenido: en él habían payasitos enanos con rostros pintados y sonrisas alegres; colores vivos, globos y música de circo, todo en un ambiente de alegría. En este circo había una señora que vendía té caliente. Me sentaba en un banco a beberme el té y a observar el espectáculo. En medio de un *ring* apareció un revólver gigantesco, de éste salía una caravana de animales prehistóricos; montado sobre un dinosaurio venía un caballero y en lo alto de la carpa dos jóvenes hacían maromas en trapecios.

Seguí el resto del día con ese buen humor. Sé que era demasiado, pero mientras hacía los quehaceres estuve pendiente a las ventanas y cada ruido de los carros que transitaban por ahí. Salí a tirar una bolsa de basura y me fijé

que pasaba por el frente de la casita una muchacha como de 30 años, en bicicleta.

Le resté importancia, ya que a menudo se pasean por ahí personas en bicicleta. Seguí poniendo la casa en orden. Tenía libros tirados por dondequiera. Desde que mi experiencia se había hecho pública, muchas de las personas que me había visitado al Tamarindo a veces me traían libros de temas relacionados con los OVNI's y extraterrestres. Muchos de ellos aún los conservo tal y como me los regalaron. Algunos son demasiado voluminosos. Además de los libros, tenía ropa tirada en el cuarto, papelería, cartas, en fin, montones de cosas; yo recogía y limpiaba, pero todo el tiempo estaba pendiente a que fuera a llegar alguien. Ni prendí el radio como es mi costumbre mientras limpio la casa. Quería poder escuchar por si llegaba alguna "visita". Pasó de nuevo la mujer en bicicleta. Salí a regar el pasto y pasó nuevamente. Sentí curiosidad, me dije a mí mismo: "Si pasa de nuevo, hay algo". A los pocos minutos ahí estaba de nuevo y esta vez disminuyó la velocidad; por poco se detiene, pero siguió su marcha. Yo sentía más que curiosidad. Había decidido que si volvía a pasar le preguntaría o diría algo. Seguí regando con la manguera cuando noté que venía de nuevo. Cuando pasaba justamente al frente de mi casa, le sonreí y le dije: "haciendo ejercicios, eh"; entonces se detuvo.

Esta mujer, cuyo pelo negro y largo casi le llega a la cintura, era extraña, es más hasta su bicicleta era rara. Vestía de esos pantalones ajustados que usan todos los ciclistas y una camisa de la misma tela de color negro. Llevaba un cinturón ancho, plateado, y la hebilla era algo así como un platillo volador. Sus pantallas también eran plateadas y con un diseño de OVNI. Su calzado tipo tenis también era plateado, pero se notaba que había sido pintado. Llevaba además una cinta en la cabeza también de color platino. En el cinturón llevaba puesto un *walkman*. Mirándola así, pensé: "Lo único que le falta es una antena saliéndole de la cabeza". Recuerdo haber pensado también que, definitivamente, a esta tipa le patinaba el coco: "Tiene facha de extraterrestre y averigüó dónde vivo para hacerme preguntas o decirme que ella viene de Venus. Vaya clase de loca".

Pero en esa ocasión aprendí que uno no puede o debe juzgar un libro por la portada. Ella no me contestó nada respecto a mi comentario de que si estaba haciendo ejercicio. Se me quedó mirando como una demente, desmontó de su OVNI-bicicleta y caminó hasta el portón, muy seria. Entonces me dijo: "Te traigo un mensaje". De cerca, esta mujer daba miedo. Su maquillaje era abundante y estaba pintada como una egipcia. Aunque esta mujer era muy bonita, inspiraba desconcierto. Me dijo: "Mi nombre es Helena y he sido escogida". Otra más, pensé, que tenía los fusibles quemados. A ésta si que no se le podía abrir el portón. Ni p'al carajo. Siguiéndole la corriente le pregunté: "¿Escogida para qué?" "Escogida para el plan maestro", me contestó. Además me dijo: "Yo estuve contigo y los demás allá en aquel lugar de preparación". Me aseguró que su mente había despertado a la luz al ver mi imagen en la televisión y en la revista.

¿Quién era esta mujer? "Todos hemos sido escogidos para brindar luz y energía. Nuestro día llegará", siguió hablando, misteriosa y mística, como si estuviera viendo lo que decía en una bola de cristal, o como una de esas mujeres que leen la palma de la mano. En verdad no encontraba cómo deshacerme de ella sin ser mal educado. Cerré la manguera y le dije lo más cortésmente posible que me tendría que excusar, pero que tenía que entrar a la casa a hacer unas cosas y me despedí deseándole que pasara una buena tarde. Por primera vez se sonrió y del cinturón ancho que llevaba puesto sacó un sobre blanco. Me lo entregó sin decir palabra alguna. Le di las gracias y me metí a la casita.

Puse el sobre encima de la nevera y me puse a mirar a esta tipa por la ventana, no fuera ser que se metiera por algún lado y cometiera una locura. Ella se montó en su "ovni-cleta", se puso los audífonos del *walkman* y se fue rápidamente. En esos instantes llegaron unos primos a preguntarme por qué no había ido a trabajar. Les di una excusa barata. Me invitaron a ir al centro comercial del pueblo vecino de Mayaguez, me cambié de ropa y me fui con ellos al "mall", pero les indiqué que quería llegar antes de que oscureciera porque esperaba visita. Y así fue. De nuevo en casa me cansé de esperar; no llegó nadie.

Cuando ya me había dado por vencido de que no aparecería ninguna visita, empecé a prepararme para dormir. En la recámara me acordé de la visita de la tipa con facha de OVNI y del sobre que me había entregado. Pero no me acordaba dónde había puesto el sobre. Lo busqué por toda la casa. Debajo de la cama, detrás del sofá, por todos lados y nada. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Sabía que ahora no podría dormirme hasta que no encontrara ese sobre. Prácticamente revolví toda la casa de nuevo buscándolo. ¡Qué desorden! Decidí acostarme; al no poder dormir me dio sed. Me levanté de la cama y fui hasta la nevera, cuando la abrí ¡ajaa! Bebí agua y me fui a la cama para leer el contenido del sobre.

Comencé a leer, eran tres notas en otros tantos papeles, parecían escritos en verso. Mi favorito decía:

Al verme, pensarás que no estoy bien
de la mente.

Así piensa toda la gente.

Tengo buen corazón.

Así dice AMARON.

A ti te encuentro hoy, ya sola no estoy.

Otro papel contenía una poesía que hablaba sobre el sol y el tercero tenía una letra, la K. Me sentí muy mal. Qué derecho tenía yo de juzgar a esa mujer por su manera de vestir o expresarse. Empecé a llorar como un niño. Sentía coraje conmigo mismo. Sabrá Dios lo que habrá sufrido esa pobre mujer y yo burlándome de ella. Pensándolo bien, fui muy estúpido, mi comportamiento no tenía perdón.

Como sé que ella leerá esto, quiero por este medio disculparme con ella una vez más. Decirle que la quiero y comprendo aunque las demás personas la rechacen. Perdóname Helena, pero no soy perfecto. Sólo soy humano, un humano de este planeta que llamamos Tierra. Intentaré no volver a juzgar a otro ser humano por su vestimenta, por más extraña que sea, y te repito que no me da vergüenza salir contigo a donde sea. Igual que a los otros seis, te quiero mucho.

Esa noche me comía por dentro pensando que ella había llegado hasta mí y la dejé ir sin saber dónde vivía, sin tener siquiera un número de teléfono donde pudiera localizarla. Pensé que tenía que vivir cerca porque vino en bicicleta. Tenía que averiguar de una manera u otra de dónde había venido. Sabía que no descansaría hasta dar con ella. "Quizá vuelva mañana". Yo burlándome de ella y quizá la experiencia del secuestro la había traumatizado, por eso vestía así y hablaba tan misteriosamente. Esa noche no tuve sueños placenteros de un circo. Esa noche tuve una pesadilla. Fue breve pero horrible.

Me encontraba corriendo en bicicleta y de pronto empezaba a bajar por una calle muy empinada. Yo intentaba frenar pero no tenía frenos; la bicicleta aumentaba su velocidad. Se escuchaban personas riéndose pero no las veía. La calle terminaba en un precipicio, al llegar al final grité y esto me despertó.

Al día siguiente fui a trabajar al Tamarindo bastante deprimido. Lo peor de todo era que no tenía a quien contarle, quizá me hubiera sentido mejor si hubiera platicado con alguien. De nuevo pensé en Ana, doña Mercedes y el resto de las muchachas. A mi familia no le informé sobre los hechos ocurridos en los últimos días para no involucrarlos. Sabía que me dirían que debería alejarme de todo este asunto. Mi padre hubiera afirmado que estas personas y yo estábamos influenciados por el diablo. Pero sobre todo esto había algo dentro de mí que me detenía a hablar sobre los hechos. Algo así como mi subconsciente dictándome que no debería hablar sobre las personas que se estaban presentando en mi casa de esa manera tan inexplicable. Pobre Mamá, pensaba que todo este enredo había terminado hacía tiempo; dejé su corazón descansar. Sólo estuve unas horas en el Tamarindo cuando decidí ir en busca de Helena. No sabía por dónde empezar. Decidí que después de guardar el carrito de *hot-dogs* iría a casa a buscar el sobre con los papeles que ella me había dado. Quizá teniéndolos conmigo podría, no sé, que yo podía hacer como hace esa gente, los psíquicos. Tonterías más, pero no encontraba que más hacer. Quizá con los papeles de ella y dejándome llevar por el instinto, conduciendo mi auto sin rumbo, la encontraría. Para resumir, les diré

que pasé todo el día conduciendo a diferentes pueblos cercanos, dando vueltas por los barrios de éstos como un idiota.

De vez en cuando me colocaba el sobre que ella me había entregado sobre mi frente para ver si recibía alguna señal de donde encontrarla. Gasté un tanque de gasolina y nada. Cada mujer que veía en bicicleta me parecía que era ella. Incluso llegué a preguntar a diferentes personas sobre su paradero dándoles una descripción de Helena. Pensarían que buscaba, por la descripción a una marciana. Ya era muy tarde y me di por vencido. Estaba tan seguro que la iba a encontrar, pero no fue así. ¡Psíquico no soy!

Para mi sorpresa, cuando llegué a la casita encontré recargada en el portón la bicicleta, pero no había rastro de ella. La llamé por su nombre y nadie contestó. Pensé que quizás había saltado la verja y se encontraba en la parte de atrás de la casa. Abrí el portón y entré con su bicicleta; la puse en la marquesina. La bicicleta era tan rara y extraña como su dueña, niquelada, color cromo. Creo que le llaman *shwing* o algo así, lo que llamamos en Puerto Rico, una burra grande. En el manubrio tenía muchos colgajos, todos más o menos relacionados con los OVNI: muñequitos que parecían seres extraterrestres, el transbordador espacial, aviones militares y un globito pintado como el planeta Tierra. Todas esas cosas hacían una extraña combinación, y si uno lo pensaba bien, querían decir algo.

Pero lo más interesante era que en medio del manubrio había un modelo de la nave de la serie de televisión "Viaje a las estrellas", el "Enterprize". Pero de ella, ni su rastro. Busqué alrededor de la casa y no la encontré. Abrí la casa, y aunque sé que es absurdo, la busqué adentro también y, por supuesto, no estaba. Me senté en la escalera de atrás de la casa a esperar y pensar. De pronto escuché unas carcajadas. Provenían del árbol que se encuentra detrás de la casa y al frente de la escalerita donde me encontraba sentado. Esto me dio tremendo susto y aún más cuando algo cayó a mis pies. Al mirar el objeto, caí en la cuenta de que era una semilla. Miré hacia arriba y vi movimiento en el árbol.

Tenía que ser Helena. La llamé por su nombre y me contestó "estoy aquí arriba, sube Amaury". Intenté subir,

pero no podía. Con mucho esfuerzo, llegué hasta donde ella estaba, pero me detuve al verla de cerca. Me parecía que era otra, pero sí era ella. No se parecía en nada a la mujer del día anterior. Se lo pregunté: "¿Estás segura que eres la misma que me visitó ayer?", respondió "claro que sí, soy la misma por dentro", de un modo particular.

El diálogo prosiguió:

— Pero tú tenías el pelo muy largo, casi hasta la cintura, y ahora es rubio y corto.

— Eso no era mi pelo, era una peluca. A mí no me gusta tener la misma apariencia siempre.

— Ah, ya veo. Ayer eras la de los "Locos Adams" y hoy estás a lo Madonna.

Efectivamente, hasta su vestimenta era como la de la cantante estadounidense.

— ¿Leíste lo que había en el sobre, Amaury?

— Sí.

— ¿Qué piensas?

— Pues que ya era hora que aparecieras Helena. ¿Tú, por casualidad, conoces a una señora que se llama doña Matilde o a un policía que se llama Óscar?

— No.

— ¿Y a un matrimonio, Maribel y Raúl, tampoco los conoces?

— No conozco a ninguna de estas personas. ¿Por qué? ¿Debería conocerlos?

Le conté a Helena sobre ellos y ella me escuchaba igual que una niña, atenta y pensativa.

Enseguida me dijo que los quería conocer, que le diera sus direcciones o números de teléfono para hacer contacto con ellos. Le dije que sería mejor que luego todos nos reuniéramos aquí. Cansado e incómodo trepado en el árbol, le sugerí que bajáramos. Le ofrecí la hamaca, pero prefirió acostarse en el piso de cemento de la marquesina. Ya no la encontraba tan rara, y mientras más conversábamos, menos extraña me parecía. Sentía un inmenso cariño hacia ella, era como hablar con una hermana. Me contó que vivía con su tía. En su barrio todos la consideraban loca, también sus familiares. Se salió de la escuela porque sus maestras también la llamaban loca.

Helena ha visto cuanta película se ha hecho con el tema de los OVNI's y los seres extraterrestres. Le interesó siempre el tema desde pequeña. Asimismo, posee muchas revistas, pero su favorita es aquella donde aparece el artículo que habla sobre nuestra experiencia. Al leer esto, lo tomó con mucha naturalidad y se lo contó a sus familiares, pero ellos no le creyeron y le dijeron que estaba peor que nunca. La amenazaron con volver a ingresarla en una institución para enfermos mentales si seguía con la tontería de que ella también había estado en aquel lugar, con ese otro loco que aparecía en la portada de la revista.

Helena inclusive estuvo bajo tratamiento psiquiátrico por algún tiempo. Esto fue mucho antes de haber atravesado por la experiencia inicial, cuando era más joven. Las pastillas que le recetaban no se las tomaba, porque según ella la volvían loca. Para poder dejar el tratamiento, me cuenta que empezó a vestir como todos querían que ella vistiera y comenzó a actuar según lo que nuestra sociedad considera "normal"; según el Departamento de Salud Mental, Helena se había recuperado.

Al terminar el tratamiento, siguió su vida a su estilo único. Su madre había muerto cuando ella tenía 15 años. Murió a causa del alcohol. Precisamente en la noche en que los seres extraterrestres secuestraron a Helena, se encontraba visitando la tumba de su madre.

Le había llevado flores y decidió meditar allí un rato. Esto sucedió ya tarde, en la noche. Había saltado la verja del cementerio, igual que en otras ocasiones, especialmente cuando se acercaba el "día de las madres". Se quedó dormida sobre la fosa de su mamá. Cuando despertó ya era de día. No tenía recuerdos de nada raro, pero me dijo que se sentía diferente. Miró para todos lados buscando las florecitas que le había traído a su madre, pero no las encontró. Tomó otras flores del jardín de una casa cercana. Regresó al cementerio y las colocó en su lugar.

Ella solía comprar la revista especializada en el tema de los OVNI's. Ya había visto una grabación del programa de televisión "Ojeda sin Límite", donde aparecí. Sabía que me conocía de algún lugar cuando me vio en el programa, pero

no fue hasta después de leer el artículo en la revista que pudo traer a la memoria los eventos sucedidos mientras visitaba la tumba de su madre. Helena telefoneó a los dos números escritos en la revista; en ambos le contestaron que debía dar cualquier mensaje o información que tuviera para mí a ellos, los que contestaron la llamada. Con ellos no quiso conversar.

Desde ese día ella comenzó su búsqueda. Sabiendo que yo residía en el pueblo de Cabo Rojo, dedicó de lleno su tiempo a recorrerlo en su bicicleta. Ella tenía fe que podía encontrarme por su propia cuenta. Según ella, de esta manera fue a parar frente a mi casa. Cuando llegó la hora de despedirme el día en que Helena llegó hasta mí, me dieron ganas de decirle que no se fuera. Quería que se quedara conmigo. Sentía como que tenía la responsabilidad de cuidar de ella, al igual que un hermano mayor lo hace con su hermana menor. Quería protegerla de toda la crueldad que la rodeaba, protegerla de una gran parte de nuestra humanidad que se dedica a condenar a los demás. Sentía rabia por todas las injusticias cometidas en contra de ella, todas cometidas a nombre de la salud mental de nuestra sociedad.

Helena permaneció en casa hasta que comenzó a bajar el sol. Le pedí que pasara la noche en mi casa, pero dijo "quizás otro día". A esa hora regresó Helena a su mundo, uno lleno de hostilidad hacia ella sólo por ser diferente. Créanme cuando les digo que sé lo que se siente no ser aceptado por ser diferente a los demás. En la casa de su tía no tienen teléfono, pues me dio su dirección residencial y postal. Le expliqué cómo llegar al Tamarindo y le prometí enviarle una carta para dejarle saber cuándo nos reuniríamos con los demás. De esta manera lograríamos conocernos mejor todos.

Nuevamente sentí deseos de telefonar a doña Mercedes, Ana o a una de las muchachas para contarles sobre este gran acontecimiento. Mentiría si les dijera que sabía exactamente el porqué de no habérselo comunicado a una de ellas. Era algo ajeno a mí o, como ya había mencionado, quizá mi propio subconsciente. Ni siquiera hoy sé realmente por qué no lo hice a medida en que fueron llegando estos individuos hasta mí. Siempre acostumbraba decirles todo cuanto me sucedía, pero esta vez fue diferente. Me atrevo a especular

que de no tratarse de mi subconsciente, influencias de fuerzas externas intercedieron. Digo esto porque bajo estas circunstancias me hubiera comunicado de inmediato con doña Mercedes, Ana, Rosa (Midelka), Brenda y Doris. Las ganas de hablar sobre las personas que acababa de conocer eran inmensas, pero era como si algo me detuviera. Hubo ocasiones que descolgaba el teléfono con intención de llamarlas, pero colgaba de inmediato.

Aquel atardecer en que se despidió Helena, la pasé acostado en mi hamaca pensando y observando la puesta del sol. Meditaba en todo lo que había ocurrido en los últimos días, sobre la misteriosa aparición de estas cinco personas. Era totalmente imposible que me dieran detalles exactos de lo sucedido en aquel sitio donde nos escoltaron los seres ajenos a nuestra Tierra. Tampoco podía ser coincidencia. ¡Definitivamente estuvieron allí conmigo! ¿Y cuál sería el propósito de que estuvieran apareciendo todos de repente? ¿Qué había detrás de todo esto? ¿Aparecerán más de ellos? A todo esto le daba vueltas en mi cabeza.

Cerré los ojos para descansar y me quedé dormido. Los ladridos de mi perrita Kristina me despertaron. Todo se encontraba a oscuras, y al incorporarme me fijé que había una figurita, como de unos cuatro pies, parada afuera, frente al portón. Kristina le ladraba. Asustado, me levanté de la hamaca como un relámpago y me metí a la casita cerrando la puerta tras de mí. También cerré la puerta que daba hacia el patio y a las escaleras de atrás. Tuve pánico, comencé a respirar aceleradamente y escuché hablar a la criatura. Me llamó por mi nombre. Oí claramente que dijo dos veces "Amaury". Me senté en el sofá de la sala donde las ventanas daban al frente de la casa, desde donde me llamaba la pequeña figura. Miré el reloj y eran más de las 10. El restaurante de enfrente todavía estaba abierto a esa hora. Pensé que si salía corriendo por la puerta de atrás podría llegar hasta ahí y pedir ayuda. Como las luces de la casa estaban apagadas me atreví a asomarme por la ventana. Sin las luces encendidas pensé que la pequeña figura no podría verme de afuera para adentro. No vi nada al lado del portón; miré a todos lados. El corazón lo tenía en la garganta. De repente percibí movi-

miento en el estacionamiento del restaurante. Era la pequeña figura. Caminaba ligero e iba en dirección a la puerta de entrada. Desde mi ventana vi que entraba. Me preparé para escuchar gritos y ver gente salir corriendo del restaurante, ya que el estacionamiento lleno mostraba que habría varios clientes. Esperé unos segundos y no pasó nada. Empecé a imaginar un montón de cosas, entre ellas, que las criaturas pequeñas en el restaurante adormecían a las personas que se encontraban en él, para así poder hacer de las suyas conmigo y sin que hubiera testigos.

Miré bien por todas las ventanas para ver si se veían más figuras, pero nada. Sabía que tenía que salir de ahí. Abrí la puerta despacio, haciendo el menor ruido posible. Pensé en mi auto, pero el sonido al prender el motor llamaría la atención. Me iría corriendo hasta el poblado de Boquerón. Ni me molesté en abrir el portón, salí calladito saltando unos alambres de púas que dividían la finca del lado y de ahí a la carretera. No hice más que poner un pie en la carretera, cuando vi que abrían la puerta del restaurante; quedé congelado, no pude correr. De la puerta surgió una figura, uno de los empleados salió cargando una bolsa de basura. Me vio parado ahí, como una estatua, y me saludó: "Eh, Amaury, ¿cómo estás, mi pana"? Me descongelé y crucé la carretera. Suspirando le pregunté si todo andaba bien allá adentro. Me contestó que sí, que todo estaba bien y me preguntó: "¿Por qué hablas tan bajito?", le dije que por nada, que había pensado que había escuchado un ruido de adentro. "Todo está bien", me dijo, "entra un rato y te bebas un refresco", se me ocurrió decirle que andaba buscando a uno de mis gatos. Me despedí. El empleado regresó al restaurante y me quedé pensando. Fui hasta una de las ventanas de cristal del restaurante y me asomé asegurándome que nadie me viera. Desde ahí se podía escuchar la música española que emanaba del lugar. Adentro se encontraba la pequeña figura. Con la criatura se encontraba una mujer. ¿Su madre? La dichosa figurita de tres o cuatro pies de alto resultó ser un niño como de siete u ocho años. Pero, ¿qué hacía este niño frente a mi casa y cómo sabía mi nombre?

Pude observar al niño, con quien me imaginé era su mamá, comiendo en unas de las mesas pequeñas para dos

personas por unos segundos más. Crucé la carretera sintiéndome la persona más imbécil del mundo. Me eché agua fría en la cara y me senté en la hamaca a mirar y a esperar que salieran del restaurante. Como a la media hora salieron. Ambos miraron en mi dirección. Se montaron en un carro pequeño de color oscuro y se dirigieron hasta el portón de mi casa. El niño se quedó adentro del auto mientras su mamá se bajó y se acercó al portón diciendo: "Buenas noches. ¿Tú eres Amaury? Me gustaría hablar, si tienes unos minutos". Como venía con el nene y no se veía sospechosa ni peligrosa, abrí el portón e invité a pasar. Prosiguió: "Mi nombre es Nereida, y vengo a hablar sobre lo que narraste en la televisión y lo que escribiste en el artículo". Nos sentamos en la marquesina mientras el niño se entreteñía con Kristina. Nereida se encontraba sumamente nerviosa. Le dije que no debía estar nerviosa, que sabía más o menos a lo que venía y que no había sido la primera.

Me dijo que ella estuvo en aquel lugar con los otros y conmigo.

—Nereida, ¿qué podrías decirme que no hayas escuchado o leído, qué me probará que estuviste con nosotros?

Pensaba que nada. Enseguida empezó a correr mi mente y pensé que esta vez era diferente. Ante mí se encontraba otra persona curiosa e interesada en mi experiencia por razones personales. Ya estaba inventando una excusa para salir de la situación. No tenía deseos de contestar preguntas o entrar de nuevo en la narración del secuestro.

Nereida llamó al nene y le dijo que le buscara la cartera en el carro. Luego me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Mira sé que no me conoces y pensarás que estoy loca. No lo estoy, pero si no me ayudas, creo que entonces sí me volveré loca.

El niño regresó con la cartera de su mamá. Enseguida pensé en lo peor. "Pero, ¿qué va a sacar esta mujer de la cartera? ¿Un revólver?"

—Yo en verdad —me dijo— no me acuerdo de nada. Para mí que no me ha pasado nunca nada tan extraño como lo que tú cuentas que te sucedió junto con esas otras personas. Aquí tengo algo que te voy a enseñar, que no tiene expli-

cación alguna. Soy una mujer muy religiosa y no creo en extraterrestres ni en sus naves. Pero esto me tiene a punto de perder la razón. Mira esto y entonces me dirás qué es lo que pasa. •

Era una fotografía de un grupo de personas. No se veía bien, así es que encendí la bombilla de la marquesina. ¡No lo podía creer, esto ya era demasiado! En la foto aparecía este servidor. Pero eso no era todo. Además estaba doña Matilde, en bata, Óscar, Maribel y Raúl descalzos, con los cabellos revueltos, y Helena, pero con el cabello rojo. Entre otras personas que yo no conocía, se encontraba, además, Nereida con su vestimenta típica de mujer religiosa. En el centro de este retrato, vestido de negro y con una sonrisa en su rostro, se encontraba Amaron...

Detrás del grupo se veía parte de un inmenso objeto. Lo reconocí de inmediato: el OVNI de mis fotos. Parecía como una casa enorme detrás de nosotros.

—¿Dónde conseguiste esta foto?

—No sé, apareció hace unos años en mi cartera y siempre la he llevado conmigo, cargo con ella a donde quiera que vaya. Por favor, Amaury, explícame lo que quiere decir todo esto. Te lo suplico.

Traté de explicarle a Nereida lo mejor que pude. Pero ella me decía que todo eso no podía ser, que era demasiado increíble. Le dije que yo también pensaba que era increíble, pero que tuve que aceptar esa realidad aun contra mi voluntad.

Comenzó a llorar y a decir que esto era cosa del demonio, que no podía ser. El nene se asustó al verla llorar y empezó a llorar también. La traté de consolar pero no entraba en razón. De las 16 personas en la fotografía, sólo pude reconocer a algunos, incluyendo a Amaron, y por supuesto a mí mismo. Había alguien que aunque no sabía su nombre ni lo conocía personalmente, pero me era familiar. Éste era el muchacho que estuvo sentado a mi derecha en el salón de los hologramas. Me acuerdo haber pensado que se parecía a mi hermano cuando tenía unos 15 años de edad.

Logré calmar un poco a Nereida. Pudo explicarme cómo fue que vivió nuestra experiencia. Ella y su esposo

pertenecen a una denominación religiosa, la cual no mencionaré. Tiene un hijo de siete años de edad, al cual llamaremos "Luisito". Su casita humilde se encuentra retirada de todos sus vecinos. Esta mujer sin maquillaje, de vestimentas largas, no tiene muchas amistades fuera del círculo de su iglesia. Además de sus familiares, la única persona fuera de sus hermanos de la fe con quien ella mantenía amistad era una señora que le cuidaba a Luisito mientras ella trabajaba de empleada doméstica en una casa de personas adineradas. Esta señora que le cuida al niño, fue el enlace que la trajo hasta mí.

Me cuenta que la foto apareció en su cartera hace tres o cuatro años. Se encontraba buscando una receta de su esposo y en uno de los bolsillos de la cartera encontró la fotografía. La miró y se reconoció entre el grupo de personas fotografiadas. No se podía explicar cómo era que ella aparecía entre estos extraños. Ella ni siquiera tiene una cámara propia. Nunca se la enseñó a su esposo ni a nadie. Esta foto la torturaba a todas horas, hasta el punto de pensar que quizá sufría de alguna clase de amnesia. Un día llegó a la casa de la señora que cuida a su hijo. Mientras recogía las cosas de Luisito, se fijó en una revista que estaba sobre la cama de su amiga. Tomó la revista en sus manos y reconoció el rostro en la portada. Era una de las personas que estaban en la fotografía. El encabezado decía algo sobre un "Secuestro por extraterrestres". Su mente se confundió más aún. La niñera se sorprendió cuando le pidió la revista prestada. Sabía que debería enseñársela a su esposo, pero temía lo que pudiera suceder. Él no entendería y adjudicaría el fenómeno al mismo satanás y seguro la creería loca por dejarse poseer por el demonio. Su conciencia le dictaba que la fotografía era de origen diabólico. Muchas veces pensó en quemarla, destruirla, pero se detenía; ella quería una respuesta lógica al misterio de la foto.

Esa noche, estando en la iglesia con su esposo e hijo, no podía dejar de pensar en el retrato y la revista. No prestaba atención a lo que discutían en la iglesia. Aun no había tenido tiempo de leerla, quería esperar a estar a solas. Decidió que cuando su esposo e hijo estuvieran dormidos la leería.

Cuando su familia dormía ella se levantó con mucho cuidado de su cama. No quería despertar a su cónyuge. Tomó su cartera y en la oscuridad de su hogar llegó hasta el baño. Se encerró y encendió la luz. Sintióse como si hojeara una revista pornográfica, la extrajo de su cartera; igual hizo con el enigmático retrato. Encontró en la foto a quien buscaba. Era la persona que se encontraba situada entre el joven adolescente en pantalones cortos, sin zapatos y el hombre sonriendo vestido de negro.

Sí, definitivamente este individuo era el mismo de la portada. Con manos temblorosas comenzó a leer el artículo. No podía creer lo que leía. Todo era opuesto a lo que ella conocía sobre la realidad de las cosas. No podía ser, se repetía. Pensaba que si ella hubiera estado ahí en ese lugar lo hubiera recordado. Pero ¿y la foto?, "yo estoy en esa foto", se decía a sí misma. "El hombre a quien describen en el artículo también está en la foto y vestido de igual manera, de vestimenta color negro", concluía.

Terminó de leer el artículo con lágrimas en los ojos. Cayó de rodillas y empezó a rezar. Tenía deseos de gritar y gritar, como si en verdad hubiera perdido la cordura, pero se controló. No quería despertar a su esposo ni a Luisito. Después de mirar de nuevo la portada de la revista y la foto unos segundos más, los guardó en su cartera y se fue a la cama, junto a su esposo. Esa noche no durmió pidiéndole a Dios entendimiento y fuerzas para enfrentar tan extraña situación. Amaneció y aún no había logrado conciliar el sueño. No fue a trabajar y se pasó el día en cama. No pudiendo más, le confió su dilema a su niñera. Ésta le aconsejó que llamara a los números telefónicos que aparecían en la revista.

Desde la casa de su niñera llamó al número telefónico de Cabo Rojo. La persona que contestó le informó que el señor Amaury era inaccesible, que no deseaba hablar con nadie, que lo que le tuvieran que decir, se lo dijeran a él (él significaba la persona que contestó el teléfono). No se atrevió a decirle nada y colgó. La niñera le dijo que no se preocupara, que ella iba averiguar cómo comunicarse con el tipo de la portada. La niñera fue hasta Cabo Rojo e hizo averiguaciones con sus amistades y familiares de ahí. Todo indicaba que

encontraría a esa persona en un negocio de *hot dogs* llamado "El Tamarindo". Cuando encontró el lugar, ahí estaba yo, pero sucede que cuando la niñera preguntó si yo era la persona en la portada de la revista, la de los OVNIs, le dije cortésmente que no, que estaba equivocada. ¡Claro que es!, pensó la niñera. Y le informó a Nereida. Ella fue con Luisito al Tamarindo y no encontró a nadie ahí vendiendo de comer.

Nereida les preguntó a unos niños por la persona que vendía *hot dogs*. Ellos dijeron: "Ah, el de los *hot dogs* se fue temprano hoy". Ellos le dijeron dónde hallarme: llegó hasta la casita pero no encontró a nadie. Volvió mas tarde y me vio durmiendo en la hamaca. No quiso despertarme. Decidió acudir al restaurante de en frente a esperar que despertara.

Nereida y Luisito por fin se tranquilizaron. Le conté brevemente sobre los demás. Que esa misma tarde no me había encontrado en el Tamarindo porque andaba tras de Helena. Le mostré con su propia fotografía quién era Helena y los demás. Me dijo que se tenía que ir. Nos despedimos, pero no antes de que me diera el número de teléfono de su niñera. La podía llamar a este teléfono para que le avisara sobre cuándo nos íbamos a reunir todos. La fotografía me la regaló. Así es como pude reconocer, antes de que él se identificara, a la persona número siete, don Toño.

Don Toño llegó a mí al otro día por la mañana. Era un señor mayor, gordito y de carácter alegre. Tiene la tendencia de hablar fuerte, como si uno fuera sordo. Ya me he acostumbrado a su tono de voz. Me despertó esa mañana llamándome por mi nombre con esa boca de trueno. Cuando salí a ver quién era, enseguida que lo vi, lo reconocí como una de las personas de la fotografía de Nereida. Me dijo: "Mira, muchachito, tú no tienes idea de quién soy yo". Este señor, enseguida me cayó bien; es tan jovial. Imagínense, yo que siempre me levanto con un humor poco deseable. Pero al hablar con don Toño, en unos minutos mi humor cambió. Él me decía: "Despierta, muchacho, que te estoy hablando". Don Toño es de mi pueblo, Cabo Rojo. Me dijo que había ido al Tamarindo antes de todo este enredo, que cuando pasaba por el negocio en su auto siempre se sentía raro. Me explicó que siempre tuvo la sensación de que me conocía.

Como creía en la reencarnación, pensaba que me conocía de otra vida. Me contó que esa mañana iba hacia Guaniquilla (un barrio de Cabo Rojo), vio mi auto estacionado al frente de la casa y le dio con pararse. Cuenta que siempre tenía ganas de hablar conmigo sobre los OVNIS, pero nunca se atrevió porque en el artículo de la revista decía que yo no quería que los curiosos me molestaran. Pero que sin saber el porqué y sin saber de dónde sacó la fuerza de cara para detenerse frente a mi casa tan temprano y llamarme, se detuvo. Le dije que esperara ahí, en lo que buscaba la llave para abrir el portón; él me dijo que no me apurara, que sólo iba a estar unos minutos para satisfacer su curiosidad, y eso, si a mí no me molestaba.

Le indiqué que no había problema:

—Cuéntame, ¿ese aparato, ese platillo volador, era bien grande?

Sonreí y le respondí:

—¿Es que acaso usted no recuerda?

—Sí, me acuerdo, vi los retratos por la televisión y en la revista.

Esto me extrañó y le dije:

—No, lo que le quiero decir, don Toño, es si usted no recuerda el tamaño del objeto cuando lo vio, en persona.

—¿Cómo que en persona! ¿Tú estás loco?

—Don Toño, pero cómo me dice loco si usted mejor que nadie sabe de lo que le estoy hablando.

—Hijo, ¿cómo tú me preguntas si no me acuerdo del tamaño del platillo cuando lo vi en persona?

—¿Acaso es que no se acuerda, don Toño?

—Mira, Amaury, soy bastante mayor que tú para que me trates de pendejo. Considero eso una falta de respeto. Si tú no querías hablar del tema, me lo hubieras dicho, me subía a mi carro y no te molestaba.

Le dije que no me estaba entendiendo. Le expliqué que pensé que él se acordaba de la experiencia y por eso había venido hasta mí.

—Ya esto es una falta de respeto —me dijo—, por eso mismo será que el señor B habla pestes de ti.

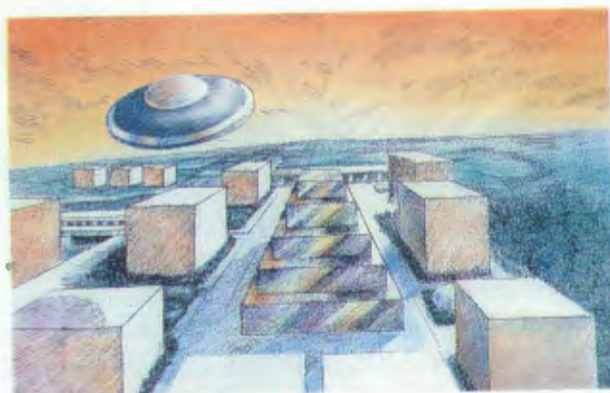


Oemore, la criatura extraterrestre.

La gente de Kaa.



Centro de gobierno del planeta madre Kaa.



La piedra.



La isla-ciudad gubernamental Atlantis.



La noche del encuentro.
Barrio La Bajura, Cabo
Rojo, Puerto Rico, 1988.

Andy, el pescador.

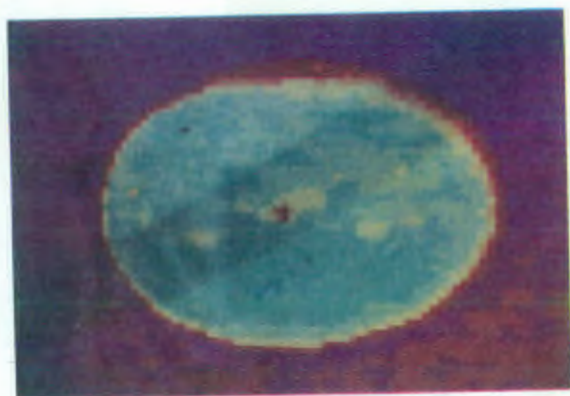




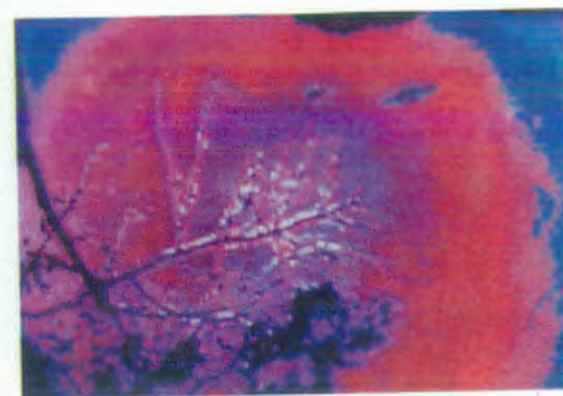
Secuencia donde se ve el avión de la Fuerza Aérea de Estados Unidos y el OVNI.



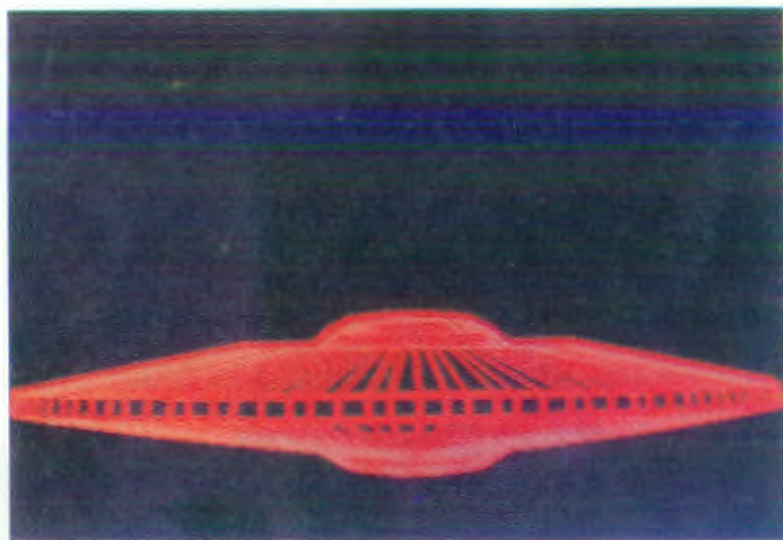
Análisis de computadora.



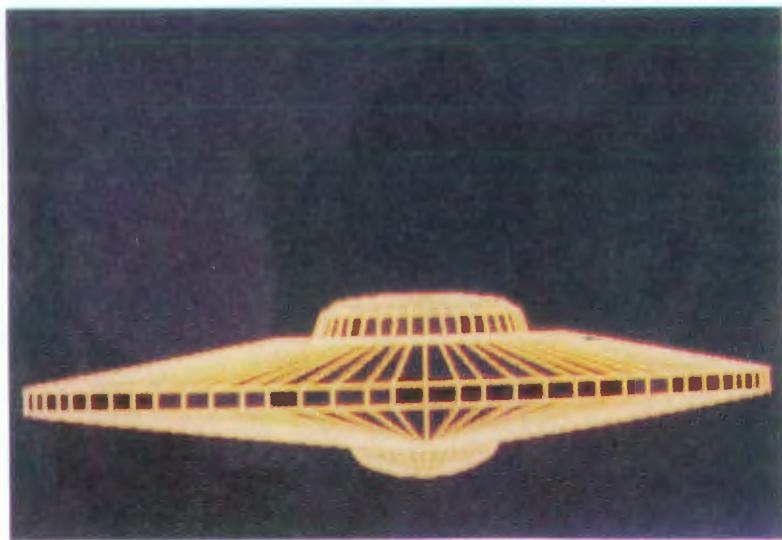
La técnica de *computer enhancement* muestra que no existen cables, hilos ni cordones.



Secuencia fotográfica utilizando la misma técnica de *computer enhancement*.



La computadora reconstruyó el OVNI.



Ya iba a entrar a su auto cuando le grité: mire, a mí me importa un carajo lo que tenga que decir el señor B, pero quiero enseñarle algo antes de que se vaya.

Se quedó junto a su auto con la puerta abierta, y cuando vi que no hizo el intento de irse, busqué la foto y se la mostré.

—Tenga, mire esto y dígame qué piensa.

Tomó la fotografía en sus manos. Al mirarla por unos segundos, le empezaron a temblar los labios, como si estuviera a punto de llorar. Casi se cae de rodillas; dejó caer la foto. Lo ayudé a sentarse en su auto. Pensé que le iba a dar un infarto. Comenzó a respirar muy agitado. Recogí la foto del suelo y traté de calmar a don Toño diciéndole que se relajara y no se apurara. De momento cerró su puerta y hechó su auto a correr. Salió, como decimos acá en Puerto Rico, chillando gomaz. Me dejó con la foto en la mano entre el polvo que levantaron sus llantas. Fue extraño todo esto. ¿Acaso el pobre viejo no se acordaba? ¿A dónde iría ahora? Confiaba en que se recuperaría de su *shock* y volvería luego para conversar. No fue así, lo esperé durante todo el día en el Tamarindo y no vino.

Al día siguiente, el octavo día, desde que conocí a doña Matilde, no apareció ninguna otra de las personas de la foto de Nereida. Ese día decidí que después de mi labor iría en busca de don Toño. Sabría Dios lo que le habría pasado. No lo encontré en ningún lugar de Cabo Rojo. Pasaron los días y con éstos la esperanza de conocer a la octava persona que estuvo junto a mí en el salón de las proyecciones. No vino nadie a verme, aunque estaba seguro de que alguien vendría. Así pasaron unos cuantos días. Después de llegar del trabajo me quedaba en casa esperando como un tonto. ¿Cuántos días transcurrieron después del incidente con don Toño?, no les podría decir exactamente, pero decidí que ya era hora de reunirnos.

Tenía números telefónicos y direcciones de cinco de los siete. ¿Cómo podría comunicarme con don Toño? Esa noche le escribí una carta a Helena. Le decía que me gustaría verla y además que se presentara en casa en tal fecha para que conociera a los demás, poder conversar todos y conocer-

nos mejor. Esta carta se la enviaría al día siguiente, esa misma tarde llamaría por teléfono al resto y les informaría el día y la hora en que nos encontraríamos en mi casa. No sucedió de esta manera. Cuando me disponía a ir hasta la casa de mi abuela para usar el teléfono, se presentaron Raúl y Maribel en la casita. Fue una gran sorpresa. Les informé de mis intenciones. Ellos dijeron que les había dado por visitarme, como por impulso. Nos sentamos a conversar.

Me preguntaron sobre doña Matilde y Óscar, que si había hablado con ellos de nuevo. Les dije que no, pero que precisamente iba para la casa de mi abuela a llamarlos cuando ellos llegaron.

—Les tengo una sorpresa, o mejor dicho, varias sorpresas. Primero, al día siguiente que aparecieron ustedes, vino una mujer como de unos 30 años de edad. Ella es diferente, su nombre es Helena.

Ambos quedaron fascinados con la historia de Helena y estaban deseosos por conocerla. Les dije que tenía que ser en el día que le había indicado en la carta que le enviaría.

—Ahora prepárense para la mayor sorpresa.

—Me levanté de la silla de la marquesina y los dejé como a dos niños en la Navidad esperando sus regalos. Regresé con la foto en mano. Sin decirles nada, les entregué la foto. Sus bocas se abrieron a la par y sus ojos se tornaron como bolas de billar. No podían creerlo. Lo único que me dijo Maribel fue: "Pero que fea quedé, espero que no vayas a permitir que se publique esta fotografía en la revista".

Con esto, Raúl se enfadó diciéndole a su esposa que por qué tenía que ser tan vanidosa. Ella aclaró que sólo bromeaba.

—¿De dónde sacaste esta foto, Amaury? ¿Por qué no la mostraste la primera vez que vinimos?

Nereida, les contó sobre ella. Ambos se quedaron tan atónitos como yo lo había estado al observar la foto por primera vez. Al terminar mi relato sobre Nereida y su foto, les dije además que esa foto no sería publicada jamás. Esa foto era nuestra, de todos los que estuvimos allí, era nuestra confirmación privada y se utilizaría para poder identificar a las restantes personas secuestradas aquella misma noche.

Procedí a enseñarles a un señor gordito en la foto. Este señor, les dije, estuvo aquí. Después de contarles sobre don Toño se quedaron pensativos. Sabía en lo que pensaban. ¿Cómo podríamos encontrar a don Toño? La fotografía la guardé en mi escondite dentro de la casa.

Había oscurecido y nos dispusimos a llamar a los demás. Nos encontrábamos sentados en la marquesina cuando nos llamó la atención un ruido proveniente de la parte de atrás de la casa.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Maribel, asustada.

—No sé, quizás uno de mis gatos.

De nuevo otro ruido. Esta vez nos pusimos todos de pie. Imaginamos algo o alguien cayendo al suelo pesadamente. Ninguno de los tres se movió. Nuestra vista permaneció fija en la parte posterior del patio donde termina la marquesina. De repente apareció una figura extraña. Parecía tener cabeza de león y cuerpo de ser humano. La figura caminó hacia nosotros. Maribel gritó, y aunque yo también quería hacerlo no pude. Al fin la figura se despojó de la oscuridad que la envolvía y pudimos verla. Era Helena. Cuando la vi pude respirar de nuevo. Raúl y Maribel, como aún no la conocían, seguían paralizados y aterrorizados. Helena se mantuvo en silencio como todo un espectro.

—Esta es Helena, la chica de la bicicleta de quien les hablé hace un rato.

Helena llegó hasta mí y me dio un abrazo. Maribel y Raúl aún no se recuperaban del *shock*. Al terminar nuestro abrazo, Helena se dio vuelta hasta quedar frente a ellos. Se miraban como estudiándose. De repente, Raúl y Maribel comenzaron a reírse, lo mismo sucedió con Helena. Los tres se abrazaron con gozo y alegría. Esto me dio mucho sentimiento, pero en vez de llorar comencé a reírme como un loco. No podía contenerme. Parecía que los cuatro hubiéramos perdido la razón.

—¡Tremendo susto que nos diste, Helena! ¿Qué clase de cabello es ése?, pareces una leona salvaje.

—Esto es una peluca —dijo ella, y se arrancó la peluca mostrándonos su cabello corto, pero esta vez no era rubio sino rojo. La chica "Madona" había desaparecido. Creo que

por primera vez, vi a Helena. La Helena original, la Helena de la foto de Nereida. Después, se sentaron los tres, ahí afuera, en la marquesina. Me excusé y entré a la casa a preparar limonada. Maribel me llamó y dijo que trajera la foto para mostrársela a Helena. Ésta se quedó como si nada al verse en la foto, lo único que dijo fue: "Mi familia".

Esta frase me tocó el corazón. Para Helena, nosotros somos su familia. Somos los que la aceptamos tal como ella es. Para mí y los demás ella no está loca. Ella es simplemente diferente. Bebíamos jugo de limón y conversábamos cuando llegó doña Matilde. Esta vez vino sola, sin su hija. ¿Sería verdad lo que había comentado Helena, al llegar, sobre haber escuchado mi llamado...? Doña Matilde se encontraba bastante nerviosa. Le presenté a todos los presentes. Lo verdaderamente extraño era que nadie se saludaba estrechando la mano, más bien todo era besos y abrazos. Todo esta ocurriendo repentinamente. Yo no estaba preparado para recibir visita. Además de refrescos, jugo de limón y *hot dogs*, no había nada de cenar. Tenía intenciones de preparar una gran cena el día en que nos reuniéramos. Estaban conformes. Cuando doña Matilde observó la fotografía, por poco se va de espaldas. Tuvo que sentarse. Hizo las preguntas que nos habíamos hecho todos: ¿cuándo posamos para esta foto?, ¿quiénes son los demás? Les señalé a Óscar, Nereida y don Toño. Nadie, pero nadie, hizo mención del individuo en el centro mismo de la fotografía.

Todo el mundo evitaba mencionar a Amaron. ¿Sería por miedo?, no sé, y varias veces me vi a punto de hacerlo, pero me detuve. Mientras le contaba a doña Matilde sobre Nereida y la foto llegó otro auto. Era Óscar, y unos minutos más tarde llegó Nereida. Parecía como si tuviera una fiesta en casa. Todo el mundo se pasaba la foto uno al otro. Todos comentaban y se preguntaban entre sí si conocían a alguien más en la foto. Todavía no se hacía mención de Amaron. Sé que todos pensaban en esta enigmática persona, pero nadie hablaba de él. Uno a uno, cada cual contó su experiencia del secuestro.

Mientras uno hablaba, el resto escuchaba casi sin parpadear. Nos extraño que Nereida no hubiera podido recor-

dar nada. Intentamos por todos los medios estimular su memoria, pero decidimos que sería mejor no apresurarla. Todo a su debido tiempo. Cuando todos terminaron les hice una pregunta.

—Bueno, ¿cómo fue que a todos se les ocurrió venir hasta mi casa al mismo tiempo? —se miraron unos a otros y se quedaron callados—, usted doña Matilde, ¿qué le dio por llegar hasta acá?

—No sé —me dijo.— Me pasé el día pensando en ti y me extrañaba que no te hubieras comunicado conmigo y decidí venir.

—¿Y tú, Óscar?

—Pues, más o menos por la misma razón.

Igual, más o menos, contestaron el resto. La única que respondió con algo de misticismo fue Helena. Según ella, había escuchado mi llamado. Hubo un silencio entre nosotros. Óscar interrumpió el silencio preguntando por don Toño. Le dije que lo más probable era que llegara pronto. Les hice otra pregunta.

—¿Qué piensan ustedes de Amaron? —silencio de nuevo—, y qué, ¿no va a hablar nadie? ¿Es que acaso nadie tiene alguna opinión sobre él?

—Él es bueno —dijo Helena—. ¿Y qué más? Está bien, si no quieren hablar sobre él, ¿qué me dicen sobre las imágenes que él nos mostró?

—Que no eran reales, aunque parecían serlo —dijo Raúl.

En esto estábamos todos de acuerdo. Conversamos un rato sobre las diferentes proyecciones, cada cual exponiendo su propio punto de vista. En algo, definitivamente, coincidimos: las proyecciones parecían tan reales que las imágenes podían tocarse.

Luego les planteé la siguiente pregunta, una pregunta que a veces me atormentaba a mí. El salón de las proyecciones, ¿dónde se encontraba? ¿En la nave de mis fotografías o en algún otro lugar? ¿Debajo de la tierra, quizás? ¿Debajo del mar? Ninguno de nosotros sabíamos la respuesta a esta pregunta. Todos teníamos teorías pero nada concluyente.

Don Toño aún no había aparecido. Me preocupaba su salud. Se vio tan frágil y asustado cuando lo vi la última vez y así se lo expresé a los demás. "¿Por qué nos escogerían?" Preguntó Nereida. Nadie sabía la contestación de esto. Yo les sugerí que quizá nos escogieron al azar, sin tomar ninguna clase de consideración.

A esta pregunta, de que si fuimos escogidos o no, no le pudimos encontrar alguna respuesta que nos dejara conformes. Si fuimos escogidos, ¿por qué somos todos tan diferentes? ¿Cuál sería entonces el criterio de estas personas de otro mundo para escogernos? Si dijéramos que todos los presentes fuéramos rubios, de ojos azules, entonces podríamos decir que escogían a las personas de la Tierra por esas características. Pero físicamente éramos muy diferentes. Llegamos a la conclusión de que si fuimos escogidos, tenía que ser por una característica que teníamos en común. Quizás en un plano espiritual o emocional. Ninguno lo sabía con certeza. Habían aún muchos misterios para nosotros. Sólo sabíamos que nos había ocurrido algo fuera de los marcos de la realidad a la cual estábamos acostumbrados. Ya no visualizamos nuestro futuro ni rutina como lo hacíamos antes de la experiencia. No podemos ver las diferentes religiones o filosofías de manera mundana como lo hacíamos antes. Nuestras mentes quedaron abiertas a toda posibilidad. Ya nada nos suena increíble. El pensar en la colonización de Marte, o una base lunar hecha por los hombres de nuestro planeta nos parecía cuestión de tiempo. Para nosotros, todo lo que el hombre es capaz de imaginarse lo puede hacer. Ya no nos preguntamos ¿podrá la ciencia en el mañana...? ¡Sí, puede! Nos han quitado un corcho del cerebro. El corcho de una botella de vino cósmica, donde todas las posibilidades existen. Ya no somos quienes éramos antes. Volvimos a nacer.

Aunque no sabíamos si habíamos sido escogidos, sí sabíamos el supuesto propósito. Cada individuo tenía su cargo, su trabajo. Pero, ¿qué pasaría si rehusábamos estos cargos o trabajos? No eran asignaciones negativas. Ayudar a nuestro planeta nunca es negativo. Pero han sido muchas las veces que yo he querido renunciar a todo esto. He sentido el deseo

de poseer mi antigua ignorancia. En ese instante añoré los días en que vivía en mi mundo encerrado en la realidad cómoda a la cual me había acostumbrado. Pero creo que ya es muy tarde para eso. No es fácil. No puedo cerrar los ojos. Igual, si supiera que una casa se incendiaría me vería obligado, por mi forma de ser, de sacar cuanto antes a las personas que vivieran en ella y luego del incendio ayudar a construir esa casa de nuevo. Lo ideal sería evitar el incendio, pero los residentes no escucharían. No está en mis manos.

Don Toño no apareció esa noche como pensábamos. Se hizo tarde y decidimos reunirnos otra vez, para la fecha que habíamos escogido originalmente. Con pena, nos despedimos. Helena fue por su bicicleta, la cual había dejado en la finca adyacente. No me acuerdo bien quién, pero alguno la llevó hasta su casa con todo y bicicleta. Cuando todos se fueron, me sentí muy triste y solo. Me senté un rato en la hamaca a pensar. Me dio sueño, y cuando me levantaba para retirarme a dormir observé las sillas en la marquesina. Me dio por contarlas. Sin contar la hamaca, habían ocho sillas, incluyendo la reclinable de playa. ¿Estarían las sillas contadas? La silla número ocho, ¿para quién sería? Esa noche dormí tranquilo. Por lo menos parte de la noche, hasta que Kristina, mi perra, me despertó con sus ladridos entrando cerca de la madrugada.

Me senté en la cama y miré el reloj. Marcaba las 2:30 a.m., pero afuera había claridad. ¿Era de día? El reloj marcaba esa hora. Quizá se había descompuesto. Desde mi cama podía ver luz a través de la ventana de mi cuarto, que daba hacia la parte de atrás de la casa. Ya había amanecido. Encendí el radio-reloj y me levanté a ver qué le sucedía a mi mascota, que seguía ladrando. Cuando abrí la puerta de mi cuarto quedé paralizado. En este lado de la casa todas las ventanas demostraban la oscuridad de la noche. Fui corriendo hacia la sala, tropecé y me golpeé la cadera del lado izquierdo. Maldije el dolor y proseguí hacia la sala.

Era como si estuviera en un sueño. A través de las ventanas que daban hacia la calle pude observar el restaurante cerrado y todo el cielo nocturno. El alumbrado de la carretera estaba encendido y aún no había amanecido. Pero,

¿qué es esto? ¿Qué es lo que pasa aquí? Kristina seguía ladrando, corriendo alrededor de la casita. Primero la sentía ladrando a mi derecha, luego a mi izquierda. El pánico estaba a punto de brotar en mi ser. Tenía deseos de callar a la perra, pero no encontraba cómo hacerlo. Me quedé parado en la cocina. No me atreví a regresar al cuarto de dormir. Como había dejado la puerta de mi dormitorio abierta, se veía el cuarto iluminado.

Parecía como si la luz avanzara a la cocina. "¿Estaré soñando? —me preguntaba—. No lo creo." El radio seguía encendido y la música aumentaba mi pánico. Aún sentía un leve dolor en la cadera. Todo era demasiado real para ser un sueño. La maldita perra seguía con su alboroto. La cabeza me daba vueltas. Quería más que nada que esta situación fuera un sueño, pero en mi interior no lo reconocía como tal. Se me ocurrieron varias teorías en cuestión de segundos.

Quizás el dueño de las vacas y toros de la finca que colinda con el patio de atrás de mi casa estaba afuera. Quizás algún cuatrero le intentó robar uno de sus animales y él anda investigando con una linterna. Pero, ¿un *flashlight* tan potente? ¿Fuego?, no olía a quemado, no había humo y además la claridad era uniforme. Veía además por la rendija de abajo de la puerta, que daba hacia la escalera de atrás, que se filtraba luz. Qué dilema. Quería salir corriendo de la casa, pero no llevaba puesta ropa alguna y no me atrevía a ir hasta el dormitorio donde estaba mi ropa. Les juro que si hubiera tenido por lo menos ropa interior, hubiera salido de la casa de esa manera. Por desgracia acostumbro a dormir desnudo y así no me atrevía a salir corriendo. Hice un esfuerzo por moverme y lo logré. Lo que se me ocurrió fue cerrar todas las ventanas de la cocina y de la sala.

No me acerqué al dormitorio. Kristina seguía ladrando y les puedo asegurar que si la hubiera tenido en mis manos en esos momentos la hubiera hecho callar por un buen tiempo. Su letanía me tenía más nervioso de la cuenta. Después de cerrar las ventanas lo más pronto que pude, me acosté en el mueble de la sala, me sentí más desnudo que nunca, ya que no tenía con qué arroparme. Me sentía como un animal atrapado, acorralado. El miedo me desbordó. No tenía telé-

fono en la casita. Pensaba que en cualquier momento lo que estaba afuera iba a penetrar a la casa y agarrarme. Aquí, sin vecinos, nadie me escucharía. Pensé que "ellos" estaban allá afuera.

No los podía ver pero sabía que estaban ahí. En mi mente me imaginaba a los seres de cabezas enormes y ojos saltones dándole vueltas a la casa como buscando la manera de entrar. A veces pensaba que escuchaba el ruido de alguien intentando abrir una de las dos puertas. Lloré en la oscuridad del interior de mi casita. Pero este llanto era en silencio. No quería que me oyeran. Quizá pensarían que yo no estaba y se irían. A esos cabezones les tenía como un asco o repugnancia. Nadie entró en la casa y nunca supe cuándo se apagó la luz.

Desperté en la sala, desorientado. "Qué pesadilla la de anoche." De momento me detuve en mis pensamientos. ¿Pesadilla? De ser así, ¿qué hago en la sala y por qué todas las ventanas de la sala están cerradas? Abrí las ventanas de la sala; ya era de día. El restaurante de enfrente se encontraba abierto. ¿Qué hora será? El reloj de la cocina marcaba las 11:30 a.m.

Entré al baño sin mirar dentro de mi dormitorio. La ventana pequeña del baño, al igual que la de mi dormitorio, daban hacia la parte de atrás de la casa. Desde ahí pude observar el patio trasero. Todo se veía normal, todo en su sitio. Con la luz del día todo me parecía casi como una tontería. Esa luz tenía que ser provocada por el señor de los animales, investigando a su ganado.

Me sentí avergonzado de mi comportamiento tan cobarde. Apagué el radio y me preparé para el trabajo. Ese día llegué al Tamarindo casi a la una de la tarde. Tardé en llegar por pasar el tiempo inspeccionando el patio de casa. No encontré nada raro. No había huellas ni ninguna clase de evidencia de que hubiera sucedido algo raro la noche anterior. Si sólo Kristina pudiera hablar. La inspeccioné a ella también. La perrita se veía igual que siempre. En el Tamarindo no había novedad. Los clientes seguían con temor a detenerse. Sólo algunos leales se detenían a almorzar.

Se acercaba el día de pagar el alquiler a la dueña de la casa y no tenía el dinero. Igualmente el pago de un préstamo

del banco. Tendría que abandonar la casita y mudarme a casa de Mamá de nuevo. Ese día, cuando comencé a guardar las cosas del negocio, se detuvo un auto. Era don Toño?; no se bajó del carro. Me miraba a través del cristal delantero pero no hizo ningún gesto para bajar. Me acerqué a él y lo saludé lo más cordialmente posible. No me contestó y esto me hizo sentir incómodo.

De repente me preguntó:

—¿De dónde sacaste la foto?

Le informé que me la había dado una señora llamada Nereida.

—Ella también se encuentra fotografiada con el grupo —don Toño me explicó que por fin pudo recordar parte de la experiencia, pero que aún le costaba mucho trabajo creerlo. Le conté que habían aparecido a mi casa, la noche anterior, seis de las personas que se encontraban en la foto y que lo esperábamos a él también, pero que no apareció. Enseguida me preguntó:

—Y a él, a Amaron, ¿no lo has visto otra vez?

Su nombre. Don Toño se acordaba de su nombre.

—No lo he visto —le contesté—. Don Toño, en tres días pensamos reunirnos de nuevo, los de la fotografía. ¿Por qué no viene usted también?

—Deja ver si me animo —me respondió. Se despidió y tomó su camino sin decir nada más.

Llegó el día de la reunión y me encontraba desesperado porque fueran las 9:00 p.m. Antes, pasé un rato por casa de Mamá. Tenía ganas de contarle lo que sucedía, pero opté por no decirle nada. Se veía tan tranquila y relajada que no quise alterarla. Me vi a punto de telefonar a mis amigos y contarles sobre la foto de Nereida y los demás. Además, quería comunicarles sobre el incidente de la extraña luz en mi patio. Decidí llamar a doña Mercedes. Me contestó una de sus hijas y me dijo que Mercedes Laracuente no se encontraba. Quizás era mejor de esa forma. Yo había dado mi palabra de que no le diría a nadie sobre su existencia. Me despedí de Mamá, salí rumbo a la casita y, para mi sorpresa, afuera se encontraban sus autos estacionados. A la única que no vi fue a Helena, ni su bicicleta.

Tenía idea dónde podía encontrarla. Tampoco observé a don Toño. Le pasé la llave del portón a Óscar y abrió el candado. Dejamos los autos afuera y entramos. Después de saludarnos con besos y abrazos, me excusé y me dirigí hacia el árbol del mango detrás de la casa. Estaba trepada allí arriba, le dije que habían llegado los demás. Bajó y después de saludarme le pregunté que si por casualidad ella había regresado tarde en la noche la última vez que estuvo de visita. Me contestó que no y por supuesto le creí. Todavía estaba por preguntarle más o menos lo mismo al dueño del ganado de la finca de atrás del patio de casa.

Nos unimos a los demás y resultó que todos habían traído regalos. Los regalos consistían en verduras y vegetales. Me pareció extraño pero los acepté sin comentar que en verdad no soy amante de los vegetales. Raúl y Maribel me trajeron plátanos. Doña Matilde unas batatas dulces de la finca de un pariente de ella. Nereida trajo con ella pimientos de su propio huerto casero. Óscar me entregó una fundita con unos gandules, que su esposa me había enviado. Helena se sintió mal porque no había traído nada. Le aseguré que no era necesario, pero aun así puso cara larga.

Tomó su bicicleta y se excusó, dijo que regresaría pronto. Cuando volvió, trajo consigo un ramo de flores de diferentes variedades. Le pregunté que de dónde las había conseguido y me dijo que fue de casa en casa a pedir una que otra flor. Nos aclaró que no se las había robado de ningún jardín, sino que las pidió. Esto también se lo creí.

Trajo rosas rojas, amarillas y otras variedades de diferentes flores. Mientras los demás conversaban sobre sus vidas y rutinas, Helena y yo preparamos un adorno de flores muy bonito. Helena me dijo que aunque no se podía comer, las flores eran alimento para la vista. Más correcta no pudo haber sido y conste que la daban por loca. Me quedaban limones y preparamos jugo. Nadie aún había traído a la luz el tema que nos unía. Nos encontrábamos en la marquesina cuando apareció otro auto. Era el de don Toño. Bajó con un saco en la mano, "buenas noches a todos", dijo. Ya lo conocían y estaban conscientes de que había que tratarlo con delicadeza. Traía consigo una yuca, le di las gracias y tomé

el saco. Le pedí a Helena que me hiciera el favor de presentarlo a los demás, en lo que iba adentro y guardaba el saco con las demás cosas. Al ver las cosas que me habían traído, reflexioné y me sentí incómodo.

¿Acaso pensarían que estaba pasando hambre? No era que no estuviera agradecido, pero me pareció raro. Salí de nuevo a atender a mis visitas. Don Toño se veía más tranquilo aunque a cada rato le echaba el ojo a Helena que bailaba un ballet silencioso en el césped de atrás, mientras miraba hacia el cielo. Maribel y doña Matilde charlaban en la hamaca como grandes amigas y Raúl escuchaba a Óscar comentarle sobre su oficio de policía. Nereida trataba de conversar con don Toño a la vez que observaba el ballet silencioso. Los miraba a todos y me sentí como en familia, tan cómodo, como si los hubiera conocido desde siempre.

Helena dejó de bailar y se sentó en el piso al lado de Nereida y don Toño. Don Toño me hizo una señal y fui a donde él. Quería que le enseñara la fotografía de nuevo. Fui a buscarla y cuando regresé todos habían dejado de conversar. El silencio de todos me chocó. Le entregué la foto. La miraba con gran curiosidad. Casi no pestañeaba. Todos lo observamos.

Sentíamos por él, y con él. De todos nosotros, él era el que menos tiempo había tenido para reflexionar sobre todo el asunto. Recién había llegado a la realización. Su mente le diría que no podía ser, mientras su ser le confirmaba que era y es. Sé que Nereida lo observaría a través de diferentes ojos, pues aún no se podía identificar con la emoción de poder recordar por fin. Todos nos acercamos a don Toño. Sin pronunciar palabra alguna, le brindamos nuestro apoyo. Le dejamos saber que estaba bien el sentirse confundido y desorientado. Que estaba bien el no comprender enteramente la situación. Que estaba bien el sentir coraje y rabia por semejante acto en contra de su voluntad. Óscar fue el primero en romper el silencio: don Toño, ¿se acuerda qué le ocurrió aquella noche? Si puede y quiere, por favor, cuéntenos.

Don Toño suspiró y comenzó a relatarnos.

“Esa noche, era tarde y me encontraba disfrutando la compañía de una amiga. Mi mujer murió de cáncer hace

años. La hora exacta no la recuerdo, pero sé que sería más de la una de la mañana después de haber dejado a mi amiga en su casa en San Germán. Había bebido esa noche y me sentía bastante borracho. Temía perder el control del volante y me detuve a la orilla de la carretera para dejar que se me pasara un poco la borrachera.

“Me encontraba luchando contra el sueño. Decidí cerrar bien las puertas, los cristales y tomar una siesta. Apagué las luces, el motor y me recliné en el asiento del auto. Cuando estaba al borde de perder la conciencia, sentí que el auto se movió. Era como si alguien se hubiera trepado en la parte trasera. Todo movimiento y sonido cesó, pensé por un momento bajarme a investigar pero el sueño y el licor me vencían. Ya casi ido del mundo, sentí que alguien trataba de abrir la puerta. Intenté abrir los ojos para ver quién era y no pude.

“Quien fuera, estaba determinado a abrir la puerta. Por fin logré abrir los ojos, aunque lentamente. Sentí que mis párpados pesaban como sacos de cemento. Cuando miré a mi izquierda, se encontraba lo que yo pensé en aquel momento era un niño. Tenía en su manita algo como un destornillador y con eso intentaba abrir la puerta. Con los nudillos de los dedos de mi mano izquierda toqué el cristal bastante fuerte varias veces, pero el ‘muchachito’ no reaccionó. Siguió con su tarea como si nada. Esto me enfadó y recuerdo haber pensado que si no hubiera estado tan borracho, me hubiera bajado y dado una buena patada por, ustedes saben dónde.

“De pronto escuché ruido a mi derecha. Ahí, ocupado con la otra cerradura, había otro niño. Éste con una especie de gancho de ropa, procedía a introducirlo por la parte de arriba del cristal para así poder abrir la puerta. Les grité a ambos. Hasta les menté su madre, pero no me hacían caso, seguían entretenidos en lo que cada cual intentaba hacer. Me tallé los ojos y observé mejor al chiquillo de mi izquierda. Algo no estaba bien. Noté que su cabeza no se veía bien. Ninguno de ellos me miraba y creo que fue mejor así. Empecé a temblar y el pánico se fue apoderando de mí. ‘¡Váyanse de aquí, hijos de puta!’ les grité. ‘¡Déjenme en paz, no ven que quiero dormir!’ El sueño ya se había desvanecido. Algo

andaba mal; estos niños no era normales. Cuando el de la derecha logró introducir el gancho e intentaba quitar la cerradura por dentro, le agarré el gancho y empecé a gritarle: '¿Qué crees que haces?, ¡vete, vete a dormir, déjame tranquilo!' Le doblé el gancho de manera que no pudiera usarlo más. Encendí el motor e intenté encender las luces, pero no prendían. No me importó. Si tenía que hacerlo, conduciría sin luces. Les grité una última vez para que se quitaran, pero seguían sin hacerme caso. Puse el carro en marcha y me fui a toda velocidad. Sin las luces no veía absolutamente nada y no me importó si me llevaba enredado a esos dos.

"Por la carretera no había postes de alumbrado eléctrico, sólo árboles a las orillas de ésta y fue contra uno de esos árboles que fui a estrellarme. Me di en la frente con el impacto. Sentía sangre caliente que me manchaba el rostro. No me podía mover. Sentí dolor al intentarlo. Antes de perder el conocimiento, lo último que recuerdo es haber escuchado cantar a un gallo. Cuando desperté, me encontraba en mi casa y en mi cama.

"Al despertar, me dije a mí mismo que jamás bebería y menos después de la pesadilla que había tenido la noche anterior. Me fijé que dormí con la ropa puesta. Fui al baño para hacer mis necesidades y cuando me miré al espejo me di cuenta que tenía una herida en la frente y mi camisa estaba manchada de sangre.

"Fuera de la casa, mi carro estaba destrozado del frente y el cristal delantero astillado en un millón de pedacitos. Me encerré en mi casa esa mañana y me acosté a dormir de nuevo. No quería pensar en nada.

"Cuando volví a despertar esa tarde todo seguía igual, sólo que me había convencido que había tenido un accidente por el camino por conducir ebrio y que de una manera u otra había logrado llegar hasta mi casa. Lo de los niños cabezones seguramente fue producto de la ginebra que había tomado. Envié el carro a reparar, después me olvidé de todo el asunto hasta la otra mañana que vine a hablar con Amaury y él me enseñó esta fotografía. Miren en la foto, si se fijan bien, se ve hasta la mancha de sangre en mi camisa."

Una vez más repasamos la foto y efectivamente se podía apreciar la mancha de sangre. El silencio nos arropó de nuevo. Ésta vez fue don Toño quien le dirigió una pregunta a Nereida, quería saber de dónde había obtenido la foto. Nereida le dijo cómo había aparecido misteriosamente en su cartera tiempo atrás, pero que aún no se acordaba de la experiencia. Si no hubiera sido por la fotografía, ella jamás hubiera pensado que le ocurrió semejante cosa. Por más que ha tratado de hacer memoria, no le viene nada a la mente. Lo único que ella recuerda de esa fecha es que estuvo casi todo el día en casa de su hermana, cuidando de ésta cuando se encontraba terriblemente enferma.

Su hermana, en el año 1988, vivía en el Pueblo de Lajas. Se acuerda haberla dejado como a eso de las 11:00 p.m. Recuerda haber llegado a su casa sin ningún problema por el camino. Nereida se quedó pensativa por unos segundos y luego dijo:

"Recuerdo que esa noche, camino hacia mi casa, sí ocurrió algo que, en el momento, no le di importancia.

"Sucedió que se me cruzó un perro, frené y logré esquivarlo, pero se me apagó el motor. Eché a andar de nuevo el motor y proseguí hasta mi casa sin más interrupciones."

Todos quedamos de acuerdo en una cosa: algo más le había sucedido a Nereida aquella noche que venía de ver a su hermana. Todos teníamos una idea.

El restaurante cerró. Quedamos, como quien dice, aislados. Conversábamos sobre las posibles maneras en que pudo haber sido secuestrada Nereida cuando escuchamos unos ruidos espantosos. Oímos mugidos de reses y relinchos de caballos de una de las fincas colindantes. Tanto el ganado como los caballos se escuchaban sumamente nerviosos y agitados. Aunque no podíamos ver a los animales podíamos sentir su miedo. De repente, uno de mis gatos que se encontraba en la falda de Maribel salió disparado.

Kristina comenzó a gruñir y a correr de un lado a otro. Los ocho nos paralizamos. Presentíamos, igual que los animales, que algo no andaba bien. Nadie dijo nada ni se movió. Nos miramos unos a otros en silencio y mirábamos hacia los diferentes lugares de donde provenían los ruidos de los

animales. La brisa que se había sentido toda la noche se tornó un poco más fuerte. En aquellos momentos pensé que quizá se acercaba una tormenta; comenzó a lloviznar. De pronto, Raúl rompió el silencio y gritó: "¡Miren!" Todos miramos a donde él nos señalaba. Yo no veía nada. "Miren los árboles." Cuando miramos frente a nosotros, donde está el restaurante, los árboles apenas se movían. Sin embargo, los árboles que rodeaban la casita parecían estar en las inmediaciones de un huracán. ¿Qué estaba pasando? Además, la lluvia sólo caía aparentemente sobre la casita. La carretera del lado del restaurante estaba completamente seca. Kristina ladraba y Maribel y Raúl se abrazaron acercándose a mí.

Los animales actuaban aún como locos, mis dos gatos maullaban incontrolables. Doña Matilde, Óscar, Helena, Nereida y don Toño también se unieron a Raúl, Maribel y a mí. Todos me preguntaban asustados que qué era lo que estaba pasando; yo estaba tan asustado como ellos y no sabía qué decirles. Me pareció tan curioso lo de la lluvia que decidí salir afuera de la marquesina y mirar hacia el cielo. No vi nada, pero me fijé que las gotas que caían eran saladas. Al hacer contacto con mis ojos, las gotas me producían ardor. ¿Era agua de lluvia o agua de mar? Miré una segunda vez hacia arriba, cubriéndome lo mejor que pude los ojos de esa lluvia extraña y lo vi: era una sombra, un círculo oscuro. Lo reconocí instantáneamente, un OVNI, era un OVNI y me dio un pánico que me es imposible describir.

Se encontraba posado a una gran altura sobre la casa y no hacía ruido alguno. "¡Volvieron!, volvieron!, vengan." Todos corrimos dentro de la casita. Ahora sí que me encontraba histérico. Les gritaba que habían vuelto. Nadie me tuvo que preguntar de quién hablaba. Cerramos todas las ventanas y las dos puertas. Apagamos las luces y nos quedamos como ratones asustados huyendo del gato.

Nereida fue la primera en comenzar a llorar. Se podía escuchar a doña Matilde intentando consolarla en voz baja. Don Toño se recargó sobre la pared de la cocina y tumbó sin querer uno de mis cuadros laminados. Al caer al piso, todos gritamos por el ruido. Se escuchaba la lluvia caer sobre el techo de zinc de la casita. El torbellino de viento seguía.

Helena tomaba mi mano y sentía temblar todo su cuerpo. Raúl y Maribel seguían abrazados; Maribel comenzó a llorar y a decir que se quería ir. Óscar también expresó la idea de irnos.

Decidimos que saldríamos de la casita cuanto antes. Les dije que sería buena idea ir hasta Cabo Rojo, pero que deberíamos tomar la ruta que atravesaba el barrio de Boquerón. Esta ruta se encuentra mucho más poblada. Si hubiéramos tomado por el otro lado, para llegar hasta el mismo pueblo, nos encontraríamos con el área residencial "Villa Taina", que estaba poco poblada. El portón estaba cerrado con candado. No encontraba las llaves. Comencé a buscarlas con frenesí en la oscuridad. No las hallaba. Yo sabía que a Raúl y a Maribel no les hacía falta que yo abriera el portón, porque eran capaces de saltarlo. Lo mismo Helena. Para los demás sería un poco difícil por su edad o su peso. Las hallé. Caminamos hacia la puerta del frente. Nereida dejó de llorar y comenzó a rezar en voz alta. Esto, aunque lo comprendía, me puso más intranquilo. Antes de abrir la puerta para salir corriendo hacia el portón, escuchamos un sonido, un zumbido. Primero sonó lejos, luego se fue acercando. Era el motor de un auto deportivo que transitaba a toda velocidad por la carretera. Ese sonido me regresó a la realidad, ya que me era familiar, pero todo lo que estaba ocurriendo desde el momento en que se alborotaron los animales de la finca me pareció irreal.

El auto pasó de prisa y quedé de nuevo en ese mundo que al parecer pertenecía al mundo de lo imposible. Les pregunté a los demás si estaban listos. Contestaron que sí. Fui abriendo la puerta despacio, lentamente. Sentía a mis espaldas el calor de los demás. El portón, la verja y los autos al otro lado parecían estar a una milla de distancia. Acabé de abrir la puerta y salimos. La lluvia había cesado; ahora el viento era leve en el área de la casita.

Kristina se nos acercó y nos miraba con curiosidad. La perrita salió del balcón y se sentó junto al portón a mirar hacia arriba y a gruñir. Esto indicaba que aún el OVNI se encontraba posado sobre la casa.

Decidí que al llegar al portón no miraría hacia arriba. Todos bajamos el escalón del balcón a la marquesina al

mismo tiempo, como si fuéramos una sola criatura, una araña humana. Aquí observé por un momento el rostro de los demás. Parecían haber envejecido por lo menos 10 años cada uno. Al mirarlos sentí que yo tenía que ser fuerte y valiente por ellos, aunque en realidad, en esos momentos lo que quería hacer era correr con Mamá y esconderme en sus brazos. Nereida seguía rezando. Todavía se escuchaba el alboroto de los animales de la finca, aunque habían dejado de mugir y relinchar. El galope de los caballos se sentía en el suelo, como una vibración.

La araña humana comenzó a caminar de nuevo. Desde la marquesina corrimos todos hacia el portón. Tomé el candado en mis manos y no encontraba la llave correcta. Mientras luchaba con el candado, los demás miraron hacia arriba.

"¡Bendito sea Dios!", exclamó doña Matilde al tiempo que hacía la señal de la cruz. No me había dado cuenta que Oscar tenía un arma en sus manos. Era un revólver pequeño. Dejé de luchar con el llavero y el candado para decirle que guardara el arma. Óscar me miró sorprendido y me dijo que quizá la necesitaríamos. "¡No la necesitamos, por favor guárdala!" Los demás me apuraban que abriera el portón. Aparentemente, el objeto oscuro y circular parecía estar descendiendo. Al decirme esto, no quise ni mirar. "¡Anda, Amaury, date prisa!" Helena me tenía agarrado por la parte de atrás de la camisa y pensaba que en cualquier momento me la desgarraría. Con manos temblorosas y sudorosas seguía sin atinar la llave para abrir.

Óscar guardó el arma. Por fin di con la llave correcta, dio vuelta en la cerradura y el candado quedó abierto, pero de pronto quedé ciego. No veía y comencé a gritar, pude escuchar los gritos de los demás. "¡No veo, no puedo ver!"

Nereida le gritaba súplicas a Dios para que nos ayudara. Pensé en la casita, teníamos que regresar a ella. No podíamos conducir nuestros autos estando ciegos e histéricos. Sentí que Helena cayó sobre mí y me tumbó al suelo. Estaba inconsciente. La sacudía y no respondía. Kristina ladraba, y junto con los llantos y ruegos de los demás, parecía que iba a perder la conciencia o por lo menos lo deseaba. Poco a poco, en cuestión de segundos, se me fue aclarando la vista hasta

poder ver sombras solamente, pero era suficiente. Podía distinguir la casita y la puerta que habíamos dejado abierta. Intenté recoger a Helena en mis brazos pero no pude. Para ser una mujer delgada, estaba muy pesada.

La atmósfera mejoró aún más. "¡Vamos a regresar a casa!", les grité. Inexplicablemente, cayó el silencio sobre nosotros. El viento dejó de soplar y los árboles alrededor de mi casa tomaron el mismo compás de los demás árboles al otro lado de la carretera. Cada uno, menos Helena, colocó una de sus manos sobre mi cuerpo, mis hombros, la cabeza, mis brazos, etc. Los dirigí hasta la puerta y regresé por Helena, al llegar a ella, se movió. No pude distinguir si sus ojos se encontraban abiertos o no. La llamé por su nombre. Me contestó diciendo "volvieron". La ayudé a levantarse y nos dirigimos hacia la casa. Al entrar en la casa todo era oscuridad y silencio. Enseguida pensé en lo peor. Tropecé con las sillas del comedor.

Llevé a Helena hasta el sofá de la sala y la ayudé a acostarse. Cuando me dirigí a cerrar la puerta, noté que todo afuera estaba como si nada hubiera pasado. No se escuchaba el viento, los sonidos que habían producido los animales, ni el alboroto de Kristina y mis dos gatos. Me preguntaba si el OVNI continuaba allá arriba. No salí para averiguarlo, pero suponía que aún se encontraba ahí, suspendido, como una sombra silenciosa. Era como mirar al cielo repleto de estrellas y observar un agujero negro ¿Y esa lluvia tan rara? Me rocé el rostro y probé mis dedos, sabían a sal. Qué extraño, no me lo podía explicar.

Le pregunté a todos si estaban bien y contestaron que sí. Busqué en mi dormitorio una linterna de pilas y la encendí. Yo por mi parte veía casi normal, sólo que cuando parpadeaba veía como una luz blanca ante mis ojos. Alumbré a los demás, uno a uno, y sentí gran tristeza al ver sus rostros.

Quería abrazar y consolarlos a todos, pero creo que yo necesitaba más consuelo que ellos. Sé que esto suena bastante pretencioso de mi parte, pero quiero ser honesto en cuanto a lo que sentía en esa noche. Estaba consciente de que ellos veían en mí a un líder, pero yo no quería desempeñar ese papel. No me sentía capacitado. Sólo quería irme a casa de Mamá y esconderme como un niño asustado.

Hubiera preferido que Óscar fuera el que nos dirigiera. Pensaba que él, siendo policía, lo calificaba, pero hasta él esperaba de mí lo que yo no tenía para brindarles: valentía.

Quizá porque estábamos en mi casa, donde todo esto sucedía, fue que recayó sobre mí la responsabilidad. Les pregunté cómo se sentían y si ya podían ver algo más además de sombras. Raúl me contestó molesto diciendo que cómo iban a ver si se encontraban a oscuras. Le dije que él sabía muy bien a lo que me refería. Maribel le llamó la atención por su conducta, recapacitó y se disculpó conmigo. Doña Matilde y Nereida se fueron a la sala para atender a Helena. Don Toño se quedó sentado en el comedor junto a Raúl y Maribel. Le pedía a Óscar que me ayudara a pensar. "¿Qué vamos hacer?", me preguntó. "No tengo ni la menor idea", le contesté. Don Toño interrumpió!: "¿Qué fue esa luz que nos cegó?" "Vino del OVNI", dijo Raúl.

Según nosotros, aparentemente, mientras yo intentaba abrir el candado y los demás miraban el objeto en el cielo, éste encendió una luz brillante, como un relámpago, y lo dirigió hacia nosotros. El propósito de esto, deducimos, fue para que permaneciéramos ahí, en la casita.

Mientras discutíamos cuáles serían sus intenciones al querer que nos quedáramos ahí, sucedió algo tan increíble como lo demás. Cada rendija, cada boquete en la madera y el techo de zinc de la casa quedó iluminado. De nuevo quedamos como paralizados. Era como si fuera de día, hubiéramos cerrado todas las ventanas y puertas, pero aún así se colaba luz por debajo de la puerta y cuanta rendija hubiera.

Pero era imposible lo que sucedía, además, alguien más tendría que darse cuenta de lo que pasaba. Seguramente, pronto vendría la policía o algunos curiosos. Todos nos pusimos de pie y nos acercamos uno a otros. Esto fue una reacción instintiva de nuestra parte. Todos observábamos alrededor las ventanas y las dos puertas, parecían estar iluminadas por el otro lado.

La perra ladró de nuevo como si sufriera de rabia. La luz brillante se apagó tan de repente como se había prendido y todos quedamos momentáneamente aturdidos y medio

ciegos de nuevo. Este efecto duró apenas unos minutos. La bombillita de la linterna parecía ahora un cucullo.

Doña Matilde me preguntó que qué era lo que ellos querían con nosotros. Nereida me preguntó por qué nos atormentaban. Yo no sabía ninguna de las respuestas. De momento les grité que por qué me preguntaban a mí. Esto lo dije de una manera grosera, enseguida me arrepentí y les pedí disculpas. Les dije que no sabía, pero que lo más lógico sería pensar que querían comunicarse con nosotros otra vez.

—Pero, ¿por qué tanto drama? —preguntó Maribel.

—Bueno, si lo pensamos bien, nosotros mismos somos los que estamos formando el drama —les dije. Otra vez vino esa luz brillante, como un relámpago; pero esta vez sólo por la parte trasera de la casa. Kristina no se cansaba de correr y ladrar. Me dirigí a todos y les dije que tratáramos de relajarnos y tomar las cosas con calma.

—Estamos todos conscientes de lo que está ocurriendo. Vamos a tratar de dejar el miedo a un lado —mientras les decía esto, me temblaban las rodillas y la lengua la sentía pesada.

—Pase lo que pase, estamos juntos. Bueno, ¿quién quiere salir afuera a confrontarlos?

Yo mismo no podía creer lo que acababa de decir. Casi al mismo tiempo me respondieron, "yo no".

—Por qué no vas tú, Amaury? —dijo don Toño.

Lo que salió de mi boca era la pura verdad: "No voy por no ver a los cabezones chiquitos, francamente les tengo terror".

—Pero qué vamos hacer, ¿quedarnos aquí encerrados toda la noche hasta que amanezca? —dijo Helena.

Qué dilema, pensaba yo.

—Tengo una idea, vamos todos a mi dormitorio y abrimos una de las ventanas que da hacia el patio de atrás a ver lo que podemos observar.

En esto estuvimos de acuerdo todos y fuimos al dormitorio.

Raúl comenzó a darle vueltas a la palanca que hacía abrir la ventana y poco a poco pudimos ver claramente una

columna de luz que provenía del cielo. Esta columna era blanca. Era como un pedazo de día en la noche. Al mirar hacia arriba por la posición de la ventana no se podía ver de dónde exactamente provenía esta columna de luz. Nos imaginábamos que venía del platillo volador. Nos quedamos observando a la columna fascinados. Kristina corría como loca alrededor de la columna pero no la penetraba. Ladraba insistentemente. Mientras observábamos este fenómeno, comentábamos, en suspiros, cosas como: "Esto se tiene que ver de lejos, ¿por qué nadie ha venido a hacer averiguaciones? ¿Qué significado tiene esa luz? ¿Para qué será? ¿Será que va a descender Amaron?"

Doña Matilde me sugirió que gritara su nombre para ver qué pasaba. Le dije que no me atrevía, que lo intentara ella. Ella tampoco se atrevía. "¿Quién de ustedes se atreve?" "¡Amaron!", gritó Helena por la ventana. En ese instante, creo que todos dejamos de respirar. Me alenté y también grité su nombre. De momento, todos empezamos a llamarlo en una histeria colectiva. "Mieren, miren la luz, está cambiando." Seguía blanca pero había cambiado su tonalidad.

Nos fijamos que, desde el punto en que podíamos empezar a ver la columna por la posición de la ventana, empezó a descender algo. Lentamente se iba colocando en nuestro campo de vista. Eran unos zapatos. "¡Ahí vienen!", gritó Maribel. Inmediatamente, salimos todos gritando y corriendo hacia el frente de la casa. Nereida comenzó a orar de nuevo. La ventana se quedó abierta.

Kristina dejó de ladrar repentinamente. En voz muy baja, les decía que por favor se controlaran, que tratáramos de escuchar. Alguien tocó tres veces la puerta de atrás. De nuevo nos atacó la parálisis. De nuevo tocaron la puerta. Don Toño me dijo al oído que preguntara quién era.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Soy yo, Amaron.

En esos momentos por poco se me detiene el corazón. No podía respirar bien. Sentía que me faltaba el aire y les juro que quería morir antes de enfrentarme a esta situación.

—Deseo hablar contigo, Amaury.

No lo podía creer. Me llamó por mi nombre. Esto tenía que ser una broma. Me tuve que aguantar del brazo de don

Toño porque me parecía que me iba a desmayar. Las piernas las sentía como goma de mascar. Cada vez que él pronunciaba una palabra desde el otro lado de la puerta, era como recibir un martillazo en mi equilibrio mental.

Sentía, igual que los demás, que en realidad no sabíamos nada, absolutamente nada sobre el mundo y sus cosas. Cada una de las palabras pronunciadas por este ser de otro mundo estaba cargada de cierto peso, y ese peso, poco a poco, palabra por palabra, destruía todo lo que daba por real. Nada es como pensamos que es. A la vuelta de la esquina, siempre nos espera lo inesperado.

—Si quieres hablarme, hazlo desde ahí —le dije. Me sentía como si hablara con un fantasma, pero él es real. Tan real como usted que lee esto. Ya no se veía la luz de la columna entrar por la ventana de mi dormitorio y reflejarse en mi cuarto.

Todos estábamos abrazados unos a otros y dejamos la sala para ir a la cocina para poder escucharlo mejor. Lo próximo que dijo fue algo como: "Sé muy bien cómo se sienten todos. Yo también siento miedo. Ustedes se tienen uno al otro, yo he venido solo, hasta la puerta de su casa. Me encuentro sin armas, no hay por qué temerme. No vengo para hacerles daño. Si mi intención fuera hacerles daño, no tendría que llegar hasta aquí personalmente".

Óscar me dijo que le preguntara para qué nos quería. Le dije a Óscar que se lo preguntara él mudo y él seguía insistiendo que lo hiciera yo. "Hazlo tú, no, yo no, tú." Por fin pregunté:

—¿Quisiéras conversar con nosotros?

—Bueno, ya lo estamos haciendo, ¿no lo crees así?

Antes de que me pudiera contestar seguí hablando.

—Mire usted, tú, Amaron o como te llames en verdad, ¿a qué has venido? ¿Para hacer lo mismo que la otra vez? ¿Piensa usted que después de hacer una cosa así, de llevarnos a la mala para aquel sitio, ahora lo tenemos que recibir con los brazos abiertos?

Todavía tenía miedo, pero algo más fuerte que el miedo se apoderó de mí. El coraje, la rabia que sentía por todo el daño emocional y psicológico que esta persona me había

causado, surgió a la superficie de nuevo y el miedo se sumergió.

—¿Qué derecho, usted y esas criaturas que lo acompañan tienen que les permite recoger a las personas de aquí de nuestra Tierra como si fuera una diversión?

Raúl me dijo que tuviera cuidado con lo que le decía y que me controlara. Ni me molesté en contestarle. Me separé de los demás y caminé hasta la puerta de atrás.

—¿Ahora me oyes mejor?

—Sí, lo escucho, Amaury.

—¿Estos cabezones andan contigo? ¿Están allá afuera, junto a ti, esperando que yo abra la puerta?

—Amaury, esta es su casa y no lo voy a obligar a hacer nada en contra de su voluntad.

Miré hacia atrás, riéndome como un loco, a la vez que alumbraba a mis amigos con la linterna.

—¿Ustedes escucharon eso —dije sarcásticamente—. No me va a obligar a hacer nada en contra de mi voluntad. Y yo estoy dispuesto a creerle al mismo sujeto que secuestró a mis amigos y a mí. Además, no me has contestado mi pregunta. ¿Están los chiquitos contigo?

—No se encuentran conmigo esta vez, estoy solo.

—¿Dónde están entonces?

—Sólo hay uno de los que usted se refiere y se encuentra en mi vehículo de transportación.

—¿Escucharon eso?, su vehículo de transportación, como si se tratara de un juguete.

Sería por nervios, pero me encontraba hablando de una manera altanera y sarcástica. Yo mismo no reconocía mi conducta.

—Pues mire, le diré que lo mejor que puede hacer es dejarlo allá, en su "vehículo", porque no quiero verlo.

En realidad no quería ver a una de estas criaturas porque sabía que al verlo me derrumbaría. Con el solo hecho de ver a uno de estos cabezones, me volvería, como decimos vulgarmente, mierda.

Sentía todos los músculos tensos y una rabia inconsciente con la manera en que este hombre atrás de la puerta

se dirigía hacia mí. Su tono era amable y no mostraba ni rastros de coraje.

—Amaury, ¿por qué no abres la puerta para así poder hablarnos de frente?

—¿Qué garantía tengo yo de tus intenciones? ¿Cómo puedo tomar la palabra de un secuestrador? Porque eso eres tú, un secuestrador. Vengas de donde vengas, sigues siendo eso mismo. Por el hecho de que no seas de nuestro planeta no quiere decir que dejes de serlo. Aunque vinieras de Rusia, Francia, Japón o África, tampoco cambiarían los hechos de tu acto. ¿Tú sabes dónde están Rusia y Japón.

—Sí, Amaury, sé donde están localizados. Sé que no confían en mí, ni en los míos y no los culpo. Estoy de acuerdo contigo que el procedimiento que utilizamos para hacer contacto de ustedes no fue el apropiado y precisamente sobre eso quiero conversar, además de otros asuntos.

Este ser sonaba tan bueno y sincero que casi logré que creyera en su palabra. Le dije a Amaron que esperara un momento y fui con los demás.

—¿Qué piensan ustedes? ¿Abro la puerta? —Todos me miraban con ojos de pescado—. Bueno, contéstenme, digan algo. Helena, ¿tú qué dices?

—¡Él es bueno!

Raúl y Maribel se miraron y con la cabeza dijeron que sí.

—Óscar, ¿y tú qué crees?

—No sé, chico, pero la verdad que si nos hubiera querido hacer daño ya lo hubiera hecho.

—¿Y ustedes? —me dirigí a doña Matilde y don Toño, los mayores en edad del grupo. Me contestaron que hiciera lo que mejor creyera, y Nereida me dijo que fuera lo que Dios quisiera.

Lo próximo que hice iba en contra de mis principios. Aborrezco las armas.

—Óscar, entrégame tu arma —me entregó el revólver y llegué hasta la puerta de atrás—. Amaron, ¿todavía estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Muy bien, escúchame: ¿sabes lo que es un revólver?

—Sí.

—Pues mira, yo tengo uno. Lo primero que voy a hacer es encender la bombilla que queda junto a la puerta de atrás. ¿Sabes lo que es una bombilla?

—La luz artificial contenida en una esfera de cristal.

—Lo segundo que voy a hacer es abrir la puerta, y te juro por mi abuela, que si uno de tus amiguitos intenta entrar aquí a la fuerza, la primera bala será para el cabezoncito y la segunda para ti. ¿Sabes lo que es una bala?

—Sí, el proyectil que descarga el arma.

Aunque sabía en mi corazón que jamás hubiera podido dispararle a los chiquitos y mucho menos a este hombre, abrí la puerta y ahí estaba él. Igual que en la foto. Igual que el día en que todos lo conocimos en el salón de las proyecciones, como llamamos nosotros a aquel lugar. La rabia y el coraje que sentía salió de mí para ser reemplazada por un sentimiento diferente. Bajé el arma. Se encontraba solo y en su rostro había rastros de miedo y terror.

Sus ojos reflejaban lo humano que era. Tiré el arma al suelo. Sólo nos mirábamos, uno al otro. Ninguno de los dos hablamos. ¡Qué extraña sensación! Aunque en mi opinión esta persona había obrado mal, no podía odiarlo ni maltratarlo. Por primera vez lo pude observar bien. Ahí, parado en la luz de la parte de atrás de la casita, él era real, igual a nosotros. Me sentí arrepentido por la forma en que lo traté y sé que él también se encontraba arrepentido por su proceder años atrás.

Pero comprendí que sus acciones le fueron encomendadas. Sus acciones se encontraban fuera de sus manos. Poco a poco, los demás se acercaron a mis espaldas y lo observaron también. Lo que más me conmovió fue cuando observé caer una lágrima de uno de sus ojos. La seguí con la vista, recorrió su mejilla y desapareció para ser reemplazada por otras. Estrechó su mano con la mía, en la manera en que usualmente nos saludamos nosotros. En ese momento hicimos contacto. No me había percatado, pero yo también lloraba.

Todo el odio y rencor que llevaba dentro de mí desde aquella madrugada en que viví aquella experiencia inicial me habían abandonado. Sólo sentía amor y compasión hacia es-

te ser. Amaron dio un paso lento hacia mí y sin pensarlo nos abrazamos como hermanos. Este fue un momento muy emocionante y en verdad que por más que lo pienso, no puedo encontrar las palabras adecuadas para describir lo que sentía. Era algo único. Nos separamos, y uno a uno, los demás se acercaron hasta él y lo abrazaron también; todos, incluyéndolo a él, lloramos juntos.

Lo invité a pasar a mi casa y me dio las gracias. Encendí la luz y nos sentamos en el comedor, algunos quedaron de pie. Lo primero que hizo fue disculparse con nosotros por habernos causado tantas angustias, pero nos aseguró que eso no volvería a suceder. Eso, dijo él, era una promesa de un hermano a otro. Todos le creímos.

Nos explicó que él se encontraba haciendo las gestiones con sus superiores para que ese tipo de procedimiento, el cuál nosotros llamamos raptos o secuestros, no se llevara a cabo más. El estaba seguro que con la ayuda de nosotros eso podría cambiarse de manera que cualquier contacto con los seres humanos de este mundo fuera llevado de una manera voluntaria.

Amaron nos informó que él personalmente se opuso siempre al método de hacer secuestros para hacer un contacto inicial con algunos seres humanos de este planeta en particular. Además, su padre NAAI, pensaba de igual manera. Le hicimos varias preguntas personales. Su madre se llama Madelina y tiene un hermano menor que se llama Octavio. Amaron es soltero, pero tiene una hija que se llama Carmen. Le dije que algunos de sus nombres eran como los de nuestra Tierra y él me respondió que todo nombre es universal. Que los nombres que conocemos en nuestro planeta Tierra no son exclusivos de aquí.

—Pero nunca hemos escuchado tu nombre, "Amaron", aquí en la Tierra —dijo Maribel.

Él le contestó que sí existe ese nombre aquí en la Tierra, pero que se le da a personas en otros países. Su nombre no es común en Puerto Rico. Sobre su modo de vivir en su planeta no le preguntamos porque eso nos lo había enseñado ya la primera vez en una de las proyecciones. No podía dejar de preguntarle ciertas cosas que me traían loco.

—Amaron, ¿por qué es que si los "oemores" me secuestraron por la carretera de la Bajura aparecí en ese otro lugar? ¿Dónde era ese sitio donde se encontraban esos otros autos?

Me contestó que varios de nosotros fuimos secuestrados con todo y auto. Nos llevaron hasta una base que se encuentra debajo del mar, en esta base es donde vi a los demás autos y donde se encuentra el salón de las proyecciones.

Había tantas cosas que queríamos preguntarle; igual él a nosotros. Don Toño le preguntó sobre su nave y quién la estaba operando.

—Ahora, en estos momentos, mi vehículo se encuentra a una gran altura. Al llegar a esta altura el vehículo es encendido para que desde la superficie de su planeta aparente ser una estrella, entre tantas en el cielo. Al mando de mi vehículo se encuentra, lo que llamamos en Kaa, un "oemore".

Los "oemores" son creados por nuestra sociedad para que se nos faciliten ciertas funciones. Tanto en misiones a su Tierra, como en nuestro diario vivir, nos son sumamente útiles. En su fabricación se utilizan varios tipos de genes, pero el predominante es el del simio. Se programan, pero no son máquinas. Su piel y estructura están compuestas de tejidos vivos. Cada "oemore" tiene un periodo de vida muy corto, sólo unos días. Si se desea mantener vivo un poco más de su tiempo límite, se les suministra agua y cualquier tipo de planta verde. Esta yerba o planta debe ser procesada de tal manera que quede como una especie de pasta cremosa y se le suministra oralmente.

Los "oemores" son sólo una de las razones por la cual tantos testigos de su Tierra dicen haber visto una gran variedad de seres extraterrestres. A nosotros los de Kaa, y a los demás seres humanos a través de los cosmos, nos convenía que los humanos de la Tierra pensarán en términos de que los verdaderos extraterrestres tenían esa apariencia, una muy diferente a nosotros, los humanos ajenos a su Tierra. De esta manera se nos hace fácil convivir entre ustedes.

Me fijé que mientras Amaron nos hablaba, miraba a alguno de los vegetales que me habían traído como regalo mis amigos.

—Hallá en Kaa —le pregunté— ¿hay de estos vegetales?

—Sí, los hay. Todo lo que ustedes tienen aquí en forma de fruta o vegetales también lo tenemos nosotros. Igualmente, como se habrán fijado en las proyecciones que les he mostrado, tenemos los mismos animales que ustedes, con la excepción de que nosotros aún conservamos todos aquellos animales que a ustedes ya se les han extinguido, y al paso al que va la Tierra, será aún mayor la cantidad de animales que se les extinguirán.

—Ustedes, en Kaa, ¿se alimentan de animales?

—En nuestro lugar, al igual que en muchísimos otros lugares, no basamos nuestra dieta en la carne animal. No ingerimos nada de carne animal. Eso incluye peces y todo tipo de animal marino. Nuestro alimento consiste únicamente de frutas y verduras. Bebemos agua libre de toda química. Ninguno de nuestros animales acostumbra ingerir carne. Todos los animales, incluyendo las mismas especies que aún sobreviven entre ustedes, comen pasto, fruta y verduras. La carne es muy dañina, además, consideramos comer carne como algo que no se puede conceptualizar en nuestra sociedad. Es, como para ustedes, pensar en comer arena o piedra. Simplemente no lo harían, porque les haría daño, y además no lo conceptualizarían como alimento propio para un ser humano. Lo mismo nos sucede a nosotros respecto a ingerir carne.

Amaron nos aconsejó a todos los presentes que deberíamos dejar de comer carne. En esto, Doña Matilde le preguntó a Amaron si ya había comido. Él contestó que hacía un rato.

—¿Tienes hambre, quieres comer de nuestras verduras? —insistió doña Matilde.

—No se molesten.

—No es molestia, creo que nosotros también tenemos hambre —dijo Raúl.

Maribel y doña Matilde se apresuraron a hervir las cosas que todos habían traído consigo. En un caldero grande, que uso para hacer sopas, echaron batatas dulces, papas, gandules frescos, ajos, plátanos, yuca y pimientos dulces. Por recomendación de Amaron, no le echaron sal ni ningún otro condimento.

Yo le hubiera echado unas libritas de carne de res, pero queríamos complacer a nuestro visitante. Mientras las verduras hervían, Amaron nos preguntó que qué había sido de nuestras vidas desde aquel encuentro inicial. Todo el mundo le contó su versión. La última en comentar sobre su vida rutinaria fue Nereida; se notaba muy rara. No se encontraba tan animada como los demás. El mismo Amaron lo notó, se dirigió a ella y le dijo:

—Sé en qué piensas, Nereida. Estás pensando dónde quedan tus principios religiosos dentro de este nuevo marco de realidad que has conocido. Nereida, tú y los demás escuchan bien.

Hay un solo creador, "UNO", el que ustedes conocen como Dios. Nosotros, los demás humanos de los universos enteros, lo conocemos por el Originador. Él es el ser originador de todo lo que existe. Originó nuestros planetas, todos los soles o estrellas, como ustedes las conocen, y toda la raza humana que habita en la inmensa e infinita existencia física. Además, originó antes que a nosotros, los humanos, a otros seres. Estos seres existen en otro plano. En el plano espiritual. Estos seres poseen nuestras mismas capacidades espirituales y emocionales pero carecen de un cuerpo físico. En ocasiones, estos seres han tomado o se han tornado en materia física, en forma de un cuerpo humano y en cuerpos físicos parecidos a los "oemores". Como les explica su libro sagrado, ha habido tribulaciones en este plano espiritual. Han surgido rebeldía y difamaciones en contra de él, "originador de todo lo existente". Hubo, entre estos seres espirituales, quien invirtiera los propósitos originales del Originador. Al crear el plano físico, colocó en diferentes áreas a dos seres físicos semejantes a él, no tan sólo en apariencia, sino además espiritual y emocional. A cada una de estas parejas de seres en diferentes lugares les dio la facultad por la cual habrían de reproducirse por sus propios medios y así poblar esos diferentes puntos en los cosmos de seres físicos. Todos tuvieron el mismo origen y todos tuvieron sus propios nombres. Los de su planeta revelaron los nombres de Eva y Adán. A través de los cosmos se han establecido cientos de miles de Adanes y Evas por obra del Originador. Todo estaba en perfecto orden.

Había balance. Cada mundo físico tenía un sistema de mantenimiento propio. Cuando un ser espiritual rebelde se opuso al orden de las cosas, decidió visitar a todos los seres físicos primerizos que habían sido colocados en diversos lugares en el plano físico.

Entre tantos, sólo logró destruir el orden aquí. En este pedacito del plano físico que ustedes llaman "Tierra". En Kaa, nosotros también tenemos nuestro libro que contiene la historia del "Originador de todos", y comienza a leerse de igual manera que el de ustedes, sólo que cambia drásticamente cuando los primeros seres físicos de su Tierra se unen a la campaña de desorden del ser espiritual rebelde. Para que haya orden, hay que mantener ciertas leyes, ciertas normas. Estas leyes obedecen a un orden y cuando estas leyes o normas son desobedecidas se producen desorden y desequilibrio, un desbalance.

En estos momentos, tanto Nereida como nosotros, quedamos satisfechos. Sucede que cada uno sufría conflictos morales y religiosos a causa del trauma de la experiencia inicial.

Podíamos ahora reconciliar el hecho de la existencia de seres de otro mundo con nuestra programación mental. En lo que se refería a Dios, todo quedó en su lugar y nuestra fe en su existencia aumentó al máximo. ¡Más divino y grande es nuestro Dios por crear y darles vida a sus hijos humanos en todas partes de los cosmos! Esto me trajo otro punto a mi mente: la existencia de seres humanos en otras partes que no son nuestra Tierra. En el tiempo antiguo, todos nuestros antepasados indios tenían la mentalidad limitada. Por ejemplo, los indios creían que los únicos humanos que existían eran ellos. Su universo era aun más pequeño. Su pueblo o territorio era lo único que existía y lo mismo pensaban de sus habitantes. Al llegar el hombre de piel blanca, europeo, esto le causó un trauma. Después de pensar por tanto tiempo que ellos y su universo eran únicos, tuvieron que confrontar el hecho de que estos humanos eran personas igual que ellos y sintieron la necesidad de "diosificarlos". Los creían dioses.

Dioses que venían en extrañas naves. Los indios tuvieron que encontrar su propia reconciliación para poder so-

brellevar el impacto del contacto con estos seres de otro mundo. Este otro mundo en realidad era nuestro propio mundo. Cuando los indios por fin cayeron en la cuenta que estos extraños seres eran sencillamente humanos igual a ellos, fue cuando su capacidad mental se expandió. Hoy en día, sucede con nosotros algo muy semejante al episodio de los indios de mentalidad limitada. Hay quienes argumentan que no hay seres humanos iguales a nosotros en ningún otro lugar que no sea nuestro planeta Tierra. De aquel pequeño pueblo o aldea de los indígenas, el universo pasó a ser el planeta. Tenemos que expandir nuestra capacidad mental igual que aquellos indios y en el momento en que estos seres y sus extrañas naves hagan contacto abierto con todo el planeta no debemos "diosificarlos". Ahora no pienso ponerme a discutir ni a debatir sobre la existencia de humanidades extraterrestres. Sería perder el tiempo. Esto lo sé con seguridad porque si esta experiencia no me hubiera pasado, a mí personalmente, yo no creería en nada de esto.

Yo era así. Un incrédulo como muchos. Pero no los culpo; yo también estoy de acuerdo que hay que ver para creer. Dichoso aquel que tiene la capacidad de creer en algo razonable y lógico sin haber visto. Yo no era uno de éstos. Todavía, a veces, todo me parece demasiado increíble. Sólo hasta que vuelvo a verlo a él vuelvo a convencerme de nuevo totalmente. Con todas las evidencias que tengo, tanto privadas como las que he hecho públicas, todavía me cuesta trabajo. Ni hablar del que nunca a experimentado el contacto extraterrestre.

¡Fueron tantas cosas las que conversamos aquella noche en la casita con Amaron! Resultó que tiene un buen sentido del humor. Comimos, charlamos, y llegó el momento en que nos tuvimos que despedir. Le pedí de favor que cuando volviera nunca trajera a mi hogar a un "oemore". Me contestó que respetaría mi deseo. Todos salimos al patio de la casa, miramos al cielo y no vimos nada, sólo estrellas. Helena le preguntó: ¿y tu platillo, dónde está?

—Viene en camino —contestó.

Pudimos observar que una de las muchas estrellas comenzó a aumentar de tamaño y luego esta luzcita se

extinguió. Sólo se veía un círculo negro del tamaño de una moneda y comenzó a crecer. Cuando su vehículo llegó a cierta altura en que se veía de un tamaño mayor al tamaño de mi casa, se detuvo. Amaron traía consigo una tarjeta fina, como una tarjeta de crédito. "¿Qué es eso?", le pregunté. Me dijo que era un control remoto. La oprimía o le pasaba su dedo gordo por encima y esto le daba las instrucciones al "oemore".

Todos nos despedimos y no me avergüenza decir que nos abrazamos y besamos en las mejillas como hermanos. Me informó que pronto nos veríamos de nuevo. Pasó el dedo por encima de unos símbolos o dibujos en su tarjeta y se proyectó la luz brillante por la cual él había descendido. Los animales, de nuevo comenzaron con sus quejidos, pero esta vez no les pusimos atención de igual manera que con el torbellino de viento. La columna redonda de luz brillante cambió de tono y él penetró. Al estar situado en su centro, se colocó mirando hacia nosotros y alzó su mano en señal de adiós. Cuando comenzó a ascender dentro de la luz, miró hacia abajo y nos dijo: "Nos vemos pronto". Subió en la luz hasta que se perdió de vista. Al momento, todo quedó oscuro. Traté de mirar el platillo, pero no veía bien por haber estado observando la luz brillante de la columna. De repente, escuché a Raúl decir: "¡Miren, ahí va!" En el firmamento se veía la nave-moneda. Se tornó de varios colores y como que hizo una especie de maniobra. ¡Se veía tan bonita!, era como si nos estuviera dando un espectáculo de colores. Rojos brillantes, amarillos, azules, todo un arco iris. Se dirigió hacia el mar, entre las playas de Boquerón y Bulle, Cabo Rojo. Para sorpresa de todos nosotros, se tiró hacia el mar.

En vez de subir y perderse entre las estrellas, como pensábamos, se dirigió hacia abajo. ¿Hacia el mar? Tendría que preguntarle sobre este asunto cuando lo volviera a ver. Entramos a la casa y nos sentamos un rato más para hablar. Nereida permanecía pensativa, la dejamos tranquila con sus pensamientos. Quizás estaba recordando, por fin, los detalles de la experiencia inicial. Deducimos que esta reunión sería una de muchas. Esa madrugada decidimos que esto quedaría entre nosotros, y de querer discutirlo con cualquiera, lo discutiríamos entre nosotros primero. Óscar recogió su arma

y la colocó en la baqueta que llevaba al tobillo. Los invité a quedarse a dormir un rato. Sólo Helena aceptó, doña Matilde, Óscar, Nereida y Raúl y Maribel decidieron marcharse. Algunos tendrían que viajar bastante lejos. Don Toño decidió quedarse un rato más. Nos despedimos y quedé en llamarlos luego, por la tarde. Todos se veían agotados. Temía que les fuera a ocurrir un accidente por conducir sin haber dormido o descansado. Les insistí a todos que se quedaran, pero decidieron irse. Partieron atontados y silenciosos. A Helena le preparé el sofá-cama y quedó dormida inmediatamente. Don Toño y yo salimos a la marquesina. Me acosté en la hamaca y don Toño tomó asiento en una de las sillas. Aún no había amanecido y la noche estaba fresca, se sentía el leve soplar de la brisa. Don Toño encendió uno de sus puros y yo otro cigarrillo. Ahí fumamos en silencio, cada cual perdido en sus propios pensamientos.

Los primeros gallos empezaron a cantar su canción del amanecer en la distancia y don Toño se despidió. Cerré el portón con el candado y me retiré a dormir. Helena dormía pacíficamente y yo, aunque con sueño, pensaba que no iba a poder dormir. Me equivoqué. Cuando por fin desperté, Helena se había ido y había recogido todo. Lavó los platos y cubiertos de la noche anterior y encima de la mesa del comedor dejó varios mangos que había recogido del patio. El arreglo floral lo había colocado en la sala. Cogí algunas flores amarillas y las coloqué en una mesita, junto a mi cama. Me acosté de nuevo, pero esta vez a pensar. Medité sobre todas las cosas que le habíamos preguntado a Amaron la noche anterior. Seguía repasando la increíble noche en mi mente, una y otra vez. Estuve pensando sobre lo que había dicho Amaron, sobre el propósito de las visitas de él y los suyos a nuestro planeta. Vienen en paz. Nos aman y sus deseos de ayudarnos parecen genuinos. A través de los años y a través de diferentes personas de nuestra Tierra que han contactado, han filtrado lentamente ciertas tecnologías. Es una lástima que muchas de estas tecnologías hayan caído en manos de personas que sólo piensan en lo material; el dinero. Amaron y los demás del planeta Kaa pueden aconsejarnos y sugerirnos, pero está de parte de nosotros hacer los cambios ne-

cesarios para nuestra propia sobrevivencia. Él y los suyos no se explican por qué somos tan destructivos, por qué les permitimos a los seres espirituales negativos manipularnos.

Cada cual empezamos la destrucción individualmente, con nuestros cuerpos. Ingerimos toda clase de drogas y toda clase de sustancias químicas en nuestros alimentos. Perfumes, aceites, cremas, desodorantes, tintes, pinturas y mucho más le aplicamos a nuestro cuerpo como para acabar de completar la destrucción individual. Como si no fuera suficiente, destruimos también nuestro ambiente. Ensuciamos el aire, hemos contaminado nuestros ríos y mares. Despedazamos nuestros bosques. Como si fuera poco, ya no nos basta destruir nuestro terreno, nuestra órbita cada día se llena más de desperdicios de satélites viejos y cuanta porquería que es descartada de misiones espaciales auspiciadas por nuestros propios pueblos de la Tierra. Amaron nos indicó que en los últimos seis años hemos arrojado a nuestros mares desperdicios nucleares unas cuatro veces. Los de Kaa nunca podrán explicarse por qué los humanos de la Tierra insisten en utilizar energía nuclear, cuando está a su disposición la energía solar.

Además, existen las energías creadas por el viento o las corrientes de agua. Saben que seguimos desorientados, influenciados. Que las grandes potencias del mundo son influenciadas por el desorden y el caos de un mundo paralelo, pero invisible. Quizá por esa misma razón es que esas grandes potencias desean ocultar el asunto extraterrestre. Temen a que nos ayuden a crear orden, balance y equilibrio. Porque de existir estas cosas, todas estas potencias perderían su poder. Uno de los muchos propósitos de estos humanos ajenos a nuestra Tierra es ayudarnos a derrumbar a estas instituciones corruptas, para que sean reemplazadas por liderazgos de gran orden y amor.

Otro propósito secundario que tienen los humanos de Kaa y de varios otros lugares del cosmos es poder interrelacionarse libre y abiertamente con nosotros, sus hermanos caídos. Hasta el momento, han habido miles de personas que han nacido aquí, en la Tierra, que son de madres o padres oriundos de aquí con padres o madres de Kaa y de varios otros

puntos, en donde habita la gran raza humana. El propósito de esta acción es tratar de inyectarle a nuestro mundo seres que descienden de humanos más positivos y quizás así poder ir disminuyendo las características de autodestrucción de los humanos terrenales. Este método no fue algo calculado. Surgió por complicaciones cuando varios visitantes se enamoraron de humanos de nuestra Tierra. Al ocurrir esta situación, los superiores de Kaa y los otros lugares observaron el producto positivo. Esto, ahora, al igual que con los secuestros, será algo voluntario o más bien, por consentimiento mutuo.

Estos seres y sus vehículos o naves se están dejando ver más aquí en Puerto Rico y en otros lugares como México, Brasil, Argentina, Alemania, Japón y también en Europa y, en fin, cada vez son más frecuentes las apariciones. Estoy muy seguro que mis amigos y yo no somos los únicos que hemos sido contactados. Esto es un hecho. Hay que tener cuidado de no ser contactados por seres espirituales que pertenecen al desorden y toman diferentes formas físicas. Desde formas humanas, las cuales usualmente son interpretadas como figuras religiosas, hasta todo tipo de seres parecidos a un "oemore". Uno puede distinguir a éstos por el mero hecho de que nunca mencionan al Creador y siempre tienen algún arreglo secreto con las grandes potencias y los grandes intereses de nuestro querido planeta.

Son muchísimas las personas que a través de los siglos han sido contactadas por seres humanos de otros mundos. Personas ilustres de nuestra historia, como grandes líderes, reyes, inventores, pintores y personas como amas de casas, limpiabotas, policías y toda clase de gente. Nos escogen desde muy temprana edad. El primer criterio que determina si una persona será escogida son sus cualidades humanas, por ejemplo, el ser bondadoso, justo y de buenos sentimientos. Sé de primera mano que no se requiere ser perfecto. Yo, por ejemplo, no soy un santo y tengo muchísimos defectos. Lo mismo sucede con los demás que estuvieron conmigo. Al principio, cuando los investigadores comenzaron a revisar mi experiencia, me decían que yo había sido escogido. Esto no lo podía aceptar. Pensaba que había sido secuestrado. Pero estuve equivocado en mi opinión.

Aquel día en que meditaba todo esto, la mañana después de la visita de nuestro amigo, no fui a trabajar. El mundo a mi alrededor me parecía irreal. Necesitaba tiempo para pensar bien las cosas. ¿Sería verdad todo lo que nos informó Amaron? ¿Sería verdad lo dicho sobre bases debajo de nuestro mar? Supuestamente, en una de estas bases fue donde nos llevaron a todos aquella noche. Ahí fue el lugar donde nos mostraron las diferentes proyecciones.

Con estas siete personas he establecido una gran amistad que va más allá de los parámetros comunes. Después de aquella noche en que pasamos el susto con Amaron en la casita, nos reunimos una última vez ahí. Esta casa la tuve que abandonar. Las difamaciones hechas por el señor B me afectaron al extremo de que no pude pagar más el alquiler de la casa. Me encontraba en una situación desesperada. Las muchachas y doña Mercedes se ofrecieron para ayudarme a pagar el alquiler, pero no pude aceptar ese dinero. El Tamarindo se encontraba en la quiebra, mientras el señor B se llenaba los bolsillos de dinero, ofreciendo conferencias sobre la temática OVNI. Para colmo, aunque me tildaba de mentiroso, además de muchas cosas más, tuvo el descaro de utilizar mis fotografías en su conferencia. Fueron varios los que le sacaron partida a mis fotografías, mientras yo sufría de necesidades.

Sentí una gran tristeza al tener que abandonar esa casa, pero las circunstancias me obligaban a hacerlo; fue doloroso. En la última vez en que me reuní con los siete en esa casa, discutimos sobre nuestra preocupación en cuanto a cómo y dónde nos reuniríamos de ahora en adelante. No teníamos la menor idea. Conversamos sobre todo lo que nos había ocurrido durante las últimas semanas. En la yerba del patio de atrás de la casita, justamente donde había aparecido la columna de luz, colocamos unas sábanas blancas y todos nos acostamos a observar al cielo nocturno. Logramos ver varias estrellas fugaces, las cuales nos traían a la mente a nuestro amigo.

Teníamos la esperanza de que viniera de visita para "despedir la casa", como quien dice. Llegó el momento en que todos tenían que partir por una razón u otra. Helena decidió quedarse a pasar la noche. Los demás partieron hacia

sus respectivos pueblos; quedamos en telefonarnos y escribirnos para así poder resolver el problema de dónde nos reuniríamos. Por circunstancias fuera de sus manos, nos era imposible encontrarnos en la casa de alguno de ellos. Circunstancias como las de familiares, vecinos y amigos oponiéndose a que estos encuentros se llevaran a cabo. Además, estaba de por medio el modo de transportación de nuestro amigo Amaron, tenía que ser un lugar cómodo para que él nos pudiera visitar sin complicaciones.

Amaron no vino esa noche. Helena y yo nos quedamos dormidos debajo de las estrellas esperándolo. Dormimos como dos niños, acompañándonos uno al otro. El sereno nos empapó y Kristina nos despertó. Comenzaba otro día.

A los pocos días empaqué mis pertenencias y con angustia dejé la casita. No volvió el señor de las estrellas a la casa. Mamá me recibió con los brazos abiertos, pero me notaba triste. En vano seguí yendo al Tamarindo a vender mis *hot dogs*, por las tardes regresaba con toda la mercancía que había llevado.

Sucedió que, al pasar el tiempo, se me hacía imposible aceptar el hecho de que en realidad todo lo concerniente a Amaron había ocurrido. Necesitaba una dosis de reafirmación, confirmación de mi confrontamiento con esa otra realidad. Mirar la fotografía del grupo o llamar a cada uno de los siete no me satisfacía. Tenía que volver a ver, a volver a conversar con él y observar su nave para asegurarme de que no estaba loco.

Una noche, poco después de haberme mudado, me sentía intranquilo y decidí ir a dar una vuelta en mi auto, sin rumbo alguno. Llegué hasta el frente de la casita, me detuve y me quedé un buen rato observándola. La melancolía me oprimía, seguí conduciendo sin saber para dónde ir. Llegué hasta la playa que llamamos "Bulle", en Cabo Rojo. Era relativamente temprano, en la noche, subí en mi auto a una loma desde donde se ve el mar y el cielo en todo su esplendor nocturno. Aquí me detuve y encendí un cigarrillo. Me acosté encima del bonete de mi carro para poder observar mejor al cielo. ¿Dónde estará?, me preguntaba.

Cerré los ojos y dejé mi mente vagar por los pasillos de la incertidumbre. Cuando los abrí, estacionada justamente sobre mí, vi una bola como de fuego. Era del tamaño de una bola de baloncesto. No me moví, me quedé mirándola fijamente para ver qué hacía. Sabía en mi corazón que tenía que ver con él, con Amaron. La bola anaranjada palpitaba como si tuviera pulso. Se encontraba a sólo unos pies sobre mí; comenzó a moverse. No la quería perder de vista, empecé a seguirla a pie, iba a poca altura del suelo. De repente se detuvo y cuando prosiguió, aumentó su velocidad. Se me haría imposible seguirla a pie a esa velocidad. Regresé a mi auto y lo eché a correr, sin perder la bola iluminada de vista. La bola se dirigía hacia el interior de los terrenos de la playa, hacia la orilla, donde se encuentran varias residencias de verano. Para ser el mes de octubre, el área se encontraba desierta. La esfera seguía transitando por la carretera de tierra, como si fuera otro auto delante de mí.

A lo lejos, vi dos focos de otro auto que venía por la misma carretera, del lado contrario. La bola siguió su curso sin importarle que se acercaba otro carro. El otro auto se detuvo al ver al espectáculo flotante. La bola y mi carro pasamos al lado del otro vehículo, los ocupantes de aquel apenas se veían dentro de la oscuridad de su carro. Miré a través del espejo y vi que el otro carro permanecía parado. La bola siguió su curso, conmigo en persecución. Dobló siguiendo la curva de la carretera y fue a detenerse al frente de un portón que había sido instalado por el gobierno federal.

Cuando me acerqué y me detuve, siguió por encima del portón; al encontrarse en propiedad federal volvió a detenerse. Bajé del auto y fui tras la bola anaranjada. Antes de pasar a la propiedad de gobierno, miré hacia atrás y no había rastro del otro carro ni de sus ocupantes. Atravesé el portón cerrado entre los tubos de metal que componían el portón. El objeto iluminado ya había comenzado a deslizarse por el aire. No quería perderlo de vista, corrí tras él. Tropecé en la oscuridad y me lastimé una rodilla, pero me levanté enseguida y seguí mi persecución.

La pelota disminuyó su velocidad y de repente se detuvo para alumbrarme el camino. No sentí miedo porque

sabía que este objeto me conduciría hasta Amaron. Caminé en la luz que producía la bola por un tiempo bastante largo. Me encontraba empapado de sudor. "¿Hasta dónde me llevará?" A poca distancia de mí y el curioso artefacto, se apareció una silueta con forma de cuerpo humano. La esfera encendida se detuvo junto a él.

—Amaury, ven, te he estado esperando.

Llegué hasta él y nos saludamos con un abrazo fraternal. Preguntó por los siete, quería saber cómo estaban. La bola se hizo pequeña, del tamaño de una uva. Amaron la sostenía en una mano mientras conversábamos, nos alumbraba. Hablamos por largo rato. El tiempo transcurrió sin darme cuenta. Esa noche fue la primera vez en que él me hizo un encargo. Llegó la hora de su partida, sacó de su bolsillo la tarjeta fina color oro, la de los símbolos. Pasó sus dedos sobre ésta y al momento se posó entre nosotros la sombra circular. Desde el centro de la sombra salió la columna de luz brillante. La tonalidad de ésta cambió a un color blanco diferente y, con esto, Amaron la penetró.

Se paró en medio y comenzó a ascender lentamente. No quería que se fuera. Al llevarse la bola que nos iluminaba, quedé en una oscuridad completa. Miré hacia arriba y pude ver el momento en que la columna de luz desaparecía dentro de su vehículo. Su nave se iluminó con los colores más divinos que he visto. Comenzó a girar muy lento, parecía un carrusel. Dejó de girar e hizo unas maniobras en el cielo que dejaban atrás colas de diversos colores. Ascendió más aún y se encendió de manera que aparentaba ser una brillante estrella la cual se fugó y se tiró al mar.

Me dispuse a regresar a casa. Intenté llegar hasta donde había dejado mi carro utilizando mi encendedor, pero se calentaba demasiado. Proseguí con cautela y al rato mi vista se acostumbró a la oscuridad; logré llegar al auto sin percance. Todo el camino a casa, conducía como si estuviera en un sueño. La extraña sensación de que todo a mi alrededor era irreal me volvió a surgir. Llegué a casa y todos dormían. Qué pensarían si supieran de donde vengo, a esta hora.

Al día siguiente me comuniqué con los siete, les dije lo que había acontecido la noche anterior. Todos se alegraron

cuando les dije lo que deberíamos hacer para cumplir con nuestro compromiso con Amaron y su gente. Sobre esta encomienda no escribiré, pues aún hoy no la llevamos a cabo. Sólo les diré que es para el bien de muchos.

Les informé además sobre la manera en que Amaron me avisaría, de querer reunirse conmigo. Esto consiste en lo siguiente. Cuando sienta en casa una vibración que recorre las paredes y el piso no debo pensar que se trata de un temblor de tierra. Será Amaron llamándome, y cuando esto ocurra, debo recurrir al lugar del encuentro. Esta vibración será lograda con ondas transmitidas desde su vehículo. He aprendido a poder distinguir a estas ondas, ya que el área de Cabo Rojo se estremece con actividad sísmica.

De los ocho que somos, sólo yo mantengo contacto directo con Amaron. A ninguno de los siete les interesa hacerse publicidad, por eso me pidieron que cambiara sus verdaderos nombres. Me tienen como ejemplo de lo que les puede ocurrir de hacerlo.

Sucedió que Amaron hizo contacto con un pescador de las costas de Cabo Rojo. Este fue un contacto por separado y necesario. En un futuro, este pescador será de gran utilidad para nosotros siete y Amaron. El contacto del pescador también fue selectivo, reunía todas las cualidades necesarias. Amaron no ha mantenido un contacto directo con él, pero lo hará a través de mi persona. Este pescador se llama Andy. El era una de las personas que iba en el auto del señor B cuando íbamos para el programa de televisión. Por aquellos días nunca me imaginé que él y su familia formarían parte de los acontecimientos del presente y del futuro. Igual, Andy y su familia, se han unido al núcleo de mis amigos, muchísimo más. Personas como Ismael Núñez, el autor de los dibujos de este libro, y su esposa Aída e hijos, quienes son los que siempre brindan su hogar desinteresadamente para cualquier reunión. De hecho, fue en su hogar donde conocí a doña Mercedes lo noche en que vimos el objeto triangular. De ahí en adelante se desató un efecto "dominó" y pude establecer verdaderas amistades. Miguel Figueroa, su esposa Mimi e hijos, también forman parte de esta gran familia. La cooperación de Miguel fue indispensable para lograr este

libro. En fin, no hubiera podido hacer llegar estos escritos hasta usted sin la ayuda de todas las personas mencionadas aquí. Además, este libro no lo he escrito porque haya querido, esto fue un pedido de mi amigo Amaron.

Hoy día, todavía vendo *hot dogs* en el Tamarindo. Trato de vivir mi vida lo más sencilla posible, a pesar de que a cada rato se aparecen diferentes reporteros y equipos de televisión provenientes de todas partes del mundo para que les narre los sucesos. Además de reporteros, han venido a Puerto Rico los investigadores de OVNI's más importantes del mundo. Uno que destaca es un ex coronel de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, el señor Wendelle C. Stevens. Este caballero fue el que proporcionó los medios para el análisis científico de mis fotografías. Wendelle Stevens ha participado en los casos más importantes del mundo, es respetado y considerado como uno de los investigadores más reconocidos del fenómeno.

Puerto Rico se ha convertido en el centro mundial en cuanto a los OVNI's se refiere. Es más, hasta el alcalde del pueblo de Adjuntas, el honorable Rigoberto Ramos Aquino, le envié una carta al presidente de Estados Unidos pidiéndole una investigación sobre los sucesos que están ocurriendo constantemente en Puerto Rico. Este alcalde, junto a su señora y varias amistades, tuvieron un avistamiento de un objeto no identificado. Aunque otros alcaldes han presenciado estas extrañas naves, el distinguido señor Ramos ha sido el único lo suficientemente valiente como para hacer público su avistamiento, sin importarle que esto vaya a afectar su carrera política. Su pueblo le exige explicaciones y este alcalde se atrevió a pedirles explicaciones al gobierno federal. (¡Don Rigoberto, le aplaudimos su valiente gesto!)

Hasta la prensa del país es sumamente liberal en cuanto al tema. El señor Julio Víctor Ramírez, reportero del periódico *El Vocero*, tiene una columna donde escribe exclusivamente sobre el tema OVNI, donde expone los sucesos que acontecen casi a diario en Puerto Rico y alrededor del mundo. El señor Ramírez es otro de los guerreros, que sin tomar en cuenta el efecto negativo que el tema pueda causarle a su carrera como periodista, lucha para que se sepa la verdad. El

señor Ramírez ha recibido mucha presión a diferentes niveles, pero no han logrado intimidarlo; al contrario, don Julio los ignora en su afán de informarle al pueblo. (¡Bravo don Julio, sigue pa'lante!)

Hoy en día, doña Matilde vive feliz con su esposo, viven solos, pues su hijo menor se casó. La veo a menudo en las reuniones de los siete, como las hemos denominado. Su esposo no está totalmente cómodo con la situación en que se encuentra ella, pero es tolerante. Doña Matilde dedica su tiempo libre a cultivar orquídeas, las cuales vende y luego dona el dinero a una causa noble. Es sumamente feliz.

A Óscar, le queda poco para retirarse de la uniformada. Dejará de ser policía, para dedicarse por entero a su familia y piensa establecer un negocio propio en su pueblo. Su hija se encuentra comprometida a un joven, que no cree en la existencia de seres extraterrestres. Su esposa nos ha ayudado mucho en nuestras encomiendas. Ella es un ser muy elevado.

Maribel y Raúl esperan su primer hijo. Éste ya estará entre nosotros para cuando se publique este escrito. Si nace varón, piensan nombrarlo Amaury, si nace hembra la llamarán Helena. Están locos de contentos por este gran evento en sus vidas. De una manera subconsciente, siempre relacionaban el acto sexual con algo negativo y traumático; pero desde que todo salió a la superficie lograron su meta de ser padres. Nazca varón o hembra, serán unos magníficos ejemplos para ese infante. "¡Felicidades!"

Helena está aprendiendo a conducir un auto, pero dice que prefiere su bicicleta. Todavía se pasa cambiando su aspecto físico, pero la reconocería donde quiera y como quiera que esté vestida. A ella la veo prácticamente todos los miércoles cuando salgo de mi terapia de rehabilitación, la que recibo a causa del problema que les había mencionado anteriormente. A veces me visita al Tamarindo y pasamos las horas conversando sobre diferentes temas. La quiero como a una hermana y de esa misma manera velo por ella.

Don Toño es otro de los siete que veo más a menudo. A cada rato me lo encuentro en el pueblo. A veces se detiene

en el Tamarindo también y se come su *hot dog*, con mucha cebolla. Nunca quiero cobrarle, pero insiste en pagarme. Sigue soltero, dice que así se quedará. Aún de vez en cuando se da su trago y todavía fuma de esos cigarros enormes. Entre el grupo de los siete, cariñosamente lo llamamos, "Boca de trueno". ¡Don Toño no soy sordo!

Nereida, ay, Nereida. Esto sí que es un caso, todavía es el día que no ha logrado recordar absolutamente nada. Amaron me dice, que simplemente no quiere recordar. Hemos tratado por todos los medios, a ver si ella puede recordar tan siquiera una sola cosa sobre la experiencia y no lo hemos logrado. De todos nosotros, también ha sido la que menos ha podido asistir a nuestras reuniones. Esto es debido a que su esposo no está enterado de los hechos. En el principio intentábamos convencerla de que hablara con su marido sobre lo ocurrido. Hasta nos ofrecimos a ir todos junto a ella y confrontarlo con esta realidad, de la cual ella forma parte. Se opuso ferozmente a esta idea, temía perder el amor y respeto de su esposo y no quería traumatizar a su hijo, Luisito, con la reacción de su marido. Según Nereida él diría que todo este asunto proviene de satanás, esto podría causarle hasta una separación de él. Además, traería gran conflicto familiar. Pienso personalmente, que ella efectivamente recuerda lo sucedido aquella noche, pero admitírselo a sí misma, sería desastroso.

Los contactos amistosos con el ser humano de Kaa, siguen aconteciendo hasta el presente. Amaron se ha convertido en un magnífico amigo, hasta ahora nunca me ha quedado mal. La forma de dejarme saber que desea hacer contacto la hemos tenido que cambiar, pues nuestra casa ya no resiste las ondas vibratorias y se encuentra hoy día agrietado el cemento, del cual está construida.

Pienso que he cumplido con mi responsabilidad al escribir estos hechos. Tengan en mente siempre que debemos seguir con nuestras vidas diarias, aunque el futuro sea negro. Sólo les pido que se preparen y preparen a sus hijos. Aprendan todo lo que puedan en cuanto a primeros auxilios, almacenen medicinas que perduren a través del tiempo. Traten de empaparse de toda clase de información valiosa para casos

de emergencia. Guardes comestibles de latas, éstos tendrán un valor incalculable, el dinero y las joyas preciosas no sirven como alimento. Sobre todo, manténganse del lado de nuestro, ORIGINADOR.

Gobierno Municipal. Oficina del Alcalde. Apartado 1009.
Adjuntas, Puerto Rico 00601. Tels. 829-3310 y 829-2590.

Rigoberto Ramos. Alcalde.

Viernes 5 de septiembre de 1991.

H. George Bush.
Presidente de los Estados Unidos de América.
Casa Blanca.
Washington, D.C.

Querido Sr. Presidente:

Por este conducto lo saludamos y le expresamos nuestra satisfacción por su buen éxito como Presidente de nuestra gran nación y como un hombre de gran valía.

Al mismo tiempo damos gracias a Dios por formar parte de los Estados Unidos de América.

Adjuntas es un pequeño pueblo ubicado en la región central de Puerto Rico. En este momento nos encontramos muy intrigados por algunos sucesos poco comunes que afectan nuestra vida diaria.

Hace algunos años nos percatamos de la presencia de algunos Objetos Voladores No Identificados (OVNIS) en nuestro espacio aéreo. Al principio no concedimos mayor importancia a este asunto, pero últimamente esos objetos han aparecido de nuevo y nuestros ciudadanos se encuentran alterados por este hecho.

Muchas, muchas personas, han atestiguado la presencia de esos objetos en nuestro espacio circundante. (Anexamos pruebas de esas apariciones.)

Nuestro propósito al escribirle es que nos ayude a aclarar lo que en realidad está sucediendo, al ordenar una investigación para que la gente en nuestra comunidad pueda tranquilizarse.

Agradecemos de antemano la atención que brinde a la presente.

Cordialmente,
Rigoberto Ramos Aquino.
Alcalde.

REPORTE MEMORANDUM: Análisis fotogramétrico No. ws917 pr.

A: Wendelle Stevens

De: Jim Diletto

Fecha: 23.8.91

Resumen:

Recibimos y analizamos dos fotografías. Nuestros descubrimientos preliminares indican lo siguiente:

1. La hora del día es el amanecer +/- una hora.
 - Sombras; proporción de contraste: luces aéreas.
2. La fotografía resultante no es resultado de un montaje fotográfico.
 - Análisis del grano de la película.
3. Hay dos objetos de aerocarga de gran tamaño en la fotografía.
 - No. 1 Aeronave/metálica (phong); tamaño/distancia (límite-SOBOL); movimiento.
 - No. 2 Objeto/metálico (phong); tamaño/distancia (límite-SOBOL); perfil; movimiento.

Necesitamos:

1. Especificaciones de la cámara y de la película.
2. Transparencia o copia del negativo del original.
3. Diagrama que muestre la posición del testigo y de la cámara en topografía; árboles.
4. Muestras de hojas de los árboles en la fotografía.
5. Diámetro del árbol cortado (tronco).

BASE DE DATOS:

A. VALORES APROXIMADOS

- | | |
|---|----------------|
| 1. Tamaño de la casa, dos pisos | 4 metros |
| 2. Medida de la rama del árbol | 12 milímetros |
| 3. Medida del diámetro del tronco del árbol | 320 milímetros |
| 4. Medida del diámetro de las hojas del pasto | 4 milímetros |
| 5. Medida de las hojas del árbol | 35 milímetros |
| 6. Medida del diámetro del tronco del árbol caído | 380 milímetros |

B. VALORES EXACTOS CONOCIDOS

1. Longitud del jet.
2. Extensión del ala del jet.
3. Tipo de jet.
4. Velocidad del jet.

C. VALORES CUANTIFICADOS

1. Amplitud píxide (#) del jet:
2. Amplitud píxide (#) árbol:
3. Amplitud píxide (#) pasto:
4. Amplitud píxide (3) disco:

a ___ b ___ c ___ d ___ e ___
a ___ b ___ c ___ d ___ e ___
a ___ b ___ c ___ d ___ e ___
a ___ b ___ c ___ d ___ e ___

D. INCLINACIÓN CUANTIFICADA

1. Jet: niveles utilizables de gris
2. Árbol:
3. Disco.

19 de octubre de 1991.

REPORTE COMPLEMENTARIO

A finales de julio de 1991 nos fueron mostradas cuatro fotografías a color 8"x10", cuatro negativos de 35 mm a color y cuatro transparencias 35 mm color de un Objeto Volador No Identificado y de un jet, algunas veces en la misma fotografía, por Wendelle Stevens, quien las había recibido por medio de Federal Express de Jorge Martín de Puerto Rico. Se dijo que dichas fotografías fueron tomadas el "Día de las Madres" (8 de mayo de 1988), por Amaury Rivera, quien entonces vivía en Cabo Rojo, Puerto Rico.

Luego de examinar dicho material a simple vista, decidimos analizar todas las cuatro películas o negativos, comenzando por digitalizarlos en una memoria computarizada para su análisis. El costo de esos procedimientos es un factor limitante, pero decidimos usar el equipo de arte más avanzado para obtener la resolución más fina posible.

Al usar un sistema Microtec 340Z de 24 bits, escaneamos las cuatro transparencias de Puerto Rico en una memoria de una Targa 486-ATVISTA. Efectuamos los cuatro escaneos a través de filtros de ámbar, cian y magenta y en blanco y negro a 2288 líneas de resolución verticales y 1725 horizontales para cada filtro e introdujimos eso a la memoria a 11.5 MB por archivo.

Ampliamos las imágenes a 1 850 puntos por pulgada, verticalmente y horizontalmente a una escala de 100% en 11.5 MB. Después expandimos esto a una ampliación de 600% y estudiamos los límites y los valores de la luz utilizando límites SOBOL para funciones de identificación. Comparamos la información de límites sobre varios objetos en la fotografía y concluimos que sólo la aeronave se movía a velocidades calculables en esas cuatro fotografías.

Necesitamos aplicar escrutinios por medio de más filtros como el rojo, verde y azul, infrarrojo y ultravioleta y un examen de luminiscencia explosiva, usando una placa doble cargada, similar a los procesos Kirlian, pero esto es efectivo sólo sobre las imágenes originales.

Hemos ordenado al equipo darnos 256 tonos de gris en una escala de gris y 16.2 millones de colores, lo que puede permitirnos ver radiaciones no visibles también enfocadas por medio de los lentes de la cámara y capturadas en la emulsión de la película, como el calor, la frecuencia de radio, rayos X, radar y otras radiaciones electromagnéticas. Incluso podemos revelar turbulencias en el aire así como torbellinos en el agua, si podemos encontrar los niveles correctos para hacer esto. Pero con lo que

tenemos pudimos verificar algunas cosas que empiezan a construir un caso.

Sabemos, por ejemplo, que una cámara Instamatic 110, similar a la de la clase usada, tiene un lente sencillo con el foco arreglado, sin control de apertura, la cual está instalada a cerca de f.8 y un obturador simple de velocidad aproximada a 1/35 de segundo. Se dice que la película utilizada fue Fuji 110 de 24 exposiciones en el carrete, con una velocidad de 100 ASA, tipo de negativo a color.

Con esta cámara las fotografías fueron tomadas justo al amanecer, comenzando antes de la salida del sol y extendiéndose a las primeras horas de la mañana en un cielo con mucho vapor de agua suspendido que lo hizo aparecer casi blanco en un principio, pero que rápidamente se atenuó para revelar algo de azul en el cielo.

La combinación de la pequeña cámara con pocas características y del brillante cielo detrás de los objetos voladores produjeron una incontrollable condición de luz en el fondo que hace aparecer las imágenes de la fotografía en el cielo casi en silueta y debido a las bajas condiciones de luz de esta cámara, se perdió la mayor parte del color.

Ya que el orden y la secuencia de estas fotografías son desconocidos, las hemos arreglado de acuerdo con un orden de incremento de la luz, como sigue:

- No. 1 F-14 aproximándose al disco por la izquierda.
- No. 2 Disco sin aeronave en la fotografía.
- No. 3 F-14 sobre disco y alejándose.
- No. 4 F-14 llegando horizontalmente por la derecha.

No tenemos la certeza de que sigan en una secuencia inmediata, pero la No. 3 y la No. 4 fueron tomadas muy juntas, con el fotógrafo casi en cuclillas para la No. 3 y de pie nuevamente para la No. 4.

Resulta muy difícil observar estas fotografías de diferente manera a la referida por el testigo. No encontramos pruebas de trucos fotográficos o de uso de modelos. Escenificar algo así con modelos resultaría extremadamente complejo. Completar la "distancia de grises" observada en el disco y en la aeronave sería casi imposible. Además se presenta también la cuestión de la definición de los límites, en los cuales mientras más lejos está un límite de la cámara, se encuentra menos distante con relación a la luz difusa sobre la distancia. Variaciones finas pueden descubrirse bien con los actuales programas de computación.

LAS FOTOGRAFÍAS

No. 1 Aeronave de combate (F-14 de la Marina estadounidense) y un disco grande observado sobre el límite. Ambos, el disco y el F-14 son vistos por abajo de diez grados de elevación sobre el horizonte. La hora es antes del amanecer, en las primeras horas de la mañana y el fotógrafo ve al occidente y dentro de un vapor de alta humedad atmosférica antes de

que el sol emerja sobre el horizonte, por lo que las imágenes vistas contra el cielo aparecen en silueta y el cielo aparece de color rosáceo-blanco. El F-14 ha hecho apenas una aproximación del lado izquierdo sobre el disco y gira para alejarse hacia su izquierda. El disco parece encontrarse más o menos a 1/3 de milla distante a este punto y el F-14 está ahora a casi una milla lejos, en un giro a la izquierda que requiere de tres a cinco millas para ejecutarlo en este tipo de aeronaves. Está volando a una velocidad lenta para esta aeronave debido a que las alas están extendidas como en una configuración de vuelo lento. Esto significa valor peligrosamente bajo a esa velocidad, en tal altitud y para esta aeronave. Las luces de los edificios casi directamente abajo del disco están aún encendidas y se pueden ver con facilidad. La superficie superior del disco es lisa y reflectora y recoge la luz rosada de antes del amanecer en el cielo. El tronco del árbol en el primer plano no refleja aún ninguna luz del sol matinal.

No. 2 Disco, no aeronave en este cuadro. El objeto (disco) se observa por abajo de veinte grados de elevación sobre el horizonte. Las funciones de definición de luz difusa y límite indican una distancia más allá de todos los árboles observados en esta fotografía y más cercana que la alejada línea del horizonte. La hora es temprano en la mañana porque la vegetación está proyectando sombras largas. El sol se encuentra a espaldas del fotógrafo y quizá cinco grados a la derecha, lo que muestra que él ve hacia el occidente. Todos los objetos en primer plano están altamente iluminados por el sol naciente a través del vapor atmosférico de la mañana, lo que hace que el cielo aparezca casi blanco. La amplitud del límite comparada a una alta magnificación de seis puntos sobre cada objeto muestra una ligera variación en la amplitud límite de cerca a lejos, lo que indica que se trata de un objeto claramente grande entre 40 y 100 pies de diámetro a una distancia de 1/2 de milla. A esa distancia el diámetro sería de entre 50 y 100 pies, con base en las características del lente de esa cámara Instamatic. La ausencia de condensación de límite en cualquier dirección muestra que la nave se encuentra casi estacionaria en el aire.

No. 3 El disco y la aeronave F-14 se observan entre 20 y 25 grados sobre el horizonte respectivamente y el fotógrafo ve casi hacia el occidente. El sol se encuentra sobre el horizonte a las espaldas del fotógrafo. La vegetación en el primer plano refleja los brillantes rayos del sol de la mañana y proyecta largas sombras. La luz horizontal del sol naciente es claramente observada sobre la corteza del árbol vertical en el primer plano. El disco se localiza tan bajo, cerca de 1/4 de milla distante, que el jet de combate F-14 vuela sobre él a una velocidad lenta y acaba de pasar por encima y comienza a elevarse para alejarse hacia el occidente. No puede estar a salvo a esta altitud tan baja. El vapor blanco de agua aclara algún espacio a la derecha y podemos observar un poco de cielo azul. Esto es característico al amanecer en regiones costeras como ésta y la delgada niebla puede desaparecer con sólo unos cuantos minutos del calor del sol. El disco visto desde un ángulo de 3/4 aquí, aparece muy oscuro y sin rasgos característicos. El F-14 desde el ángulo de 3/4 suspendido abajo,

aparece igualmente sin rasgos en este ángulo de luz e intensidad y aparece igualmente oscuro contra la incontrolable luz de fondo en esta situación. El fotógrafo se encuentra casi en cuclillas en esta foto. Se nota por la posición de la formación de la nube de tres lóbulos justo sobre los bordes del pasto.

No. 4 Disco en primer plano aproximadamente 1/4 a 1/3 de milla distante es aún demasiado bajo para pasar cerca y el jet F-14 llegando desde la derecha se encuentra sobre una media milla lejos arriba y abajo del disco y realiza una observación de paso a una velocidad lenta hacia el disco y alejándose. El fotógrafo se ha puesto de pie nuevamente, por lo que aparecen algunos árboles a una distancia cercana a la vista en el lejano primer plano. Esta fotografía fue tomada en un breve lapso (de 3 a 5 minutos) de la foto No. 3, porque la nube de tres lóbulos al centro ha cambiado muy poco. El ángulo que ve al oeste es casi el mismo y tenemos casi el mismo cielo azul a la derecha en esta foto. El jet de combate F-14 aparece ahora altamente iluminado sobre su lado izquierdo y por debajo en este ángulo del todavía bajo ángulo del sol naciente. Análisis de límite muestran al jet de combate F-14 en un considerable movimiento hacia la izquierda comparado con el casi estacionario disco, lo que elimina la probabilidad de un pequeño modelo suspendido, al menos para el F-14.

Nuestro acervo computarizado muestra lo siguiente:

REPORTE MEMORANDUM: Análisis fotogramétrico No. ws917 pr.
RESUMEN: Los descubrimientos preliminares indican lo siguiente:

1. La hora del día es el amanecer +/- una hora.
 - Sombras; proporción de contraste; luces aéreas.
2. La fotografía resultante no es producto de un fotomontaje.
 - Análisis del grano de la película.
3. Hay dos grandes objetos de aerocarga en la fotografía.
 - No. 1 Aeronave/metálica (phong); tamaño/distancia; (límite-SOBOL); movimiento.
 - No. 2 Objeto/metálico (phung); tamaño/distancia; (límite-SOBOL); perfil; movimiento.

Necesitamos:

1. Especificaciones de la cámara y de la película.
2. Transparencia o copia del negativo original.
3. Diagrama del testigo que muestre la posición de la cámara en topografía; árboles.
4. Muestra de las hojas del árbol en la fotografía.
5. Diámetro del árbol caído (tronco) en la fotografía.

BASE DE DATOS:

A. VALORES APROXIMADOS

- | | |
|--|----------------|
| 1. Tamaño de la casa, dos pisos | 4 metros |
| 2. Medida de las ramas en el árbol | 12 milímetros |
| 3. Medida del diámetro del tronco del árbol | 320 milímetros |
| 4. Medida del diámetro de las hojas del pasto | 4 milímetros |
| 5. Medida de las hojas del árbol | 35 milímetros |
| 6. Medida del diámetro del tronco del árbol muerto | 380 milímetros |

B. VALORES EXACTOS CONOCIDOS

1. Tipo de jet: *Grumman F-14 Tomcat*
 2. Longitud del jet: 61' 2"; Altura: 16'.
 3. Extensión del jet: 64' 1 1/2" con las alas extendidas (en una curva de 20 grados).
38' 2" con alas plegadas (curva de 68 grados).
 4. Velocidad: aproximadamente 160 millas por hora, dependiendo de la configuración de la carga.
- C. Valores cuantificados: amplitudes pñide del jet, árbol, pasto, disco, aeronave.
- D. Inclinación cuantificada: jet, árbol, disco (niveles de gris disponibles).

Jim Dilettoso

Director del Laboratorio Gráfico Computarizado
operado por la Red de Transferencia Tecnológica.
Una corporación sin fines de lucro de Arizona.

Laboratorios Misión Inc.
2 de octubre de 1991

Hemos convertido nuestro TGA 1850 de examinación al formato Optimas con un nexo DDE y DLL. Examinamos los contornos de siete objetos de referencia. Estas son nuestras conclusiones:

1. No hay rastros de modelos, suspensión o fotomontaje electrónico.
2. El objeto o "disco" en cuestión es definitivamente "metálico".
3. El disco en cuestión tiene 52' de diámetro.
4. El disco no está en movimiento.
5. El objeto F-14 está volando entre 168-188 millas por hora. Como hemos establecido anteriormente, es urgente que llevemos a cabo pruebas científicas basadas en imágenes de celuloide, *no impresiones*. Debemos probar un *negativo* hecho del negativo original sin ninguna impresión en papel de por medio. Con esos materiales podemos determinar:
 - a. Detalles esenciales de la pluma del jet o del contenedor.
 - b. Patrones magnéticos (en el espectro infrarrojo) del disco.

Por favor mande los materiales solicitados con W.C.S.
Sinceramente suyo,
James J. Dilettoso.

8910 University Center Lane. Suite 300, San Diego, California. 92122
619 455-8585

NASA

Centro de Aplicaciones Industriales.
Filial Arizona.

Jim Dilettoso, director del Laboratorio Gráfico Computarizado.
Tower Plaza / Instituto de Computación. 3883 East Thomas Road. Phoenix,
AZ 85018

Wendelle Stevens/Jorge Martín
Winona Circle
Tucson, Arizona

REPORTE PRELIMINAR DE
FOTOANALISIS
Fotos de Puerto Rico 1-4
10 de agosto de 1991

Estimado Sr.:

Hemos analizado cuatro fotografías a cuenta de nuestro propio tiempo y equipo. Este no es un proyecto oficial. Los procedimientos utilizados son totalmente científicos y representan lo más avanzado en esta clase de pruebas.

Los resultados se pueden resumir con confiabilidad:

1. Las fotografías representan la tercera generación de copias de las impresiones.
2. Las fotografías fueron tomadas al amanecer.
3. Todos los objetos en las fotografías fueron fotografiados simultáneamente.
4. No hay evidencia de fotomontaje o doblaje.
5. Ambos objetos aéreos son definitivamente metálicos.
6. Ambos objetos aéreos miden más de 40 pies de diámetro.
7. Por referencia del color del cielo y las sombras sobre los objetos obtuvimos la hora del día.
8. Ambos objetos aéreos proyectan sombras y contornos apropiados que indican que son objetos metálicos grandes; uno de los cuales es un jet F-14 *Tomcat*, el otro es de manufactura desconocida.
 - Escaneamos cuatro transparencias y negativos a alta resolución de 1800 puntos por pulgada.
 - Realizamos análisis de función de límites sobre un mínimo de 10 objetos.
 - Construimos una base de datos de límites con base en las propiedades del arco-contorno.
 - Esa base de datos refleja los resultados establecidos arriba.

Estoy preparado para brindarle un reporte completo del procedimiento de pruebas si lo requiere. Puedo enlistar todo el equipo de pruebas, computadoras y *software* utilizado para realizar el análisis. No concibo la idea de que fueran realizadas pruebas de naturaleza científica en esas fotografías y encontrarlas sospechosas. Quienquiera que pruebe fotos debe dejar disponible su procedimiento e indicar cuáles resultados de las prue-

bas señalan el problema. No encontré evidencias de que estas fotos sean un engaño.

Para continuar el examen requiero de lo siguiente:

1. Un mapa topográfico del área con anotaciones de la posición del testigo.
2. Un mapa topográfico del área con anotaciones de los árboles en el píxide.
3. Medida del diámetro del tronco sobre el terreno en la foto No. 3.
4. Fotografías de mejor calidad para análisis detallado de grano.
5. Fotos adicionales en secuencia para construir un modelo por computadora.

Adjunto algunas fotografías computarizadas de la forma compuesta del gran objeto metálico en cuestión.

Sinceramente,
Jim Dilettoso.

Operado por la Red de Transferencia Tecnológica.
Una corporación sin fines de lucro de Arizona.

29 de abril de 1990

He anexado alguna información técnica que puede servir para legitimizar su caso. Por favor copie esos documentos y déselos al Sr. Martín. Há habido un cambio en los números de escuadrones que le había proporcionado previamente. Los números de escuadrones correctos son los siguientes:

- Página T3 Ala Aérea Uno (CVW-1).
Escuadrón de combate treinta y tres (CVF-33).
Despegó de Roosevelt Roads entre mayo 12-19, 1988.
Sobrenombre oficial (*Estrellas de Combate*).
- Página T4: Dos escuadrones F1-14 especificados CVN71 Theodore Roosevelt.
Ala Aérea Ocho (CVW-8).
CVF-84 (*Alegres Rogers*).
CVF-41 (*Ases Negros*).
Despegó del teatro puertorriqueño 5 1/2 semanas antes de la fase de operaciones.

A) Fotoanálisis:

Consultamos con un experto en fotografías de naves aéreas militares. Él identificó sin lugar a dudas la aeronave como un *Tomcat* F-14 de la Marina estadounidense (ver la página T1) probablemente un F-14A. La altitud es de aproximadamente 1 200 - 1 500 pies. La actitud de los aviones es acorde con las maniobras que se demuestran (es decir alas, rastreo y otras). Su conclusión fue que la fotografía muestra un verdadero F-14 apostado en una altitud baja aproximada efectuando maniobras. En palabras simples, se trata de un avión real en una foto real. Él no pudo brindar una respuesta definitiva sobre la autenticidad del disco ya que éste era el primero que había visto. Sin embargo, basado en su experiencia de fotografiar múltiples aeronaves muy cercanas una con otra, extraoficialmente estableció que el disco parecía también genuino. Al combinar esto con la ampliación computarizada (sin líneas visibles) las cosas se ven muy positivas para la autenticidad de las fotos.

B) Identificación del escuadrón F-14:

La situación presente es esta. Había tres escuadrones F-14 en Puerto Rico el 13 de mayo de 1988. Nuestra meta final es identificar completamente el número exacto de escuadrón, el número de identificación de la aeronave y, si es posible, los pilotos participantes (si es apropiado). De los tres escuadrones que nos ocupan, VF-33 *Estrellas de Combate*. Creemos que el F-14 viene de este escuadrón con base en lo siguiente:

1. Eran los F-14 más cercanos al área en cuestión.
2. El sobrenombre oficial fue cambiado de *Tarsiers* a *Estrellas de Combate* en algún momento de 1988.

3. Hay una definitiva falta de publicidad sobre ese escuadrón al compararla con las publicaciones sobre otros escuadrones en varios medios de la Marina.
4. Participaron en prácticas de misiles, por lo que si ya habían disparado podría explicarse la falta de armamento en la fotografía.
5. Estaban ocupados en juegos de guerra con VFA-15, un escuadrón Avispa F-18 de CVN-71 (T.R.) durante tres días. Esto podría también contar para el desarme y la baja altitud observadas en las fotos. Nos reuniremos con un oficial de la Marina asignado a un escuadrón F-14. Esta persona es un amigo cercano de mi familia y reportó un OVNI cuando se encontraba patrullando el Mediterráneo. Al parecer él conoce a algunas personas que participaron en este encuentro. Ha solicitado una copia de una de las fotografías (una fotocopia, no una foto) para confrontar a las personas involucradas y verificar su confiabilidad. Él ha prometido no distribuir o hacer otras copias. Tampoco mostrará esta copia a nadie más que aquellos pilotos que él cree que participaron. Yo personalmente puedo garantizar la integridad de este hombre. Él no puede firmar ningún documento ya que esto puede arriesgar su carrera si se sabe que nos ha ayudado. Se trata de un oficial de la Marina y como tal no divulgará ninguna información clasificada, pero nos ayudará a obtener información no clasificada muy difícil de obtener. Esta puede ser nuestra única oportunidad para identificar definitivamente el F-14 participante. Debido a nuestro acuerdo necesitamos su permiso por escrito para distribuir una fotocopia de la fotografía que muestra el F-14 a esta persona. Por favor responda sobre este asunto a la mayor brevedad posible.

C) Otros materiales requeridos:

Para brindarle una evaluación definitiva de las fotos (análisis computarizados, identificación de expertos y una óptica física completa, en detalle y para determinar la autenticidad, la medida y otros elementos), necesitaremos más que las cuatro fotos que mandó al señor Oeschler. Tenemos entendido que hay doce fotos. Dos de ellas contienen detalles extraordinarios. Estas dos no las necesitamos ahora, pero las otras diez son esenciales para continuar. Necesitamos una copia de los negativos para hacer fotos de mejor calidad y que el negativo puede legitimarse como no arreglado. Esperamos que por la cantidad de datos que hasta ahora le hemos suministrado, se haya probado nuestra eficiencia y habilidad para investigar.

Este es uno de los casos más interesantes que se han investigado. Dependiendo de su conclusión puede cambiar lo que conocemos para siempre. Tan extraordinaria como ya es, la investigación presente debe serlo aún más, si ninguna piedra se deja sin mover, ni ninguna línea sin explorar. Hemos alcanzado un punto sin retorno en el que se van a tomar decisiones trascendentes. Esas decisiones deben guiarse por algunas cuestiones importantes. ¿Confía en que respetaremos sus deseos en este asunto? El tiempo es esencial. La naturaleza secreta de este fenómeno se parece

a un gigante dormido, a salvo y caliente dentro de su fortaleza. Los ruidos y las murmuraciones pueden despertarlo.

Lo que hemos hecho es como tocar con fuerza a la puerta principal. Hemos despertado al gigante dormido. Sus sentidos, adormecidos por tanto tiempo, empiezan a agudizarse. Cuando él finalmente abra la puerta, deberemos estar preparados para lo que esté detrás. ¿Nos verá él como intrusos o como visitantes bienvenidos? Quizá encontremos que incluso había estado esperándonos. El tiempo es corto. El tiempo es ahora, ¿le suena conocido?

Su amigo.